# EL EVANGELIO SEGUN SAN MARCOS

## OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teosofía.
Guía para el Conocimiento de sí Mismo.
Significado Oculto de la Sangre.
La Filosofía de la Libertad.
Cómo se Adquiere el Conocimiento de los Mundos Superiores.
La Ciencia Oculta.
La Educación Práctica del Pensamiento.
El Cristianismo como Hecho Místico.
Reencarnación y Karma.
El Impulso del Cristo y la Conciencia del Yo.
Profundos Secretos del Desarrollo Humano.
Atlántida y Lemuria.
Los Guías Espirituales del Hombre y la Humanidad.
La Vida entre la Muerte y el Nuevo Nacimiento.

Y muchas otras.

**RUDOLF STEINER**

# EL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

Diez conferencias pronunciadas en Basilea (Suiza) del 15 al 24 de setiembre de 1912

Versión castellana de
Francisco Schneider

Título original alemán
"**Das Markus-Evangelium**"

## Nota del traductor

Después de los ciclos de conferencias sobre los Evangelios de San Lucas y de San Mateo, se da en este libro la versión castellana de las conferencias del año 1912, pronunciadas en Basilea, sobre el Evangelio según San Marcos. De entre los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, el de San Marcos es, como lo dice Rudolf Steiner al final de la quinta conferencia, el más sencillo y el más grandioso, a la vez. La forma en que esto se expone es, igualmente, grandiosa.

Aparte de la elucidación de múltiples pasajes, como resultado de su propia investigación espiritual, Rudolf Steiner también informa al lector, y con ello al mundo científico de nuestra época, sobre la personalidad del autor y el origen histórico de este Evangelio.

Hacemos notar que el texto de estas conferencias se basa en apuntes taquigráficos que luego fueron dados a la publicación sin revisión previa de parte del autor.

Además, para formarse un juicio adecuado de su contenido, es preciso estar familiarizado con los conocimientos básicos de la Antroposofía. No obstante, puede afirmarse que aun sin tal requisito, el lector libre de prejuicios se verá beneficiado con nuevos y profundos conocimientos relativos al tema en particular.

# I

## EL FIN DEL TIEMPO ANTIGUO Y EL PRINCIPIO DEL TIEMPO NUEVO

El Evangelio de Marcos comienza, como es sabido, con las palabras: "Esto es el principio del Evangelio de Jesucristo". Mirándolo bien, estas primeras palabras ya contienen tres enigmas que se presentan a quien, en nuestros tiempos, trata de comprender este Evangelio. El primer enigma reside en las palabras: "Esto es el principio. "¿El principio de qué? ¿Cómo hemos de comprenderlo? El segundo enigma: ". . .el principio del Evangelio..." ¿Qué nos dice la palabra "Evangelio" en sentido antroposófico? El tercer enigma encierra lo que muchas veces hemos mencionado: la comprensión de la figura de Cristo Jesús mismo.

Quien trate de profundizar el conocimiento del propio ser tiene que ser consciente de que la humanidad está evolucionando y progresando de modo que la comprensión de estos o aquellos hechos, de esta o aquella revelación, no puede ser algo definitivo a que se llega en determinada época, sino que esa comprensión también progresa. Esto significa, si los términos "evolución" y "progreso" se toman en serio, que con el correr del tiempo los hechos más profundos de la humanidad exigen necesariamente una comprensión cada vez más exacta y más profunda. Para la comprensión de un documento como lo es el Evangelio de Marcos, hemos llegado en nuestro tiempo —la contemplación de los tres enigmas nos permitirá corroborarlo— a un punto en que comienza una nueva época: lenta y paulatinamente y, no

obstante, en forma bien definida, ha venido preparándose lo que podrá conducirnos a la verdadera comprensión de este Evangelio, como asimismo a comprender lo que significa la palabra: el Evangelio comienza. ¿Cómo se explica esto?

Sólo hace falta echar una mirada retrospectiva sobre lo que en las almas vivía en tiempos pasados relativamente cercanos, para verificar que la característica de la comprensión puede haber cambiado; más aun, tiene que haber cambiado con relación a semejante asunto. Si nos remontamos más allá del siglo XIX, encontraremos que, pasando por los siglos XVIII y XVII, nos acercamos, cada vez más, a un tiempo en que los hombres que en su vida cultural tenían que ver con los Evangelios, podían partir, para comprenderlos, de bases totalmente distintas que los hombres de ahora. ¿Qué visión pudo formarse un hombre del siglo XVIII acerca de toda la evolución de la humanidad, si él no pertenecía a los pocos que de alguna manera se relacionaban con una u otra categoría de iniciación, o bien con cierta revelación oculta, quiere decir, si semejante persona vivía en base a lo que la vida exterior le ofrecía? El horizonte de los hombres más cultos, en la cumbre de la cultura de aquella época, en cierto modo no abarcaba más que la vida de la humanidad dentro de un límite de tres milenios: uno precristiano que para la visión ya se perdía en las tinieblas; y cerca de dos milenios transcurridos desde la fundación del cristianismo. Mirando atrás al primero de estos tres milenios, se le presentaban al historiador los tiempos de la antigua Persia cual una místicamente sombría época prehistórica de la humanidad, época que, aparte de

ciertos conocimientos acerca de la cultura egipcia, figuraba como tiempo precedente a la historia propiamente dicha la que comenzó con la cultura *griega*. En cierto modo, el helenismo formaba la base de la ilustración de la época, es decir, del siglo XVIII. Del helenismo partían todos quienes trataban de profundizar la comprensión de la vida humana, y dentro del helenismo se presentaba todo lo relacionado con los tiempos remotos de ese pueblo y su trabajo para la evolución de la humanidad, todo lo cual tiene su origen en Homero, en los poetas trágicos y todos los demás escritores griegos. Después se veía que paulatinamente el helenismo se acercó a su decadencia y que exteriormente fue dominado por los romanos. Pero tan sólo exteriormente, porque en el fondo el romanismo no venció al helenismo sino únicamente en sentido político, mientras que en realidad adoptó la cultura y la esencia griega; de modo que también se podría decir: *políticamente* los romanos vencieron a los griegos; *espiritualmente* los griegos vencieron a los romanos. En el transcurso de este proceso en que el helenismo espiritualmente vencía al romanismo, volcando a este último, a través de cientos y cientos de conductos, los frutos de su producción cultural los que, a su vez, se transmitían a toda otra cultura del mundo; durante este proceso el cristianismo fluyó en la cultura greco-romana y luego se transformó esencialmente cuando los pueblos nórdicos-germanos participaron en el progreso de aquella cultura. Con este *confundirse* del helenismo, romanismo y cristianismo, transcurrió el segundo milenio de la historia de la humanidad como ésta se veía en el siglo XVIII, y con ello el primer milenio del cristianismo. Para

el concepto del hombre del siglo XVIII comienza entonces el tercer milenio de la cultura de la humanidad, o sea, el segundo del cristianismo. Si lo concebimos más profundamente, vemos que, a pesar de que aparentemente, todo sigue su mismo curso, éste se encauza de un modo muy distinto en dicho tercer milenio. Basta remitirnos a dos figuras, un pintor y un poeta, los que, si bien aparecen unos pocos siglos solamente después del comienzo del nuevo milenio, dan prueba, no obstante, de que en el segundo milenio se nota un bien definido impulso para la cultura occidental, el que siguió obrando en la ulterior evolución. Se trata de Giotto, como pintor, y Dante, como poeta. Estas dos figuras representan el principio de todo lo que les sigue; y lo que ellas dieron a la humanidad, se transformó en la civilización occidental. Con esto hemos caracterizado los tres milenios que la visión abarcaba.

Empero, después llegó el siglo XIX. Sólo un profundo concepto de toda la cultura de nuestros tiempos podrá comprender lo que sucedió en el siglo XIX y lo que debió cambiar. Todo esto vive en las almas, pero muy pocos hombres llegan a comprenderlo. Hemos dicho que el horizonte de la humanidad del siglo XVIII sólo abarcaba al helenismo; el tiempo anterior a éste ya se presentaba como algo indefinido. Lo que sucedió en el siglo XIX, comprendido por pocos y, hasta ahora, apenas apreciado en lo justo, consiste en que el *Oriente* penetró —y eso de una manera muy intensa— en la cultura occidental. Esto es lo que hemos de tener bien presente si queremos comprender la transformación que se operó en la civilización del siglo XIX. En verdad, este penetrar del Oriente arrojó sombras y luces sobre todo lo que, paso a

paso, fluyó en la cultura y seguirá influyéndola, cada vez más. Esto requiere una nueva comprensión de las cosas que hasta ahora la humanidad había concebido de un modo totalmente distinto. Si consideramos diversas figuras e individualidades que influyeron sobre la civilización de Occidente, individualidades en que se podrá encontrar todo lo que vivía en un alma del principio del siglo XIX, interesada en la vida espiritual, podemos nombrar a las que siguen: el rey David, Homero, Shakespeare y finalmente, Goethe quien entonces penetraba en la vida cultural. La futura historiografía tendrá bien presente que a fines del siglo XVIII y principios del XIX el tesoro espiritual de la gente de la época estaba determinado por las referidas cinco figuras. Mucho más de lo que podría suponerse, vivían hasta en los más sutiles sentimientos del alma, los afectos y las verdades de los salmos; vivía lo que en realidad ya se encuentra en Homero y que en Dante tomó forma tan grandiosa; vivía, además, lo que en Shakespeare — si bien indirectamente— había encontrado su expresión, tal como vive en el hombre del tiempo moderno. A todo esto se suma el aspirar a la verdad del alma humana el que encontró su expresión en el "Fausto" de Goethe, y que muchas veces se ha caracterizado, diciendo: todo hombre que aspira a la verdad, lleva en sí mismo algo que se parece a la naturaleza de Fausto. Sobrevino entonces una perspectiva totalmente nueva que trascendió el contorno de esos tres milenios con las referidas cinco figuras. A través de caminos, por de pronto insondables por la historia exterior, se añadió a la vida espiritual europea un Oriente *interior*. No solamente se juntó a las obras anteriormente mencionadas lo proveniente de las Vedas y

de la Bhagavad Gita, poesías orientales que suscitaron sentimientos muy distintos de los creados por los salmos o las obras de Homero y Dante, sino que también surgió algo que penetró por caminos misteriosos, manifestándose cada vez más en el curso del siglo XIX. Basta hacer recordar un solo nombre que a mediados de dicho siglo causó sensación, y se verá claramente lo que acabamos de exponer. Me refiero a Schopenhauer. Si en vez de limitarnos a lo teórico de su sistema, consideramos lo que como fuerza de sentimientos impregna todo su pensar, se nos revelará la profunda afinidad de este hombre del siglo XIX con el modo de pensar en sentido oriental-ario. En todas sus expresiones y en el matiz de sus sentimientos vive lo que podría llamarse el *elemento oriental en el Occidente*; y esto se transmitió en la segunda parte del siglo XIX a Eduard von Hartmann.

Los caminos misteriosos a que acabamos de referirnos se comprenden mejor, si se toma en cuenta que por la evolución del siglo XIX, efectivamente resultó una total transformación, cierta metamorfosis del pensar y del sentir humanos; pero no en un *solo* lugar, sino en la vida cultural de todo el orbe. Para comprender lo sucedido en Occidente basta comparar cualquier cosa que en el siglo XIX se escribió sobre religión, filosofía u otra materia de la cultura, con lo que al respecto pertenece a los primeros tiempos del siglo XVIII. Se verá entonces que se ha producido una transformación y metamorfosis fundamentales de manera tal que en los hombres se formularon todos los problemas de los más profundos enigmas del universo; todo tendió a plantear nuevos problemas, a crear un modo de sentir; y todo cuanto la

religión y lo relativo a ella le habían dado al hombre, ya no pudo darse de la misma manera al alma humana. En todos los problemas de la religión se buscó algo más profundo, más escondido. Pero no solamente en Europa, sino que lo característico reside en el hecho de que al principiar el siglo XIX, surge en la gente de todos los países civilizados el impulso interior de pensar de otra manera que antes. Para ver más claramente de qué se trata, hay que darse cuenta de que se produce un mutuo acercamiento de los pueblos como asimismo de sus culturas y confesiones. De una manera rara, hombres pertenecientes a las más diversas confesiones empiezan a comunicarse unos con otros. Daremos un ejemplo característico que señala plenamente lo aludido.

En la cuarta década del siglo XIX apareció en Inglaterra un brahmín quien, dentro de su religión, sostenía como verdadera la filosofía de la Vedanta: Ram Mohun Roy, fallecido en Londres en 1836. Esta individualidad impresionó e influyó sobre gran parte de sus coetáneos quienes se interesaron por semejantes problemas. Lo notable de su actuar reside en que, por un lado, fue un —no comprendido— reformador del hinduismo y, por el otro lado, bien comprendido por todos los europeos quienes, en ese campo, se hallaban a la altura de su tiempo; él no les dio ideas que sólo hubiesen sido comprensibles en base al orientalismo, sino realmente concebibles en base al sentido común. ¿Cómo actuaba Ram Mohun Roy? Decía aproximadamente lo que sigue: Vivo dentro de la esfera del hinduismo, en que se veneran ciertos dioses, las más diversas figuras divinas. Si se pregunta a las gentes de mi patria por qué adoran a esos dioses, responden: es una vieja costumbre;

no sabemos de otra cosa; así lo hacían nuestros padres, nuestros abuelos, etc. Y Ram Mohun Roy explicaba que, no habiendo otro motivo, surgió en mi patria la más grosera y más vituperable idolatría que deshonra o lo que fue la primitiva grandeza de la religión de mi patria. Hubo otrora una confesión, así decía, la que —en forma parcialmente contradictoria— se encuentra en las Vedas, pero que más tarde en su forma más pura para el pensar humano, fue insertada por Viasa en el sistema vedanta. Y agregaba que esto es lo que él reconoce. Para tal fin, de los idiomas inaccesibles, no sólo había hecho traducciones al lenguaje corriente de la India, sino también compendios de lo que él consideraba como la doctrina genuina, repartiéndolos entre el público. Ram Mohun Roy estaba convencido de que detrás de esos dioses y de aquella idolatría había una diáfana sabiduría de un primitivo único Dios, de un Dios espiritual que vive en todas las cosas, un Dios que la idolatría ya no vuelve a conocer, el cual, sin embargo, deberá nuevamente penetrar en el alma humana. Cuando este brahmín de la India hablaba de lo que él consideraba como la Vedanta genuina y la verdadera confesión india, no fue así como si se escuchara algo extraño, sino que la gente le comprendió correctamente; fue como una especie de fe concebible con el intelecto y asequible a toda persona que en base a la razón se dirigiera al único Dios universal. Hubo también sucesores de Ram Mohun Roy: Rabindranath Tagore y otros. Es particularmente interesante que uno de ellos, como indio, pronunciara en el año 1870 una conferencia sobre “Cristo y el cristianismo”. Es sumamente interesante oír a un indio hablar sobre el Cristo y sobre el cristianismo. No toca el

tema del misterio del cristianismo, pues está lejos de comprenderlo. Toda la conferencia demuestra que él no es capaz de concebir el hecho fundamental, quiere decir, que el cristianismo no parte de un maestro personal sino, precisamente, del Misterio de Gólgota, de un hecho histórico-universal, de la muerte y la resurrección. Por otra parte, concibe y comprende que en Cristo Jesús vivió una entidad eminentemente significativa para todo corazón humano, entidad que debe considerarse como figura ideal para la historia universal. Es bastante llamativo oír lo que el indio dice del Cristo: al profundizar nuestra contemplación acerca del cristianismo, hemos de decirnos que en el Occidente mismo el cristianismo deberá experimentar una ulterior evolución, puesto que el cristianismo que los europeos traen a mi patria, no lo es, a mi parecer, verdaderamente.

Estos ejemplos nos indican que no solamente las almas europeas empezaron, por así decirlo, a considerar lo que existe detrás de las distintas religiones, sino que también en la lejana India —y ciertamente en muchos otros lugares del orbe— empezaron a moverse los eruditos para contemplar, desde un nuevo punto de vista, lo que se había poseído durante siglos y milenios. No se comprenderá totalmente esta metamorfosis de las almas del siglo XIX, sino en el curso del tiempo venidero. Y sólo la futura historiografía reconocerá que a través de semejantes procesos debió producirse una total renovación y transformación de todos los problemas y de toda manera de comprender las concepciones antiguas. Son procesos que, si bien aparentemente interesaban a pocos, fluían, no obstante, en los corazones y las almas a través de miles y miles de conductos, y que actualmente

se hacen notar en todas las almas que de alguna manera participan de la vida espiritual. Así existe realmente en todas partes del mundo una grandiosa y profunda contemplación de los problemas.

Responder a estas preguntas es la tarea de *nuestro* movimiento espiritual. Este movimiento está convencido de que a través de las antiguas tradiciones no es posible responder a las referidas preguntas, ni tampoco por la ciencia natural moderna, o concepción del mundo que sólo trabaje con los factores de dicha ciencia, sino que esto requiere el trabajo de la ciencia espiritual y la investigación de los mundos espirituales. Con otras palabras: que todo el curso de la evolución conduce a que sólo la investigación de los mundos superiores puede contestar las preguntas de la humanidad de nuestros tiempos. De la vida espiritual en Occidente también volvieron a surgir, lenta y paulatinamente, las cosas que tienen que ver con las más bellas tradiciones orientales. Siempre hemos destacado que la ley de la reencarnación surge como resultado de la vida espiritual de Occidente, y que no hace falta encontrarla, como un hecho histórico, en el budismo, como tampoco es necesario recurrir a la tradición histórica con respecto al teorema de Pitágoras. Empero, por haber surgido en el alma moderna la idea de la reencarnación, se ha construido el puente para la comprensión de aquellos tres milenios (dentro de los cuales la idea de la reencarnación no figuraba como punto principal del pensamiento) abarcando asimismo la figura del Buda. Así se amplió el horizonte y también la perspectiva más allá de esos tres milenios; y con ello se suscitaron nuevas preguntas que sólo la ciencia espiritual puede contestar.

Empecemos con la pregunta que resulta de las primeras palabras del Evangelio de Marcos: que se da el "principio del Evangelio de Jesucristo". Recordemos, además, que a estas primeras palabras sigue, no solamente la caracterización del pasaje bíblico del antiguo profeta, sino el anunciamiento del Cristo por Juan el Bautista, anunciamiento que se expresa con estas palabras: "El tiempo es cumplido; el reino de Dios se extiende sobre la existencia terrestre". ¿Qué significa todo esto? Tratemos, con la luz de la moderna investigación científico-espiritual, de contemplar los tiempos en cuyo medio se produce el "cumplirse"; tratemos de comprender lo que significa: un tiempo antiguo es cumplido, comienza un tiempo nuevo.

Será fácil comprenderlo si dirigimos la mirada hacia algo de tiempos antiguos, y después hacia algo de los tiempos modernos, de tal manera que en medio, poco más o menos, se halle el Misterio de Gólgota. Consideremos, pues, algo de *antes* y algo que se halla *después* del Misterio de Gólgota y tratemos de profundizar en qué consiste la diferencia, con el fin de reconocer en qué sentido se había cumplido un tiempo antiguo y comenzado un tiempo nuevo; pero sin extendernos en abstracciones, sino considerando lo concreto.

Consideremos, a tal fin, algo que pertenece al primer milenio, según lo anteriormente caracterizado. De los primeros tiempos de aquel primer milenio se perfila la figura de Homero, el poeta y rapsoda griego. Apenas algo más que su nombre es lo que sabemos de esa personalidad a la cual se le atribuyen las poesías que son de las más grandiosas de la humanidad: la Ilíada y la

Odisea; y hasta su nombre se ha puesto en duda en el siglo XIX. Homero es una figura a la que tanto más se admira cuanto más se llega a conocerla; y las figuras creadas por él en la Ilíada y la Odisea aparecen ante nuestra alma como personajes más vivientes que cualesquiera de hombres puramente políticos de Grecia. Las más diversas personas conocedoras de Homero se han formado la opinión que por lo preciso y por toda la manera de presentar las cosas, se puede deducir que Homero fue médico; otros piensan que fue escultor, e incluso una especie de artesano. Napoleón admiró la táctica estratégica en la descripción que da Homero. Otros le consideran mendigo que anduvo vagando por doquiera. Estas diversas opiniones de sus críticos hacen resaltar, al menos, lo singular de la individualidad de Homero. Nos ocuparemos de una sola de sus figuras, la de Héctor. Consideremos cómo la Ilíada caracteriza a Héctor y que él se nos presenta como personalidad de contornos fijos y bien definidos; consideremos, además, su relación con su ciudad natal, con su esposa Andrómaca, con Aquiles, como asimismo con el ejército troyano y la conducción de éste. Tratemos de representarnos a este hombre con su ternura como marido, su amor, típico de aquel tiempo, a la ciudad de Troya, como ciudad natal; pero también susceptible de hacerse ilusiones —pensemos, al respecto, en su relación con Aquiles— como sólo puede suceder a grandes personalidades. Homero nos describe en Héctor a un hombre de grandiosa y universal humanidad. Así se perfila como figura de tiempos antiquísimos; pues se entiende que lo relatado por Homero pertenece a tiempos más antiguos, de modo que para el hombre moderno se

halla aún más en las tinieblas del pasado. Esta es una de las figuras a que me refiero. Escépticos y filólogos pueden poner en duda que un Héctor haya vivido, al igual que dudan de la existencia de Homero. No obstante, quien tome en consideración lo que nos dice lo puramente humano, podrá convencerse de que Homero describe hechos realmente históricos, y que Héctor lo mismo que Aquiles y los demás, son figuras que anduvieron en Troya. Ellas se nos presentan como figuras reales con vida terrenal, pero como hombres de naturaleza bien distinta y apenas comprensible; los que, no obstante, aparecen para nosotros, con todos los pormenores, gracias al relato del poeta. Representémonos a Héctor, quien fue vencido por Aquiles, como figura real y uno de los principales héroes del ejército troyano. En él se nos presenta una típica figura de los tiempos precristianos y que nos permite apreciar lo característico de los hombres de la época en que el Cristo aún no había venido.

Contemplemos ahora a otra figura: un gran filósofo del quinto siglo precristiano quien gran parte de su vida estuvo en Sicilia, una figura singular: Empédocles. No solamente fue el primero en hablar de los "cuatro elementos" —fuego, agua, aire, tierra— como asimismo de que todo lo que sucede en lo material, a través del mezclar y desmezclar de estos cuatro elementos, se produce en virtud de los principios del odio y del amor los que imperan en dichos elementos, sino que, ante todo, actuó en Sicilia creando importantes instituciones y yendo de unos lugares a otros para conducir a la gente a la vida espiritual. Se nos presenta en Empédocles una vida aventurera al igual que

profundamente espiritual. Por más que otros lo pongan en duda, la ciencia espiritual sabe que Empédocles vivió y actué en Sicilia como estadista, iniciado y mago, lo mismo que Héctor vivió en Troya, tal como Homero lo describe. Caracterizando la posición peculiar de Empédocles en el mundo, se nos presenta el hecho, no inventado, sino verdadero, de que, con el fin de reunirse con toda la existencia en torno suyo, puso fin a su vida arrojándose al cráter del Etna y pereciendo abrasado. Esta es la segunda figura de los tiempos precristianos.

Ahora las contemplaremos valiéndonos de los medios de la ciencia espiritual moderna. Ante todo sabemos que las almas de semejantes figuras han de volver a vivir. Si las buscamos en los tiempos de la era cristiana, sin tomar en consideración encarnaciones intermedias, tendremos algo que nos permitirá comprender los cambios que se producen en el curso del tiempo y *cómo* el Misterio de Gólgota repercute en la evolución de la humanidad. Si podemos decir que semejantes figuras como las de Héctor y Empédocles reaparecieron, y si preguntamos: ¿Cómo viven y actúan ellas entre los hombres de la era poscristiana?, esas mismas almas nos darán una idea de cómo repercute el Misterio de Gólgota en el tiempo pasado y en el comienzo de un tiempo nuevo. Basándonos en la Antroposofía, no vacilaremos en dar los resultados de la genuina ciencia espiritual, resultados que podrán verificarse por lo que exteriormente se percibe.

Para tal fin hemos de dirigir la mirada sobre un hecho de la era cristiana. En este caso también se podría argüir que se trata de una figura de la poesía. Pero esta "figura de la poesía" representa una personalidad de la

vida real, una figura creada por Shakespeare en su obra dramática “Hamlet”. Quien conoce la vida y el desarrollo de Shakespeare, en la medida en que exteriormente es posible conocerlo; más aun, quien lo conoce a través de la ciencia espiritual, sabrá que el Hamlet de Shakespeare es la imagen poética del príncipe danés que realmente vivió. No puedo entrar en pormenores acerca de la figura histórica que corresponde a la figura poética de Shakespeare, pero sí daré el resultado de la ciencia espiritual para evidenciar, a través de un caso significativo, cómo reaparece en la época poscristiana un espíritu de la antigüedad. La individualidad real que corresponde a “Hamlet”, como figura creada por Shakespeare, es Héctor. El alma que vivió en Hamlet, es la misma que también vivió en Héctor. Justamente un ejemplo tan característico que evidencia la gran diferencia en el manifestarse de un alma, nos permite ver claramente qué es lo que sucedió en el tiempo transcurrido entre una época y la otra. Allí está una personalidad como la de Héctor, perteneciente a los tiempos precristianos. En la evolución de la humanidad ocurre el gran acontecimiento del Misterio de Gólgota; y la chispa que penetra en el alma eterna de Héctor, suscita en ella la imagen primitiva de Hamlet. Goethe le caracterizó así: “un alma que no es capaz de hacer frente las situaciones que se le presenten, ni tampoco las hay que le satisfagan; un alma que tiene a su cargo una tarea la que no puede cumplir”. Podemos preguntar: ?Por qué Shakespeare lo describe de tal manera? El no lo sabía. Pero quien lo considera guiado por la ciencia espiritual, conoce las fuerzas que se hallaban detrás. El poeta todo lo crea inconscientemente porque en cierto sentido

primero tiene ante sí mismo la figura a crear, y luego, cual un cuadro —sin ser consciente de ello— toda la individualidad correspondiente. ¿Por qué hace resaltar Shakespeare ciertas cualidades características de Hamlet y las destaca decididamente, cualidades que quizá ningún observador de la época hubiera notado en la figura de Hamlet? Hemos de contestar que él las observa *dentro del cuadro de la época*; él siente cuán diferente ha devenido un alma al pasar de la vida antigua a la nueva. El acierto y la precisión en el carácter de Héctor se ha convertido, por de pronto, en el escepticismo y la vacilación de Hamlet, el que no sabe orientarse en las situaciones de la vida.

Consideremos ahora a otra figura del tiempo moderno la que también primero se conoció a través de una obra poética, cuya fi. gura principal ciertamente aún sobrevivirá cuando en el recuerdo de la posteridad el poeta mismo vivirá como hoy lo tenemos a Homero y Shakespeare: de aquél no sabemos nada, de éste bastante poco. No obstante el arte de la imprenta y todos los demás medios modernos, habrá quedado en el olvido lo que los coleccionistas de datos y los biógrafos nos comunican sobre Goethe, cuando todavía existirá en su viviente grandeza y plasticidad la figura por él creada: la del Fausto. Así como actualmente no se sabe nada de Homero, pero muchísimo acerca de Héctor y Aquiles, así tampoco se sabrá entonces mucho de la personalidad de Goethe (y esto será lo mejor!) pero siempre se sabrá de la figura del “Fausto”.

Fausto también es una figura la cual, como se nos la presenta en la literatura en la obra de Goethe, y en ella aparece, en cierto sentido, en su última forma, se basa, no

obstante, en un ser real. Fausto vivió como hombre del siglo XVI; no existió, por cierto, tal como Goethe lo describe en su obra dramática. Sin embargo, cabe preguntar: ¿Por qué lo describe Goethe de esa manera? Goethe mismo no lo sabía; pero cuando él contemplaba al Fausto de la tradición, como ya lo conocía del teatro de títeres de su infancia, entonces obraban en él fuerzas provenientes de una encarnación precedente: la de Empédocles, el antiguo filósofo griego. Y esto irradiaba en la figura del Fausto. Podríamos decir: Si Empédocles se arroja en el Etna, uniéndose con el elemento fuego de la Tierra: ¡Qué espiritualización más maravillosa de la precristiana mística naturalista se nos presenta en el cuadro final del drama de Goethe, al ascender Fausto al elemento fuego celestial a que le conduce el Padre Seráphicus! Lenta y paulatinamente surge un nuevo espíritu en lo que el hombre profundamente aspira. Desde hace tiempo se hace valer en los genios de la humanidad (sin que conozcan nada de reencarnación y karma) el hecho de que, al contemplar y describir un alma universal, desde los fundamentos de su vida propia, ellos describen lo que resplandece desde encarnaciones anteriores. Así como Shakespeare describió a Hamlet, tal como lo conocemos, sin saber nada de que en Héctor y en Hamlet vivió la misma alma, así también describió Goethe al Fausto como si detrás de éste se hallara el alma de Empédocles con todas sus peculiaridades, precisamente porque en Fausto vivió el alma de Empédocles. Lo característico reside en que de esa manera se produce el desarrollo y el progreso del género humano.

Hemos escogido dos figuras características que nos hacen ver que grandes personalidades de la antigüedad se hallan tan hondamente afectadas por lo que vivencian en los tiempos modernos pos cristianos que el orientarse en la vida les resulta sumamente difícil. Al contemplar, por ejemplo, a Hamlet, se siente que en él existe toda la fuerza de Héctor, pero se siente igualmente que en el tiempo poscristiano esa fuera no puede manifestarse, ya que de pronto se encuentra obstaculizada, porque algo ha ejercido su efecto sobre el alma, lo cual significa un *principio*, mientras que en las figuras de la antigüedad se trataba de un fin. Tanto Héctor como Empédocles se nos presentan plásticamente concluidos. Empero, lo que en la humanidad prosigue evolucionando, tiene que tomar nuevos caminos a través de las nuevas encarnaciones. Así ocurrió con Héctor en Hamlet, con Empédocles en Fausto. Este último tiene en sí mismo todo el elemento de Empédocles, todo el abismo del aspirar hacia las profundidades de la naturaleza, y sólo por esta hondura de su ser pudo decir: "por un tiempo voy a dejar a un lado la biblia; no quiero ser teólogo, sino naturalista y médico"; él tuvo el deseo de tratar con seres demoníacos, y esto le hace andar vagando por el mundo como asimismo asombrarse; pero él mismo es hombre no comprendido. El elemento proveniente de Empédocles ejerce su influencia en todo esto, pero no consigue orientarse en lo que ha de ser el hombre de los tiempos nuevos.

Lo expuesto anteriormente nos hace comprender que en almas significativas, con relación a las cuales cada uno puede informarse, se evidencia un grandioso cambio; y esto se comprueba, precisamente, al profundizarse la

contemplación. Y si preguntamos: ¿Qué es lo que sucedió entre una y la otra encarnación de semejante individualidad?, siempre se recibe la respuesta: el Misterio de Gólgota, lo que el Bautista anunció, diciendo: "el tiempo es cumplido; los reinos del espíritu —o los reinos de los cielos— se convierten en el reino humano". ¡Ciertamente, los reinos de los cielos compenetraron vigorosamente el reino humano! Quienes lo toman exteriormente, no lo comprenden. La compenetración fue tan vigorosa que grandes, sólidos y fuertes hombres antiguos tuvieron que adaptarse a una nueva evolución en la Tierra, de modo que precisamente en ellos se evidencia que al llegar al Misterio de Gólgota, se ha concluido y cumplido algo que hace aparecer a esos hombres como personalidades concluidas en sí mismas. Después ocurrió lo que requirió de las almas generar en sí mismas un comienzo, porque todo debió formarse de nuevo, refundirse, de manera que las almas que en la antigüedad eran grandes, aparecen como almas pequeñas pues deben transformarse en el estado de infancia, porque comienza algo totalmente nuevo. De esto hemos de compenetramos si queremos comprender el sentido de las primeras palabras del Evangelio de Marcos: un *principio*. Un principio, por cierto, que conmueve las almas en lo más hondo de su ser y que a la evolución de la humanidad da un nuevo impulso: es un principio del "Evangelio".

¿Qué es el Evangelio? Es lo que desciende desde los reinos de las jerarquías de entidades superiores, Ángeles, Arcángeles. Lo que desciende a través del mundo que se eleva por encima del "mundo de los hombres". Esto nos abre la perspectiva al profundo

sentido de la palabra “Evangelio”, que equivale al impulso que a través del reino de los Arcángeles, de los Ángeles, desciende a la humanidad. En el fondo, todas las traducciones abstractas son muy poco adecuadas. En verdad, ya la palabra “Evangelio” indica que en un momento dado empieza a fluir a la Tierra lo que antes sólo fluía en el reino de los Ángeles y los Arcángeles, y que sobre la Tierra sacude a las almas, principalmente a las más fuertes. Se establece el principio que tendrá su “continuación”; quiere decir que el Evangelio *perdura*. En aquel momento comenzó, y veremos que, bien mirado, toda la evolución de la humanidad, desde aquel tiempo, es la continuación del “principio”, de un descender desde el reino de los Ángeles del impulso que puede llamarse “Evangelio”.

Sólo la profunda investigación nos permite caracterizar los Evangelios, y veremos que precisamente el Evangelio de Marcos no se comprende sino contemplando la evolución de la humanidad en su verdadero sentido con todos sus impulsos y todo lo sucedido en el curso de la misma. Traté de caracterizarlo no exteriormente, sino a través de las almas y en base al hecho de la reencarnación, la que, si realmente forma parte de la investigación, nos hace comprender el desarrollo de un alma como la de Héctor o de Empédocles, como asimismo la importancia del impulso dado por el acontecimiento de Palestina. El significado de este impulso sólo es comprensible si detrás de la historia exterior se arroja luz sobre la vida por medio de la investigación espiritual, no solamente sobre la vida en sus *pormenores*, sino en la sucesión de las encarnaciones. Hay que acoger seriamente la idea de la reencarnación y

aplicarla a la historia de manera tal que ella se convierta en su elemento vivificante. Esto nos permitirá comprender, principalmente en las *almas*, el efecto del impulso más grande, el acontecimiento de Gólgota.

## II

## EL ELEMENTO DE LOS PROFETAS JUDIOS
## LA COMPOSICION ARTISTICA DE LA BIBLIA

Si recordamos la finalidad principal de la conferencia anterior, podemos tener presente la enorme diferencia de lo más íntimo de la naturaleza humana en los tiempos *antes* y *después* del Misterio de Gólgota. He tratado de dar no una característica, sino ejemplos tomados de la ciencia espiritual con respecto a almas de los tiempos antiguos y de la época moderna; ejemplos característicos que nos hacen comprender cómo en los tiempos modernos determinadas almas de tiempos pasados vuelven a presentarse cambiadas, metamorfoseadas. La causa de semejante enorme transformación no se nos revelará sino a través de todo el sentido de este ciclo de conferencias. En forma introductora podemos señalar lo que a menudo en consideraciones parecidas ha sido mencionado, esto es que para el hombre sólo por el Misterio de Gólgota se le hizo posible adquirir la plena conciencia de su yo cuyo cabal desarrollo es la misión de nuestro planeta. Aproximadamente, podemos decir que si nos remontamos a tiempos muy antiguos de la evolución de la humanidad, encontraremos que las almas humanas no tienen individualidad, sino que dependen del alma grupal. El estar comprendidas en el alma grupal es justamente lo que ocurre en las figuras extraordinarias, por lo que se puede decir: un Héctor, un Empédocles son representantes típicos de los hombres que viven dentro del alma grupal; Héctor, un brote del alma de Troya,

trasunto del alma grupal del pueblo troyano, especializado en una forma bien definida, pero enraizado en el alma grupal, lo mismo que Empédocles. Al reencarnarse en la época poscristiana, se hallan ante la necesidad de desarrollar la conciencia del yo. La transición de la vida en el alma grupal a la vida como alma individual, es lo que les da un poderoso impulso hacia adelante. De ello resulta que en tiempos poscristianos un alma tan firme como la de Héctor aparezca vacilante, sin la capacidad de hacer frente a la vida, como lo fue, por ejemplo, el alma de Hamlet; por otra parte que un alma como la de Empédocles, al reencarnarse en el Fausto del siglo XVI de nuestra era, aparentemente se convierte en una especie de aventurero, siendo conducido a situaciones de las que apenas puede arrancarse, situaciones no comprendidas por los demás, ni por toda la posteridad.

Muchas veces hemos dicho que lo alcanzado hasta ahora, desde el Misterio de Gólgota, significa muy poco en cuanto a lo que ha de esperarse de toda la evolución a que nos hemos referido. Todo está aún en su comienzo, y los grandes impulsos del cristianismo no darán sus resultados sino en la futura evolución terrestre. Siempre de nuevo hemos de subrayar que el gran desarrollo del cristianismo sólo se halla en su comienzo. Pero es necesario acompañar este gran desarrollo con la debida comprensividad en concordancia con las nuevas revelaciones y los impulsos desde la fundación del cristianismo. Ante todo habrá que aprender a leer la *Biblia* de una manera totalmente nueva, ya que esto formará un buen comienzo de una nueva comprensión del cristianismo. Todavía hay muchos obstáculos que lo

impiden. En parte, la causa estriba en que mucha gente entiende y emplea la Biblia de una, manera sentimental; por otra parte, en que se la emplea como una especie de manual para toda clase de estados anímicos personales, en vez de considerarla como un libro para buscar el conocimiento. En los últimos decenios —o más bien en el curso de todo el siglo XIX— la erudición causó gran dificultad para la comprensión de la Biblia porque la desarticuló y sostuvo, por ejemplo, que el Nuevo Testamento habría sido combinado por cuantas cosas imaginables, y que el Antiguo Testamento igualmente sería una combinación de las cosas más diversas, añadidas en distintas épocas; en fin, una suma de fragmentos "cosidos" unos a otros en el curso del tiempo. Semejante erudición se populariza y se generaliza en deterioro de una seria lectura de la Biblia que deberá desarrollarse de aquí en adelante. Tal lectura de la Biblia conducirá a comprender mejor incluso lo que desde el punto de vista antroposófico puede conocerse acerca de los misterios de las Escrituras bíblicas. Habrá de familiarizarse, por ejemplo, con la idea de que el conjunto del Antiguo Testamento (hasta donde éste termina en las ediciones corrientes) debe considerarse como un todo absoluto, y no habrá de dejarse desorientar por todas las objeciones contra la unidad del Antiguo Testamento. Cuando se llegue a sentir esta unidad y si también se toma en cuenta lo que la ciencia espiritual puede decirnos al respecto, combinado con cierto sentido *espiritual-artístico* en cuanto a la composición, no tanto exteriormente sino precisamente en su profundo aspecto realmente artístico, entonces se verá en qué enorme fuerza espiritual-dramática se basa toda la composición

del Antiguo Testamento. Únicamente en estas condiciones la vista abarcará el magnífico cuadro dramático como una unidad, como un todo; en fin, se apreciará el espíritu armonioso de la Biblia, sin pensar en que las distintas partes hubiesen sido tomadas una de un lado, otra de otro lado. Se verá, antes bien, que todo progresa gobernado por un espíritu uniforme, comenzando con el tiempo de la Génesis, prosiguiendo a través de la era de los patriarcas, después la época de los Jueces, la de los Reyes, para convergir y culminar en los maravillosos y dramáticos Libros de los Macabeos, hijos de Matatías y hermanos de Judas, en su guerra contra el rey Antioco de Siria. Esto termina y encuentra su culminación con una íntima fuerza dramática. Se comprenderá que no es mera fraseología si al investigador oculto lo invade un sentimiento espontáneo cuando al final de esos libros se habla de los siete hijos de la madre de los Macabeos y los cinco hijos de Matatías: cinco más siete, nos da un significativo total de *doce*; el número doce que también en otros casos aparece, cuando se trata de los misterios de la evolución. ¡Es importante ver que también aparece en el punto culminante al terminar el Antiguo Testamento! Por de pronto habla a nuestro sentimiento el relato del martirio y la muerte de los siete macabeos; la tortura que ellos sufren, uno tras otro, pero que cada uno también eleva el espíritu. El relato es realmente dramático. El primero simplemente alude a lo que en el séptimo encuentra su expresión como confesión de la inmortalidad del alma, al echarle en la cara del rey la palabra: "¡infame que no quieres saber nada del redespertar de mi alma!" Este acrecentar dramático de uno al otro de los siete hijos nos

hace comprender qué fuerzas hay en la Biblia. Si en vez de la contemplación sentimental, se considera este efecto dramático-artístico, la Biblia suscitará en nosotros fervor religioso, y *el arte se hace religión*. Además, nos conducirá a observaciones muy singulares.

Recordemos lo expuesto en las conferencias sobre el Evangelio de Lucas de que toda la grandiosa figura del Cristo Jesús se formó gracias a la unión de dos almas, las almas de dos niños Jesús. Una de las dos no fue otra que la de Zoroastro, el fundador del zaratustrismo. El alma de Zoroastro vivió en el niño Jesús que se describe en el Evangelio de Mateo.

¿Qué es lo que se nos presenta en este hecho? El fundador del zaratustrismo, el gran iniciado de la antigua cultura persa quien en su obrar pasa por la evolución de la humanidad hasta un punto determinado, y reaparece dentro del antiguo pueblo hebreo; por el camino que toma el alma de Zoroastro pasa, dicho con otras palabras, de la primitiva cultura persa al elemento del antiguo pueblo hebreo. Ciertamente, lo externo de lo que ocurre dentro de la historia universal y en la vida humana, no es sino la revelación, la manifestación de procesos y fuerzas espirituales interiores. En verdad es así que podemos estudiar lo que relata la historia exterior, considerándolo como expresión de lo interior espiritual, es decir, de los hechos en que obra el espíritu.

Tengamos bien presente que Zoroastro pasa de la cultura persa al antiguo elemento hebreo, y consideremos entonces al Antiguo Testamento, empezando con los títulos de los distintos libros o capítulos. Lo expuesto en aquella oportunidad con relación a Zoroastro es un resultado de la investigación clarividente que se obtiene

al seguir la evolución de su alma. Comparemos con este resultado no sólo el contenido de la Biblia sino también las pruebas correspondientes de la investigación exterior.

El antiguo pueblo hebreo funda su reino en Palestina; este reino primitivo se divide; primero se produce el cautiverio de Asiria; después el de Babilonia; más tarde la sumisión por los persas. ¿Qué significa todo esto? Hemos de contestar que los hechos de la historia universal no dejan de tener sentido; estos hechos corresponden a los sucesos espiritual-anímicos. Volvamos a preguntar: ¿ Por qué ocurrió todo eso; por qué los antiguos pueblos hebreos son guiados de tal manera que desde Palestina se los lleva a los elementos caldeo, asirio, babilonio; después al elemento persa, y que finalmente son liberados por Alejandro el Grande? Sencillamente se podría decir que detrás de todo eso se halla el paso de Zoroastro de la cultura persa al elemento judío. Los judíos lo llamaron; fueron guiados a encontrarse con él, incluso a través de la sumisión al elemento persa, por el solo hecho de que Zoroastro quiso venir para unirse con ellos. La historia exterior es un maravilloso trasunto de estos sucesos; y a la ciencia espiritual se le revela que la historia exterior no es sino el medio corpóreo para el paso de Zoroastro desde el elemento persa, el que como primer paso abraza y envuelve al antiguo elemento hebreo y, después de haberlo envuelto lo bastante, es liberado por Alejandro el Grande. Lo que resultó de todo lo relatado fue el ambiente apropiado y necesario para Zoroastro. Fue un traspaso de un pueblo a otro.

Sólo podemos referirnos a puntos escogidos; pero si echamos una mirada sobre todo el tiempo de la historia

hebrea: el tiempo de los reyes, de los profetas, del cautiverio de Babilonia, la conquista por los persas hasta el tiempo de los macabeos y, si buscamos la comprensión del Evangelio de Marcos que comienza con una palabra del profeta Isaías, entonces salta a la vista el elemento de los *profetas* judíos. Diríamos: partiendo de Elías, reencarnado en Juan el Bautista, se nos presentan los profetas en su maravillosa grandeza.

Sin referirnos, por ahora, a Elías y el Bautista, consideremos primero a los profetas entre aquél y éste, diciéndonos: la ciencia espiritual nos permite considerar los profetas judíos de una manera singular. Si nos referimos a los antiguos grandes guías espirituales de todo el orbe, estamos hablando de los iniciados de los tiempos pasados. Sabemos que estos iniciados habían alcanzado un alto nivel espiritual porque habían pasado por los más diversos sitios sagrados para elevarse de grado en grado hacia el conocimiento y la Visión espiritual. Además, que a través de la iniciación pudieron unirse con el actuar de los impulsos espirituales en el mundo, de modo que ellos mismos pudieron hacer fluir en la vida física los impulsos recibidos en el mundo espiritual. Por consiguiente, si se nos presentan iniciados de los pueblos persa, indio o egipcio, preguntaremos ¿Cómo pudieron elevarse, dentro de sus respectivos pueblos, por los escalones de la iniciación, y cómo se convirtieron en guías espirituales de esos mismos pueblos? Sin embargo, esta pregunta no se justifica con respecto a los profetas judíos. Existen, por cierto, núcleos teosóficos donde se habla de los antiguos profetas hebreos de la misma manera como de los iniciados de otros pueblos pero esto no conduce a nada. Si estudiamos

lo que la Biblia misma (y ella representa precisamente un fiel elemento) dice de los profetas desde Elías hasta Malaquías, pasando por Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, veremos que no es posible considerarlos según el esquema general de la iniciación. ¿Dónde se dice que los profetas judíos hubiesen pasado por el riguroso camino de la iniciación como aquellos de los demás pueblos? Se nos dice que ellos aparecieron dotados en su alma de la Voz del Cielo la que los capacitaba para percibir más que el hombre común y para vaticinar el futuro destino de su pueblo como asimismo el curso de la historia universal. Fueron dones elementales de los profetas. Nada se dice de que ellos hubiesen sido iniciados de la misma manera que los demás profetas; para estos últimos existen pruebas de cómo obtuvieron la iniciación. Los profetas judíos aparecen como genios, con la visión espiritual con respecto a lo que tuvieron que anunciar a su pueblo y a la humanidad; así también invocan sus dones proféticos. Tal profeta, cuando tiene que hablar, dice que el Dios se lo ha comunicado a través de entidades espirituales, o bien que lo ha recibido espontáneamente como una verdad elemental. Esto nos hace preguntar: ¿Quienes son estos profetas judíos que exteriormente se nos presentan al lado de los iniciados de los demás pueblos (dejando aparte a Elías y el Bautista)? Si investigamos, mediante la ciencia espiritual, lo que fueron las almas de esos profetas, llegamos a un resultado sorprendente. Y si se trata de examinar este resultado, comparándolo con lo que dicen al respecto la historia y la tradición religiosa, se verificará que es exacto.

Si se investiga el desarrollo de las almas de los profetas judíos se descubre que se trata de

reencarnaciones de iniciados que en otros pueblos habían llegado a ciertos grados de la iniciación. Remontándonos de la vida de un profeta judío a tiempos pasados, llegamos, pues, a un alma que durante mucho tiempo había vivido, como iniciado, en otro pueblo y que, después de haber pasado por el portal de la muerte, volvió a encarnarse dentro del pueblo judío. Si buscamos las almas de todas estas figuras —Jeremías, Isaías, Daniel, etc.— en sus encarnaciones anteriores, hemos de remontarnos a su existencia dentro de otros pueblos. Es, realmente, como un reunirse, paso a paso, de los iniciados de otros pueblos, en el pueblo judío, donde aparecen en las figuras de los "profetas". Así se explica que el espíritu profético aparezca en ellos cual una manifestación elemental de su interioridad; es el recuerdo de lo adquirido como iniciados en otra existencia. Esto se manifiesta, pero también puede aparecer de tal manera que no tenga la misma forma armoniosa de las encarnaciones anteriores. El alma que estuvo encarnada en un cuerpo persa o egipcio, tendrá que acostumbrarse a la corporeidad del pueblo judío, y una u otra cualidad del pasado no podrá desenvolverse. No es así que al pasar el hombre de encarnación a encarnación reapareciese invariablemente lo que él antes poseía, sino que, debido a los estorbos que provienen de la corporalidad, las propiedades de antes pueden aparecer discordantes y caóticas. De esta manera ocurre que los profetas judíos dan a su pueblo impulsos espirituales que muchas veces constituyen reminiscencias grandiosas, pero desordenadas, de la iniciación del pasado. ¿Por qué ocurre tal cosa en los profetas judíos? Sucede por ningún otro motivo sino porque toda la evolución de la

humanidad tuvo que pasar por la transición de que lo conquistado en sitios dispersos debió reunirse como en un centro y renacer de la sangre del antiguo pueblo hebreo - Es por tal motivo que en su historia (como en la de ningún otro pueblo) se haga constar la unidad y el fluir de la sangre por las generaciones- Toda la misión universal del antiguo pueblo hebreo se basa en la continuidad del fluir de la sangre por las generaciones; y es por esta razón que para expresar que un hombre realmente forma parte del pueblo judío, siempre se lo llama "hijo de Abraham, Isaac, Jacob", quiere decir, del elemento que primero se manifestaba en la sangre de esos patriarcas. Fue en esta sangre que fluía por las generaciones en que debieron encarnarse los elementos provenientes de los iniciados de los demás pueblos. Cual irradiaciones provenientes de distintos lados y convergentes en un centro, así también convergieron, como en un centro, los rayos de la iniciación habida en los distintos pueblos, en la sangre del antiguo pueblo hebreo. El elemento psíquico de la evolución de la humanidad debió pasar una vez por ese centro. Es importante que tengamos presente este hecho oculto, puesto que sólo así se comprenderá por qué el Evangelio de Marcos desde un principio se basa en el elemento del Antiguo Testamento.

Más adelante veremos lo que significa aquel "concentrarse" de los distintos elementos de la iniciación de otros pueblos. Si se toma en consideración el desarrollo dramático del Antiguo Testamento, se notará que a raíz de ese elemento de la iniciación de los distintos pueblos se va formando, dentro de dicho desarrollo, la idea de la inmortalidad la que en su culminación aparece

precisamente en el libro de los Macabeos. Pero en cierto sentido es preciso contemplar esta idea de la inmortalidad en toda su primordial importancia, teniendo presente la relación del hombre con el mundo espiritual.

Al respecto, quiero llamar la atención sobre lo siguiente. Tratemos de buscar los pasajes del Antiguo Testamento en los cuales se trata de que el elemento divino penetra en la vida humana. A menudo se relata, como por ejemplo en el Libro de Tobías, donde Tobías manda a su hijo a cumplir un encargo y, apareciendo como hombre, viene y le ayuda el arcángel Rafael. En otros pasajes vienen otras entidades de las jerarquías superiores. Se trata de un penetrar en el mundo humano del elemento divino espiritual un penetrar que se realiza de manera tal que al hombre se presenta claramente ese elemento divino-espiritual como algo del mundo exterior. En el Libro de Tobías, Rafael aparece en el mundo exterior como un hombre que sale al encuentro de otro hombre al cual ha de guiar. Si estudiamos el Antiguo Testamento veremos que frecuentemente las relaciones con el mundo espiritual se constituyen de esa misma manera. Hay muchos pasajes en que se trata de tales hechos; pero en los distintos libros del Antiguo Testamento se nota un dramático evolucionar, y éste culmina en el martirio y la muerte de los siete hijos macabeos. Ellos hablan del reunirse e incluso del *despertar de sus almas en el elemento divino*. En los hijos de los macabeos y asimismo en los hermanos de Judas los que hasta el último momento defienden a su pueblo contra el rey Antioco de Siria, se nos presenta el certero convencimiento de la inmortalidad de sus almas. El elemento espiritual habla a la interioridad del alma. Y

el desarrollo dramático se nos presenta aún más si lo contemplamos a partir de la aparición de Dios en el zarzal ardiente (donde este aparecer también se produce en la existencia externa) hasta aquel brotar en los hijos de los macabeos de la íntima certeza de que, al morir en el martirio, serán redespertados en el reino de su Dios, por las fuerzas que en ellos viven.

Este grandioso desarrollo evidencia la unidad interior del Antiguo Testamento. Empero, con relación a la conciencia de que, en cierto sentido, Dios quita al hombre de la tierra y lo eleva a formar parte de la divinidad, nada dice al principio el Antiguo Testamento de que esta alma humana realmente será *despertada*. No obstante, todo el desarrollo se realiza de tal manera que la conciencia se afirma cada vez más de que el alma humana, por las fuerzas que le son inherentes, va penetrando en el elemento espiritual. La actitud pasiva frente al dios Yavé o Jehová, paulatinamente se convierte en la íntima conciencia activa de la naturaleza del alma. Este desarrollo progresa página por página a través del Antiguo Testamento, y *paso a paso nace la idea de la inmortalidad*. Es notable que en los profetas se evidencia el mismo progreso. De profeta en profeta la historia y las promisiones se tornan más íntimas; esto es otro elemento dramático y de maravilloso acrecentar. Cuanto más nos remontemos al pasado, tanto más se habla de hechos de la evolución exterior; en cambio, al progresar el tiempo, los profetas hablan cada vez más de la fuerza y de la esperanza interiores y del sentimiento de unidad. De tal manera todo va acrecentando hasta que finalmente el Antiguo Testamento va conduciéndonos al Nuevo Testamento; y el Evangelio de Marcos se enlaza

directamente con lo que acabamos de exponer, cuando ya al principio dice que quiere concebir el advenimiento de Cristo Jesús, enteramente en el sentido de los antiguos profetas, y que se comprenderá ese acontecimiento si se toman en consideración las palabras del profeta Malaquías o las del profeta Isaías: "He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí. Voz del que dama en el desierto: aparejad el camino del Señor, enderezad sus veredas". Con esto se señala el advenimiento del Cristo como por medio de un tono fundamental que aparece a través de la historia del Antiguo Testamento. Después dice el Evangelio de Marcos (las palabras lo indican claramente para quien quiera leer): Igual a como hablaron los profetas, vuelve a hablar otro: el Bautista. Así se presenta firme y grandiosamente la figura del Bautista, si la concebimos de esta manera: los antiguos profetas hablaron de un mensajero de Dios quien en la soledad indicará el camino que el Cristo Jesús deberá tomar a través de la evolución del mundo.

El Evangelio sigue: "aparecía Juan el Bautista en el desierto y predicaba el bautismo para el reconocimiento de la propensión al pecado en el hombre" — es así como hay que traducir adecuadamente esas palabras. Resumiendo, se nos dice: Dirigid la mirada hacia los antiguos profetas quienes desarrollaban en sí mismos una nueva relación con Dios y una nueva idea de la inmortalidad; después mirad cómo aparecía la figura de Juan el Bautista y hablaba de cómo se llega a conocer la propensión al pecado en el hombre. De esta manera se señala a la grandiosa figura del Bautista.

A continuación: ¡la maravillosa figura de Cristo Jesús mismo, que en el Evangelio de Marcos se nos presenta en forma tan sencilla y tan grandiosa y dramática a la vez, como en ningún otro documento en el mundo! ¡Hay que contemplarlo con toda la atención del alma! El Evangelio comienza diciendo: mirad la figura del Bautista; no la comprenderéis sino en su relación con los antiguos profetas judíos cuya voz ha tomado vida en él. Todo el pueblo judío fue a recibir de él el bautismo. Esto significa que muchos reconocían que por la boca de Juan hablaban los antiguos profetas. Después entra en el escenario la figura de Cristo Jesús mismo. Dejemos, por ahora, de lado el bautismo en el Jordán y todo lo demás hasta después de la escena de la tentación, y tratemos de contemplar el dramático acrecentar que precisamente se nos presenta en el Evangelio de Marcos.

Después de haber presentado la figura del Bautista, y habiendo expuesto la relación en que se hallan los hombres con él y su misión, se introduce la figura de Cristo Jesús mismo. Pero hemos de ver ¿cómo? El Cristo aparece, pero a El le reconocen no solamente los hombres, sino también otros seres. ¡Esto es lo que importa! Al lado del Cristo hay hombres quienes piden ser curados, librados de los demonios, pues en ellos hay demonios. Ahí están los hombres en los cuales no sólo habitan almas humanas, sino son poseídos de seres suprasensibles los que actúan a través de aquéllos; y en un pasaje significativo se nos dice: estos *espíritus* reconocen al Cristo Jesús. Los hombres reconocen al *Bautista* y quieren ser bautizados; los espíritus suprasensibles reconocen al *Cristo*, de modo que tiene que ordenarles que enmudezcan y que no hablen de El.

Los seres del mundo suprasensible reconocen al Cristo. Aparece un ser que es reconocido no sólo por los hombres, sino que por su modo de actuar es reconocido y considerado peligroso por seres suprasensibles. Esto es el grandioso acrecimiento que se nos presenta al comienzo del Evangelio de Marcos: por un lado Juan el Bautista reconocido y venerado por los hombres; por el otro lado Aquel que es reconocido y temido por seres suprasensibles los que, no obstante, tienen que ver con la tierra; de modo que ellos se dan cuenta que ahora deben irse. ¡Este otro ser es el Cristo! En ningún otro documento existe un acrecimiento tan sencillo y tan dramático a la vez.

Quien lo tenga presente, sentirá la realidad de ciertas cosas las que, de otro modo, le quedarían inadvertidas. Al respecto, llamo la atención sobre un pasaje particular el que —en vista de lo sencillo y grandioso de este Evangelio— salta singularmente a la vista. En el tercer capítulo del Evangelio de Marcos donde se habla del establecer de los doce y se mencionan sus nombres, El se refiere especialmente a dos de ellos y los llama "Hijos del Trueno". Esto es algo que no se debe pasar por alto, sino que debe tenerse muy en cuenta, si se quiere comprender el Evangelio. Los llama hijos del trueno porque, para que sean sus servidores, les quiere impregnar un elemento que no es de la Tierra sino que proviene de fuera de la Tierra; puesto que se trata del Evangelio que se origina en los reinos de los Ángeles y Arcángeles, algo totalmente nuevo que hace necesario hablar no sólo de los hombres sino del yo que es un elemento celeste, sobrenatural. Los llama hijos del trueno para evidenciar que también los Suyos se hallan en

relación con el elemento sobrenatural. El mundo que inmediatamente linda con el nuestro, es el mundo elemental sin el cual no sería comprensible lo que influye sobre nuestro mundo; por ello, el Cristo da a sus discípulos nombres que hacen ver que inmediatamente contiguo a nuestro mundo existe un mundo suprasensible; les da nombres calificativos del mundo elemental. Lo mismo ocurre cuando a Pedro le llama el "Hombre de la Roca" lo que también alude a algo suprasensible De esta manera se anuncia a través de todo el Evangelio el penetrar del "Angelio": los impulsos desde el mundo espiritual.

Para comprenderlo basta leer correctamente, diciéndose que el Evangelio es, a la vez, un libro en el que podemos encontrar la más profunda sabiduría. El progreso que se ha producido consiste en que las almas se individualizan y que su relación con el mundo suprasensible ya no se establece tan sólo por medio del alma grupal sino por el elemento del alma individual. Y El quien entra en el mundo de la humanidad; siendo reconocido dentro de la naturaleza terrena —pero también reconocido por los seres suprasensibles— necesita el mejor elemento humano para enraizar en las almas que han de servirle, un elemento suprasensible. El tiene que recurrir a los hombres que en el sentido de las condiciones anteriores ya habían alcanzado el máximo progreso de sus almas. Es sumamente interesante observar el desarrollo anímico de los doce que el Cristo reúne en torno suyo, quienes en su sencillez habían cumplido de la manera más grandiosa lo que en la conferencia anterior se ha caracterizado con respecto a encarnaciones más distanciadas unas de las otras. El

hombre tardará en adaptarse a la individualización. Al principio, le cuesta orientarse cuando del elemento anímico, característico de todo un pueblo, pasa a apoyarse en las fuerzas del alma propia. Los doce estaban hondamente arraigados en el elemento de su pueblo el que, justamente en esa época, grandiosamente había vuelto a sentir su nacionalidad; y ellos se hallaban, por así decirlo, con alma desnuda y sencilla, cuando el Cristo los encontró. En este caso se trataba de intervalos irregulares entre las encarnaciones pasadas y ¡as nuevas, y la mirada del Cristo se dirigía justamente sobre los doce: las almas reencarnadas de los siete hijos macabeos y los cinco hijos de Matatías, hermanos de Judas, los que en su conjunto formaban el apostolado. Hallábanse allí, reencarnados dentro del elemento de los pescadores y gente sencilla; sin embargo, en la época en que el elemento judío había ascendido a un punto culminante, estaban conscientes de que este elemento representaba entonces máxima potencia —pero sólo potencia— y que se individualizó al reunirse en torno del Cristo. Alguien, sin ser creyente, podría contemplar lo artístico del relato de que al final del Antiguo Testamento aparecen siete y cinco y que al principio del Nuevo Testamento hay otra vez doce y, considerando solamente esta composición artística, quedaría impresionado por la sencillez grandeza de la Biblia, sin contar el hecho de que los "doce" son los mismos que los cinco hijos de Matatías más los siete hijos de madre macabea. Habrá que aprender a tomar la Biblia en su grandeza, incluso como obra de arte.

Voy a llamar la atención sobre otra cosa más. Uno de los cinco hijos de Matatías, ya en el Antiguo Testamento, se llama "Judas"; él es el más sobresaliente

en la lucha por su pueblo, al que se entrega con toda su alma. También consigue hacer un pacto con los romanos contra el rey Antioco de Siria. Este Judas es el mismo que más tarde tiene que padecer la tribulación de hacer la traición, porque él, hallándose en lo más íntimo ligado con el elemento específico del Antiguo Testamento, tarda en encontrar la transición al elemento cristiano y debe pasar primero por la severa prueba de la traición. Considerando lo puramente artístico de la composición, se nos presenta maravillosamente la grandiosa figura de aquel Judas hacia el final del Antiguo Testamento; y después en el Nuevo Testamento la figura del otro Judas. En este hecho sintomático es notable que el Judas del Antiguo Testamento hace un pacto con los romanos; en cierto sentido prepara lo que más tarde sucederá sea, el camino que el cristianismo toma a través del romanismo, para establecerse en el mundo. Esto es, diríamos, el ulterior desarrollo. Si agregáramos otros hechos que no pueden exponerse ante un auditorio tan grande, veríamos que a través de Judas, reencarnado posteriormente, se produce la síntesis de los elementos romano y cristiano, y que justamente él es el primero quien, en cierto sentido, tiene gran éxito en la divulgación del cristianismo latinizado; de modo que el pacto con los romanos, celebrado por el Judas del Antiguo Testamento, es el augurio profético de lo que más tarde realiza quien reaparece al reencarnarse el Judas que debió pasar por la dura prueba de la traición. Lo que surge como resultado de su posterior actuar: el cristianismo dentro del romanismo que es, a la vez, el romanismo dentro del cristianismo; esto es algo que aparece como una

renovación, convertida en un hecho espiritual, del pacto con los romanos de Judas del Antiguo Testamento.

Contemplando semejantes hechos, se va llegando a la conclusión que, espiritualmente comprendida y sin tomar en consideración todo lo demás, la evolución de la humanidad como tal, es la obra de arte más grande de todos los tiempos. Sólo hace falta mirarlo bien; y esto es lo que debe exigirse al alma humana. Cuando alguien ve una obra dramática con su bien comprensibles peripecia y desenlace, puede, si no es capaz de comprender su composición, describir simplemente la sucesión de los procesos. Así también procede la historiografía exterior. Esto, naturalmente, no da ninguna obra de arte, sino meramente la sucesión de hechos. Sin embargo, ahora comienza una nueva época en que debemos comprender el aspecto interior y la progresiva configuración de los hechos, la peripecia y el enlace en el transcurso de la evolución de la humanidad. Así veremos cómo en este o aquel punto aparecen las individualidades que dan los impulsos, conducen a enlaces y desenlaces; y de esta manera se aprende a comprender el obrar del hombre den- [ro de la evolución histórica. Esto también requiere considerarlo todo como un organismo y hasta más que un organismo; poner cada cosa en su lugar y diferenciarlo todo de la misma manera de como lo hacemos en otras esferas. A ningún astrónomo se le ocurrirá equiparar al sol con los demás planetas ya que le es lo más natural considerar al sol como “monon” frente a los planetas. Así también, para el que comprende la evolución de la humanidad, es “lo más natural” hablar de un “sol” en medio de los grandes conductores de la humanidad. Y así como sería absurdo hablar del Sol de nuestro sistema

planetario de la misma manera como de Júpiter, Marte, etc., así también sería absurdo hablar del Cristo como se habla de los Bodisatvas y los demás conductores de la humanidad. Por la misma razón es absurdo hablar de una reencarnación del Cristo, algo totalmente imposible si realmente se consideran los hechos. Pero es necesario comprender las cosas en su verdad, no en forma dogmática ni tampoco sectaria; y si hablamos de cristología en el verdadero sentido cosmológico, tampoco hay motivo para dar preferencia al cristianismo sobre cualquier otra religión. Esto sería lo mismo que si en las Escrituras de alguna religión figurase el sol como un planeta igual a los demás, y alguien dijese: "hay que distinguir el sol del total de los planetas", contra lo cual los demás protestarían, diciendo que con eso se daría preferencia al sol. En realidad, esto sería simplemente un reconocimiento de la verdad. Lo mismo ocurre con el cristianismo; únicamente se trata de reconocer la verdad, una verdad que cualquier religión puede adjudicarse, con tal de que realmente lo desee. Y si otras religiones seriamente admiten la idea de reconocer indistintamente todas las confesiones, sin usarla de puro rótulo, entonces tampoco pondrán reparo en que el Occidente tenga un Dios que nada tiene que ver con la nacionalidad de cada pueblo, sino un Dios que es una entidad cósmica. En la India se habla de dioses de la nación, y por eso es lo más natural que el hindú se exprese de otra manera que aquellos que no reconocen a un dios nacional germánico sino a una entidad que se había encarnado, no en su territorio, sino lejos de ellos, dentro de otro pueblo. Se podría hablar de una distinción del principio cristiano-occidental frente al principio indio- oriental, si alguien

quisiera poner a Wotan por encima de Krishna. En cuanto al Cristo, es muy distinto: desde un principio, El no pertenece a determinado pueblo, sino que el Cristo realiza lo más hermoso de los postulados de la ciencia espiritual, esto es, reconocer algo sin distinción entre color, raza, pueblo, etcétera.

Hemos de considerar estas cosas objetivamente; y si Comprendemos los Evangelios por lo que son sus fundamentos, comprenderemos verdaderamente de qué se trata. Por lo expuesto en esta conferencia sobre el Evangelio de Marcos en su sublime sencillez y el acrecentar dramático desde la personalidad de Juan Bautista a la del Cristo Jesús, se concibe su verdadero contenido.

## III

## LA FIGURA DEL BAUTISTA Y EL SENTIDO DEL BAUTISMO LA POTENCIA DE LA ESFERA DE ELIAS

Al principio del Evangelio de Marcos se nos presenta la gran figura del Bautista. En la conferencia anterior hemos señalado la importancia de cómo se nos presenta a Juan el Bautista en contraste con el Cristo Jesús mismo. El Evangelio de Marcos en su sencillez nos da una significativa impresión de la figura del Bautista, y ella aparecerá en toda su grandeza si la estudiamos a la luz de la ciencia espiritual. Frecuentemente me he referido al hecho, también claramente confirmado por el Evangelio, de que al Bautista lo hemos de considerar como una reencarnación del profeta Elías. Esto significa que para la justa comprensión del Misterio de Gólgota y de la fundación del cristianismo hemos de considerar la figura del Bautista a la luz de lo que se nos presenta en el profeta Elías.

Todo cuanto la ciencia espiritual, la investigación oculta, pueden decirnos acerca del profeta Elías, confírmase plenamente por la Biblia misma, si bien la lectura corriente de los respectivos capítulos dejará muchas cosas incomprensibles. Consideremos solamente lo que sigue.

En la Biblia se relata que en cierto modo Elías desafía al rey Achâb con todos sus seguidores, oponiéndose a los sacerdotes del culto de Baal y erigiendo dos altares. Elías ordena entonces a los sacerdotes de Baal que pongan el holocausto sobre el

altar, y él pone el suyo sobre el otro altar. Al invocar aquellos en el nombre de sus dioses, nada se evidencia de grandeza espiritual, mientras que en el altar de Elías inmediatamente se atestigua la grandeza y la importancia de Yavé o Jehová. Así vence Elías a los partidarios de Achâb. Luego se relata que Naboth, un vecino de Achâb posee una viña y que Achâb, el rey, trata de obtener esa viña, pero que Naboth se opone a cederla, porque para él la viña, una heredad de sus padres, es cosa sagrada. Después hay dos hechos a que se refiere la Biblia. Por una parte se nos relata que Jezabel, la reina, se convierte en enemiga de Elías y que ella quiere tomar medidas para que diesen muerte a Elías, de la misma manera como, por el triunfo de éste, fueron muertos sus adversarios, los sacerdotes de Baal. Empero, según el relato de la Biblia, no se produce la muerte de Elías por intermedio de Jezabel, sino que sobreviene algo distinto. A Naboth, el vecino del rey, le hacen tomar parte en una fiesta de ayuno, con los ancianos y principales del Estado y, durante esa fiesta, a instigación de Jezabel, le sacan afuera y matan, a Naboth.

La Biblia aparentemente relata que Naboth es asesinado por Jezabel; pero ella no hace saber que quiere matar a Naboth sino a Elías; por lo tanto hay algo que no concuerda. La investigación oculta lo aclara y revela el verdadero estado de las cosas; esto es que en Elías hemos de ver un espíritu de gran amplitud que en cierto modo anda invisiblemente en el país de Achâb y que temporalmente viene a morar en el alma de Naboth, compenetra el alma de Naboth, de modo que éste es la personalidad física de “Elías”, y que, al hablar de la personalidad de Naboth, estamos hablando de la

personalidad física de Elías. En el sentido de la Biblia, "Elías" es la figura invisible; "Naboth", su trasunto visible en el mundo físico. Además, si consideramos todo el espíritu de la obra de Elías, y si contemplamos con toda nuestra alma la amplitud del espíritu del Elías, tal como esto se describe en la Biblia, podemos decir: en Elías verdaderamente se nos presenta el espíritu de todo el antiguo pueblo hebreo. El espíritu de Elías contiene todo lo que en este pueblo vive y teje; a él le podemos llamar el Espíritu del antiguo pueblo hebreo. La investigación científico-espiritual nos revela que Elías es demasiado grande como para vivir enteramente en el alma de su figura terrenal, en el alma de Naboth. Podemos decir que él se cierne cual una nube en torno de la figura; pero no mora solamente en Naboth, sino que anda, como un elemento de la Naturaleza, por todo el país y obra a través de la lluvia y de la luz del sol. Esto se evidencia claramente por la descripción que comienza con el hecho de que hay sequía y aridez, pero que a esto y a todas las penurias del país se pone remedio gracias a lo que Elías dispone por su relación con los mundos divino-espirituales. El obra cual un elemento, una ley de la Naturaleza. Podemos decir: para conocer lo que obra en el espíritu de Elías, nada mejor que meditar sobre lo que enuncia el salmo 104 en que se describe el obrar de Yavé o Jehová como divinidad de la Naturaleza. Se entiende que no hay que identificar a Elías con esta divinidad misma, él es el trasunto terrenal de ella, y al mismo tiempo, el Alma del Pueblo hebreo, una especie de Jehová "diferenciado" o, en cierto sentido, un Jehová terrenal, cual el rostro de Jehová; así se podría caracterizar a Elías. Contemplado de esta manera, se nos

explica particularmente el hecho de que la misma entidad espiritual que vivió en Elías-Naboth, reaparece en Juan el Bautista; y ahora veremos cómo obra en éste.

Ante todo, en el sentido de la Biblia y, principalmente, del Evangelio de Marcos, obra a través del bautismo. ¿Qué es el "bautismo" en su verdad? ¿ Con qué finalidad lo efectúa Juan en los que consienten en recibirlo? Para comprenderlo, hemos de entrar en algunos pormenores en cuanto a los verdaderos efectos en los bautizados mismos. Ellos fueron sumergidos en el agua; y se les producía entonces lo que frecuentemente hemos explicado: cuando un hombre sufre un *shock* por un súbito peligro de muerte, se produce un desprendimiento de su cuerpo etéreo. El cuerpo etéreo se separa parcialmente del cuerpo físico, y entonces ocurre lo que siempre acontece inmediatamente después de la muerte del hombre: una especie de mirada retrospectiva sobre la vida concluida. Esto es un hecho bien conocido e igualmente descrito incluso por pensadores materialistas del presente. Algo similar ocurría en los actos de bautismo en el Jordán. No fue un bautizo tal como ahora se practica, sino que a la gente se la sumergía en el agua, y a consecuencia de ello iba desprendiéndose el cuerpo etéreo del hombre, y éste percibía más de lo que podía comprender con el intelecto. Veía espiritualmente la vida propia como asimismo la influencia espiritual sobre la misma. Además, veía lo que el Bautista enseñaba, es decir, que el tiempo antiguo se había cumplido y que un tiempo nuevo debía comenzar. La observación clarividente que el hombre hacía por unos instantes durante el sumergimiento le permitía ver que la evolución de la humanidad había llegado al comienzo de

una nueva época. Estaba desapareciendo lo que los hombres habían poseído desde tiempos atrás en que vivían dentro del alma grupal; y condiciones bien distintas debían producirse. De esto se percataba la gente en su cuerpo etéreo desprendido: un nuevo impulso, nuevas cualidades deben venir para la humanidad. El bautismo en el Jordán fue un hecho relativo al conocimiento. "Arrepentíos, dejad de mirar solamente atrás a los tiempos pasados, mas dirigid la mirada hacia lo nuevo: el Dios que puede revelarse en el yo humano está cerca; los reinos divinos están por venir." Esto no era solamente la prédica del Bautista, antes bien, al concederles el bautismo en el Jordán, él conducía a los hombres a reconocerlo. Y los bautizados, por su propia aunque breve clarividencia, sabían entonces que las palabras del Bautista representaban un hecho histórico universal.

Contemplando lo que acabo de exponer, se arroja la verdadera luz sobre la entidad espiritual de Elías, la que más tarde vino a manifestarse en Juan el Bautista. Comprendemos entonces que en Elías se nos presenta el Espíritu del Pueblo judío y del Antiguo Testamento. En cierto sentido, él fue el Espíritu del Yo, pero no obraba como espíritu del individuo, sino como espíritu del pueblo en su totalidad. Fue el espíritu no diferenciado; y lo que más tarde debió habitar en el individuo, obraba en Elías como el alma grupal del antiguo pueblo hebreo. Al acercarse la época de Juan Bautista, se hallaba aún en los mundos suprasensibles lo que debió descender en el alma individual de cada ser humano; aún no se hallaba en el alma de cada uno. Tampoco había vivido en Elías de tal manera que pudiese haber penetrado en la personalidad

individual de Naboth sino en forma tal que se cernía en torno de ella. Pero en Elías. Naboth, este elemento se había manifestado en forma más definida que en cada individuo del antiguo pueblo hebreo. El espíritu de Elías que en cierto modo aparecía en torno de los hombres y de su historia debió, cada vez más, penetrar en el alma de cada individuo; y esto es el gran acontecimiento al que, al bautizar a la gente, Elías-Juan mismo se refería diciendo lo que podemos expresar con estas palabras: lo que hasta ahora sólo se hallaba y obraba desde el mundo suprasensible, lo debéis acoger en el alma como impulso que desde los reinos de los cielos descendió y penetró en el corazón humano. El espíritu de Elías mismo lo dice que ahora debe penetrar en cada uno de los corazones humanos con el fin de capacitarlos para acoger en el transcurso de la evolución histórica el impulso del Cristo. Esto fue el sentido del bautismo en el Jordán: el que Elías iba a aparejar el camino para el Cristo. "Deseo aparejar y preparar el camino en el corazón de los hombres; no solamente quiero aparecer en torno de ellos, sino penetrar en su corazón para que El también pueda penetrar."

Siendo esto así ¿qué hemos de esperar? Es entonces lo más natural que en cierto modo vuelva a evidenciarse en Juan Bautista lo que ya se nos ha presentado en Elías; a saber, que en la figura del Bautista no sólo obra su personalidad individual sino aquello que es mucho más y que le envuelve cual un aura la que en su actuar trasciende la personalidad individual y se manifiesta como una atmósfera que envuelve la gente en torno suyo. Así como Elías obraba en sentido de una atmósfera, así también hemos de esperar que él mismo, como Juan Bautista, obrará de la misma manera; incluso

hemos de esperar algo más: que la entidad espiritual de Elías, actuando ahora en Juan Bautista, haya de seguir obrando espiritualmente, cuando ya no existirá, cuando se habrá ido el Bautista. Esta entidad espiritual quiere preparar el camino para el Cristo; de modo que podemos decir: puede darse el caso de que el Bautista desapareciera como persona física pero que, no obstante, su entidad espiritual permaneciera, como atmósfera espiritual, en el territorio de su obrar, y que esta misma atmósfera espiritual preparara el terreno en que el Cristo cumplirá su misión. Podríamos expresarlo de esta manera: "Juan el Bautista se ha ido, pero sigue existiendo como Espíritu-Elías dentro de lo cual puede obrar el Cristo, vertiendo en ello sus palabras e impregnándole sus actos — en la atmósfera que perdura como Atmósfera-Elías". Esto es lo que hemos de esperar. ¿Y qué es lo que nos dice el Evangelio de Marcos?

Es particularmente característico que este Evangelio alude dos veces a lo que acabo de exponer. La primera vez se nos dice: Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio de los reinos celestes. (Marcos 1, 14.) Juan se hallaba encarcelado; quiere decir que a su persona física no le es posible actuar, pero la figura del Cristo Jesús entra en la atmósfera creada por aquél. Es significativo que lo mismo ocurra por segunda vez; es grandioso, y lo ve quien sepa leer el Evangelio, que esto se produce por segunda vez. Si pasamos al sexto capítulo, encontramos el relato de que el rey Herodes mandó decapitar a Juan. Es notable que la gente conjeturaba las cosas más diversas después de que Juan no sólo se hallaba encarcelado sino eliminado por la muerte. Algunos

piensan que la fuerza milagrosa con que obra el Cristo tuviese su origen en que el Cristo Jesús mismo sería Elías —o uno de los profetas—. Herodes, a su vez, por su voz interior atemorizada, se forma una idea extraña. Al enterarse de lo realizado por Cristo Jesús, dice: "Juan, al que mandé decapitar, ha resucitado de los muertos". Herodes se da cuenta de que, si bien Juan como personalidad física ya no existe, ahora más que antes, está. Siente que allí está su atmósfera, su espiritualidad; y ésta no es otra que la de Elías. La conciencia atormentada de Herodes le dice que allí está Juan Bautista, es decir, Elías. También es notable que después se alude a que Cristo Jesús, después de la muerte de Juan, llegó justamente al lugar donde éste había actuado. He ahí un pasaje extraño al que debe tomarse particularmente en cuenta, y no pasarlo por alto; puesto que las palabras del Evangelio no son mera exornación; y los evangelistas no escriben como cualquier periodista. Ahí se dice lo notable: Cristo Jesús se une con los que fueron seguidores y discípulos de Juan el Bautista; y esto se relata con una palabra que debe tomarse bien en cuenta: "Y saliendo Jesús, vio grande multitud, (esto seguramente se refiere a los discípulos de Juan), y tuvo compasión de ellos…" ¿Por qué la compasión? Porque habían perdido al maestro, porque habían quedado sin Juan cuyo cuerpo decapitado habían puesto en un sepulcro. Más exactamente se dice: ". . . porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas". Más claramente no es posible expresar el hecho de cómo el Cristo da enseñanza a los discípulos de Juan. Y esto lo hace porque es el ser espiritual de Elías que aún vivía en ellos, y con ello la

entidad espiritual de Juan Bautista. Este es otro pasaje significativo en que el Evangelio señala dramáticamente que la espiritualidad de Cristo Jesús entra en la atmósfera de lo creado por el espíritu de Elías-Juan. Pero esto no es sino un punto principal en torno del cual se agrupan otras cosas muy importantes. Sólo quiero mencionar una de ellas.

Muchas veces he señalado cómo este espíritu de Elías-Juan, a través de sus impulsos, siguió actuando dentro de la historia universal; y dado que como antropósofos nos incumbe referirnos a hechos ocultos, vuelvo sobre el tema. Frecuentemente he aludido al hecho de que el alma de Juan-Elías reapareció en Rafael, el pintor italiano. Este es uno de los hechos que particularmente pueden indicarnos cómo se produce la metamorfosis de las almas, justamente a raíz de la influencia que proviene del Misterio de Gólgota. Puesto que en la época poscristiana, también semejante alma tuvo que obrar individualmente a través de la personalidad de Rafael, se explica que aquello que en los tiempos antiguos fue tan amplio y tan universal, apareciera ahora en una personalidad tan diferenciada como la de Rafael. Hemos de pensar que también en Rafael debe de haber existido el hallarse envuelto en un aura como la de Elías-Juan; algo parecido de lo cual podemos decir que fue demasiado grande como para penetrar en Rafael como individuo, pero que se cernía en torno de él, de modo que las revelaciones que él recibía como personalidad física eran, al mismo tiempo, inspiraciones. De este hecho realmente existe una prueba notable, si bien de índole personal. De esto ya hemos hablado en otra oportunidad, pero vuelvo a mencionarlo,

no tanto como para caracterizar la personalidad del Bautista, sino toda la entidad Elías-Juan y su reaparición en Rafael.

Refiriéndome al historiador del Arte Herman Grimm he dicho que con cierta facilidad le había sido posible escribir la biografía de Michelangelo, pero que había hecho tres tentativas para lograr un esbozo biográfico de Rafael. Y puesto que Herman Grimm no fue un "erudito" en sentido corriente de la palabra, sino un hombre universal de corazón sincero en cuanto a sus tareas de investigador, tuvo que confesar, cada vez que había concluido una "vida de Rafael", que realmente no fue así. Volvía entonces a empezar de nuevo, pero jamás resulté nada que le satisficiera. Poco antes de su muerte hizo una nueva tentativa de escribir sobre Rafael tal como él lo concibió en el corazón; y esta vez ya eligió un título característico para el nuevo ensayo: "Rafael como potencia mundial". Pues le pareció que para ser sincero no era posible describir a Rafael sino como potencia mundial y sobre el fondo de toda la historia universal. Es lo más natural que un escritor moderno, e incluso los mejores de ellos, elijan sus palabras con cierta pesadumbre cuando debieran escribir franca y sinceramente, tal como lo hacían los evangelistas. Sin embargo, las figuras mismas, a menudo les suscitan las palabras adecuadas. Y es realmente notable lo que, poco antes de su muerte, dice Herman Grimm sobre Rafael. Es efectivamente así que en nuestro corazón podemos formarnos la idea de la relación con una figura tal como lo fue Elías-Juan, cuando Herman Grimm dice de Rafael (en "Fragmentos", 2 parte):

> “Si Michelangelo, por un milagro, resucitara para volver a vivir entre nosotros, y si él saliera a mi encuentro, me apartaría a un lado, respetuosamente dejándole pasar; pero si le encontrara a Rafael, le seguiría con la esperanza de percibir de su boca unas palabras. En cuanto a Leonardo y Michelangelo, podemos limitarnos a relatar lo que ellos fueron para su época: en cuanto a Rafael, hemos de partir de lo que él ahora es para nosotros. Sobre aquéllos se corrió un velo, no así sobre Rafael; él pertenece a los que por mucho tiempo seguirán creciendo. Podemos imaginarnos que siempre de nuevo habrá generaciones que en Rafael encontrarán nuevos enigmas.”

Herman Grimm describe a Rafael como potencia mundial, como espíritu que progresa a través de los siglos y milenios y que no cabe en un hombre como ser individual. Pero en la obra de Herman Grimm encuéntranse otras palabras más que se deben a la sinceridad de su alma. Son palabras como si alguien quisiera decir que en Rafael existe algo cual una gran aura que aparece en torno de él de un modo parecido a cómo el espíritu de Elías se cernía en torno de Naboth. Elocuentemente lo expresan las siguientes palabras de Herman Grimm:

> “Rafael es ciudadano de la historia universal; él es cual uno de los cuatro ríos que según la creencia del mundo antiguo tuvieron su fuente en el Paraíso.”

Así, incluso un evangelista podría haberlo expresado; y así podría escribirse sobre Elías. Quiere decir que el moderno historiador del Arte puede, si es sincero, sentir algo de los grandes impulsos universales en el transcurso de los tiempos. Para comprender nuestra ciencia espiritual, no hace falta otra cosa sino considerar las inquietudes anímicas y espirituales de los hombres quienes aspiran ansiosamente a lo que es la verdad de la evolución de la humanidad.

Así se nos presenta Juan el Bautista, y así hemos de sentir su naturaleza al abrir el Evangelio de Marcos y al leer las primeras palabras, como asimismo si contemplamos el sexto capítulo. La Biblia es un libro que no debe leerse en el mismo sentido que un libro moderno del mundo científico, donde se explica "con toda claridad" lo que la gente debe conocer, sino que la Biblia, detrás de la grandiosa composición artística, oculta lo que de hechos misteriosos tiene que enunciar. Al respecto, deseo llamar la atención sobre algo que, quizá, sólo se tomará como una verdad de sentimiento, pero que, si se reconocen otras verdades aparte de las meramente intelectuales, nos confirmará que la Biblia efectivamente nos dice cómo el espíritu o el alma de Elías se relaciona con el alma de Juan el Bautista. Tratemos de ver hasta qué punto es así, contemplando brevemente un pasaje dedicado a Elías, del Antiguo Testamento (1 Reyes 17, 10 al 16):

> "Elías se levantó, y se fue a Sarepta. Y como llegó a la puerta de la ciudad, he aquí una mujer viuda que estaba allí recogiendo serojas; y

él la llamó y díjole: ruégote que me traigas un poco de agua en una jarra, para que beba.

Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar, y díjole: ruégote que me traigas también un bocado de pan en tu mano.

Y ella respondió: Vive Jehová Dios tuyo, que no tengo pan cocido; que solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una botija: y ahora recogía dos serojas, para entrarme y aderezarlo para mí y para mi hijo, y que lo comamos, y nos muramos.

Y Elías le dijo: no hayas temor; ve, haz como has dicho: empero hazme a mí primero de ello una pequeña torta *cocida* debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo.

Porque Jehová, Dios de Israel ha dicho así: la tinaja de la harina no escaseará, ni se disminuirá la botija del aceite, hasta aquel día que Jehová dará lluvia sobre la haz de la tierra.

Entonces ella fue e hizo como lo dijo Elías; y comió él, y ella y su casa, muchos días.

Y la tinaja de la harina no escaseó, ni menguó la botija del aceite, conforme a la palabra de Jehová que había dicho por Elías."

¿Qué nos dice este relato referente a Elías? Nos habla del encuentro de Elías con una mujer viuda y de una extraña *multiplicación de pan*. La presencia del espíritu de Elías hace que no haya penuria por falta de pan, sino que al haber venido a la viuda el espíritu de Elías, se multiplica el pan. Por el obrar del espíritu de Elías se produce lo que aquí se describe como

multiplicación de pan, donación de pan. Podríamos decir que el Antiguo Testamento nos ilustra el hecho de que por la aparición de Elías se produce la multiplicación de pan. Y si ahora pasamos al sexto capítulo del Evangelio Marcos, se nos relata que Herodes manda decapitar a Juan y que Cristo Jesús llega a los discípulos de aquél (Marcos 6, 34-42):

> "Y saliendo Jesús, vio grande multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y les comenzó a enseñar muchas cosas. Y como ya fuese el día muy entrado, sus discípulos llegaron a El, diciendo: el lugar es desierto, y el día ya muy entrado. Envíalos para que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor, y compren para sí pan; porque no tienen qué comer. Y respondiendo El, les dijo: Dadles de comer vosotros. Y le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? Y El les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y sabiéndolo, dijeron: cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por partidas sobre la hierba verde. Y se recostaron por partidas, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Y tomados los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo bendijo, y partió los panes; y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y también repartió a todos los dos peces. Y comieron todos y se hartaron…"

La historia es bien conocida; es una *multiplicación de pan*, realizada nuevamente por la presencia del espíritu Elías-Juan. Es cierto que la Biblia no habla en términos claros, como hoy día se lo llama "claro", pero lo que tiene que decir, lo dice por medio de la composición. Y quien sabe apreciar verdades de sentimiento, recordará en quietud el pasaje que describe el encuentro de Elías con la viuda y que él multiplica el pan; y luego el otro relato de que Elías reencarnado abandona el cuerpo físico, y el Cristo efectúa lo que significa una multiplicación de pan.

Esto es el progreso si contemplamos el íntimo aspecto y las íntimas relaciones de la Biblia; y esto nos hace ver la erudición hueca que con respecto a la Biblia habla de una "recopilación de fragmentos"; y también comprenderemos el verdadero conocimiento en base al espíritu uniforme a través de la composición de la Biblia en su totalidad; no importa quién sea este espíritu creador de dicha composición. Tengamos presente cuál es la naturaleza del Bautista.

Es notable cómo el Bautista aparece relacionado con la obra del Cristo Jesús. Dos veces se alude a que el Cristo Jesús entra en el aura del Bautista, en condiciones en que la personalidad física de éste se eclipsa, cada vez más, hasta que finalmente desaparece del plano físico. Pero después, el Evangelio nos hace ver claramente que todo cambia al entrar el Cristo en el elemento de Elías-Juan, con lo cual el mundo recibe un impulso totalmente nuevo. Para comprenderlo, es preciso contemplar toda la descripción desde el momento en que, después de la encarcelación de Juan, aparece el Cristo para hablar de los reinos divinos, hasta el asesinato de Juan por Herodes

y los capítulos ulteriores. Si los consideramos en su verdadero carácter, todos esos capítulos tienden a evidenciar lo esencial del Cristo Jesús. Ya hemos visto que esta naturaleza esencial del Cristo ejerce tal efecto que El es reconocido no sólo por los hombres sino también por los espíritus que como demonios habitan en los hombres. Esto se nos presenta con toda claridad. Pero después se nos hace ver que lo espiritual que habita en Cristo Jesús es algo distinto de lo que habitaba en Elías-Naboth, condicionado por el hecho de que el ser espiritual de Elías no pudo penetrar totalmente en Naboth. En el sentido del Evangelio de Marcos se nos relata que el ser espiritual del Cristo penetra *totalmente* en el Jesús de Nazareth, compenetrando *totalmente* su personalidad terrenal, y que en ella realmente actúa lo que se reconoce como el Yo humano general. ¿Qué es lo que atemoriza tanto los demonios que se posesionan de los hombres? Ello consiste en que deben decirle: "Tú eres aquel en quien habita el Dios", es decir que le reconocen como potencia divina en la esfera de la humanidad, potencia que, por la fuerza de la personalidad humana, obliga a los demonios a descubrirse y a retirarse de los hombres. Esto nos hace comprender, por el relato de los primeros capítulos del Evangelio de Marcos, el contraste entre la figura del Cristo y las de Elías. Naboth y de Elías-Juan; puesto que en estas últimas no habitaba totalmente la entidad anímica, la que sí compenetraba enteramente al Cristo Jesús. Por la misma razón, si bien en el Cristo vive un principio *cósmico*, El se sitúa, i la vez, como personalidad humana individual frente a los demás hombres, e incluso frente a quienes El cura.

En nuestra época, los naturalistas, los así llamados monistas, suelen tomar en un sentido extraño semejantes relatos de tiempos pasados. En cierto modo, esos buenos eruditos piensan, aunque no lo digan abiertamente, que hubiera sido preferible que ellos, en vez de Dios, hubiesen organizado el mundo, ya que lo hubieran hecho mejor. Ellos están seguros de que la humanidad no posee la sabiduría sino desde 20 años atrás; otros hablan de tan sólo cinco años. Semejante naturalista lo considerará lamentable que en los tiempos de la vida (le Cristo Jesús no existiera nuestra medicina moderna de la ciencia natural con todos sus remedios, ya que hubiera sido mucho más adecuado curarlos a todos, como por ejemplo a la suegra de Simón, con medicamentos de la medicina actual. Así que el ateísmo se justificaría por el solo hecho de que en la época de Cristo Jesús, Dios no logró curar a la gente con los métodos de la ciencia natural moderna.

Empero, esos eruditos no toman en cuenta que la palabra evolución, en la que ellos insisten tanto, debe tomarse en serio, y que todo debe evolucionar para que el mundo llegue a la meta. Ellos tampoco saben que en aquel tiempo toda la constitución, la estructuración de los principios sutiles del ser humano habían sido muy distintas de las de ahora y que, con respecto a la personalidad humana, los métodos de la ciencia natural no hubieran servido para riada. El cuerpo etéreo ejercía entonces sobre el cuerpo físico un efecto mucho más fuerte que ahora. Sencillamente podemos decir que al curar con el "sentimiento", es decir, si el sentimiento se derramaba de uno a otro, se obtenía un efecto mucho más intenso que ahora. En los tiempos en que el cuerpo etéreo realmente poseía mayor poder, con su dominio sobre el

cuerpo físico, actuaba de un modo muy distinto lo que puede llamarse medicamento psíquico-espiritual; debía hacerse la curación de un modo distinto, debido a que el hombre poseía otra constitución. El naturalista que no lo sabe dirá: "Ya no creemos en milagros, y puesto que son 'milagros' lo que se relata sobre las curaciones, hay que desecharlo". El teólogo racionalista de nuestros días se ve entonces en el trance: por un lado quisiera atenerse a los textos, pero por el otro vive con el prejuicio de la medicina moderna de que así no es posible curar, que se trata de "milagros", y luego busca toda clase de explicación e hipótesis acerca del milagro. Pero hay que saber que para aquel tiempo, todos los respectivos relatos, hasta el sexto capítulo del Evangelio de Marcos, no significaban ningún milagro, como tampoco hay milagro alguno si actualmente mediante un remedio se ejerce una influencia sobre esta o aquella función del organismo humano. Nadie de aquella época hubiera pensado en un milagro cuando, extendiendo la mano, se decía al leproso: "Quiero, sé limpio". El remedio consistía en toda la naturaleza que se le volcaba. Hoy no ejercería ningún efecto, porque la relación entre los cuerpos etéreo y físico es muy distinta. En aquel tiempo, todos los médicos curaban de esa manera. Por consiguiente, no hay nada extraordinario en que el Cristo Jesús haya curado a los leprosos por compasión y mediante imposición de las manos, ya que para aquel tiempo, esto fue lo más natural. Lo que en ese capítulo quiere destacarse es algo muy distinto; y esto hay que tenerlo bien presente.

Al respecto, echemos una mirada sobre la manera en que entonces se formaban los médicos en general.

Ellos recibieron enseñanza en escuelas que pertenecían a las escuelas de los Misterios, y se les proporcionaban fuerzas que a través de ellos ejercían su influencia desde el mundo suprasensible, de modo que el médico de entonces fue, en cierto sentido, "médium" para el obrar de fuerzas suprasensibles; por su calidad de "médium", adquirida en la escuela de los Misterios, transmitía fuerzas suprasensibles. Al imponer la mano, no eran fuerzas *propias* de semejante médico, sino fuerzas que fluían del mundo suprasensible; y él fue conducto para el fluir de esas fuerzas, gracias a la iniciación recibida en la escuela de los Misterios. Así vemos que para la gente de esa época no había nada extraño en que un leproso u otro enfermo fuese curado por la imposición de manos. Lo importante fue, no el hecho de la curación, sino el que apareciera quien, sin haberse formado en la escuela de los Misterios, fuera capaz de curar, porque las fuerzas que fluían de los mundos superiores le penetraban en el corazón y en el alma, transformándose en fuerzas personales e individuales. Con ello se estableció el hecho de que el tiempo era cumplido, y que a partir de entonces el hombre ya no pudo ser conducto para fuerzas suprasensibles, sino que esto debió terminar. Los bautizados por Juan en el Jordán también comprendieron que el tiempo había terminado, y que en lo sucesivo todo debió hacerse por el *yo* humano, desde el centro divino del hombre mismo; igualmente comprendieron que Uno realizó por sí mismo lo que aquellos otros habían hecho con la ayuda de entidades que moran en los mundos suprasensibles y cuyas fuerzas se transmitían a ellos.

No se acierta lo que es el sentido de la Biblia si se habla del proceso de la curación como de algo particular,

puesto que, en el ocaso del tiempo antiguo todavía no lo era; ya que entonces esas curaciones aún subsistían. En esa época del ocaso el Cristo efectuó curaciones, pero con las fuerzas *nuevas* las que a partir de entonces debieron surgir. Por esta misma razón se hace ver con toda claridad que el Cristo Jesús obra de ser humano a ser humano. En todos los casos se dice claramente que El obra de hombre a hombre. Esto se evidencia particularmente en el quinto capítulo de este Evangelio donde el Cristo cura a una mujer que se acerca y toca su vestido; y el Cristo siente que de sí mismo fluye una corriente de fuerza. Todo el relato se da de esta manera: la mujer se acerca al Cristo Jesús y le toca el vestido, mientras El nada hace por de pronto. Ella sí hace algo; toca su vestido, y de El fluye una corriente de fuerza. No, por cierto, porque El la haya enviado de sí mismo, sino porque ella la atrae. Y cuando El lo nota, ¿cómo se expresa? "Hija, tu fe te ha hecho salva, ve en paz, y queda sana de tu azote." El Cristo tarda en percibir que el reino divino fluye en su interior y de sí mismo hacia fuera; su obrar no es comparable a cómo los médicos de antes, al expulsar los demonios, se hallaban frente a sus pacientes. No importaba si éstos tenían fe, la fuerza que fluía a través del médico penetraba en el enfermo. Ahora, en cambio, que todo empezó a depender del *yo*, el proceso se tomó individual, y el yo debió contribuir su parte. Este hecho es lo que importa y que debió expresarse; no aquello que entonces era lo más natural, es decir que por el alma se ejercía efecto sobre el cuerpo, sino que con el comienzo del tiempo nuevo, debió establecerse la relación de un yo con el otro yo. Antes, lo espiritual se hallaba en los mundos superiores, aparecía

en torno del hombre; ahora los reinos de los cielos estuvieron cerca y debieron penetrar en el corazón del hombre, como en su centro. De una manera nueva se unió lo físico exterior con la moralidad interior para semejante concepción del mundo; pero de una manera que sólo pudo ser *fe* para los tiempos desde la fundación del cristianismo hasta el presente y desde ahora en adelante se tornará saber. En los tiempos antiguos no había relación alguna entre el médico y lo moral del paciente; puesto que todo el proceso nada tenía que ver con el yo de este último. Ahora empezó un tiempo nuevo en que lo moral y lo físico del proceso terapéutico deben confluir. Con esto se nos explica otro relato.

> "Y entró otra vez en Capernaum después de algunos días, y se oyó que estaba en casa. Y se juntaron a El muchos que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a El con un paralítico, traído por cuatro. Y como no podían llegar a El a causa del gentío, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Y viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados." (Marcos 2,1-5.)

Los fariseos y escribas hubieran esperado que un médico de antes hubiera dicho: "las fuerzas que penetran en tus miembros paralizados podrán traerte la capacidad de moverte". El Cristo dice: "tus pecados te son perdonados". Esto se refiere a lo moral en que participa el yo. Es un lenguaje que los fariseos no son capaces de

comprender. Hablar de esta manera, lo consideran una blasfemia; porque Dios vive en los mundos suprasensibles, y los pecados sólo pueden ser perdonados desde los mundos superiores. Ellos no pueden comprender que perdonar los pecados tenga algo que ver con el que cura. Por lo tanto el Cristo sigue diciendo:

> "Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la Tierra de perdonar los pecados (dice al paralítico): A ti te digo: levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Entonces él se levantó, y tomando su lecho, se salió delante de todos." (Marcos 2, 9-12.)

El Cristo reúne lo moral con la curación mágica. Con ello marca la transición del estado exento del yo al estado compenetrado del yo, y esto en cada una de las actitudes. Así hay que comprenderlo, porque así se lo expresa. Si ahora comparamos lo que nos dice la ciencia espiritual con todo cuanto dice la exégesis, con respecto al perdón de los pecados, resultará que encontraremos las interpretaciones más extrañas, pero claramente nada que satisficiera, porque la gente no sabe lo que fue el Misterio de Gólgota.

He dicho que anteriormente se trataba de la fe. ¿Por qué la fe? Porque la manifestación de lo moral en lo físico no cristaliza dentro de una encarnación. Con relación a una dolencia o defecto físico de una persona no hay que considerar lo moral conjuntamente con lo físico, sino que las causas correspondientes sólo se nos

presentan en su karma, si nos remontamos más allá de una sola encarnación; y puesto que hasta ahora no se había tomado en consideración la ley del karma, podemos decir que la relación entre lo físico y lo moral no pudo basarse sino en la fe. Pero ahora se torna *saber*, debido a lo que la ciencia espiritual nos dice con respecto al Evangelio; y el Cristo Jesús está a nuestro lado con su inspiración acerca del karma cuando El dice: "A este hombre le puedo curar, pues en su personalidad se me revela que de acuerdo con su karma, él puede levantarse y andar".

Semejante pasaje nos hace ver que no es posible comprender la Biblia sino por medio de la ciencia espiritual moderna. Y es nuestra tarea evidenciar que este libro universal realmente contiene la sabiduría más profunda acerca de la evolución de la humanidad. El Evangelio de Marcos nos da el motivo, y estas conferencias lo evidenciarán, cada vez más, que el significado cósmico-terrestre del Misterio de Gólgota es de tal naturaleza que lo que se expresara con relación a los Evangelios, de ningún modo puede vulnerar a otras confesiones. Por la razón ya expresada en la conferencia anterior, y por el hecho de que el conocimiento de la Biblia no puede delimitarse dentro de cualquier confesión, sino que debe ampliarse universalmente, el correcto y verdadero conocimiento de la Biblia tendrá su fundamento en la ciencia espiritual, y ésta atribuirá igual valor a todas las confesiones del mundo. Esto conducirá a la reconciliación de las religiones. Un principio de tal reconciliación hubo en lo referido en la primera conferencia con respecto a la disertación de un hindú sobre "Cristo y el cristianismo" en la cual, si bien sujeto

a todos los prejuicios de su nación, alzaba, no obstante, la mirada al Cristo en un sentido religiosamente imparcial. La ciencia espiritual deberá actuar de tal manera que se llegará a la comprensión de la figura del Cristo dentro de las distintas confesiones; deberá contribuir a la profundización y comprensión de la íntima esencia de las distintas religiones.

En otras oportunidades ya me he referido a esta cuestión, diciendo, cómo un budista que es, a la vez, antropósofo ha de situarse frente a un antropósofo que como tal es cristiano. El budista dirá: "El Gotama Buda, habiéndose elevado del Bodisatva al Buda, llegó después de su muerte a tal altura que ya no debe volver a la Tierra". Y el antropósofo, como cristiano, responderá: "Lo comprendo, porque, si llego a leer en tu corazón, tengo la misma fe con respecto al Buda". Esto significa, elevarse a la comprensión de la otra religión. El antropósofo como cristiano comprende todo lo que dice el otro. Y el budista convertido en antropósofo dirá: "Trato de comprender la esencia del cristianismo: que el Cristo no fue fundador de una religión y que el Misterio de Gólgota fue un hecho impersonal que nada tiene que ver con que el hombre Jesús de Nazareth haya fundado una religión, sino que en él se incorporó el Cristo que murió en la cruz; y que con esto se realizó el Misterio de Gólgota". Y lo que importa: que se realizó como hecho *cósmico*. El budista dirá: "Ahora que he captado la esencia de tu religión, como tú comprendes la mía, ya no he de pensar que el Cristo volviese a encarnar o que en el cristianismo debieran introducirse mejoras. Sería extraño decirlo y pensar que en aquel tiempo, con una más acertada comprensión del Cristo Jesús, no le hubieran

crucificado, etc." Lo que importa es, precisamente, el hecho de *que el Cristo fue crucificado*. No hay que pensar que esto debiera considerarse como una injusticia y que al cristianismo hubiera que corregirlo. El budista como antropósofo de nuestros tiempos no podría decir otra cosa sino: "Así como tú comprendes la esencia de mi religión, yo también trato de comprender verdaderamente la esencia de tu religión". Cuando de esta manera los miembros de las distintas religiones se comprenderán mutuamente, de modo que el cristiano dirá al budista: "Yo creo en la misión del Buda como tú mismo lo crees", y el budista dirá al cristiano: "Yo comprendo el Misterio de Gólgota como tú mismo lo comprendes"; cuando estos pensamientos se tornarán universales dentro de la humanidad, entonces habrá paz entre los hombres y habrá lo que debe de haber: reconocimiento mutuo de las religiones. Esta mutua y verdadera comprensión de las religiones ha de reinar en el movimiento antroposófico; y sería contrario a su espíritu si el cristiano como antropósofo dijera al budista: "Rechazo la idea de que el Gotama convertido en Buda no hubiese de reencarnarse; pienso que deberá reaparecer como hombre físico en nuestro siglo". A lo cual el budista respondería: "La antroposofía, únicamente te sirve para burlarte de mi religión." En lugar de la paz se provocaría la discordia entre las distintas religiones; y el cristiano respondería al budista: "Si tú insistes en que la consumación del Misterio de Gólgota debiera considerarse un error y que el Cristo debería volver en un cuerpo físico para hallar mejor suerte, no te esfuerzas en comprender mi religión, antes bien, te burlas de ella". Antroposofía no tiende a

burlarse de confesión alguna, ya sea antigua o recién fundada, sino que busca la mutua conciliación de todas.

Tengámoslo bien presente para comprender el espíritu y la esencia oculta de la ciencia espiritual. Para ello no hay nada mejor que extender a todas las religiones lo que reside en la fuerza y en el amor que imperan en los Evangelios. Por las conferencias que siguen veremos que principalmente el Evangelio de Marcos puede ayudarnos en ese sentido.

## IV

## BUDA Y SOCRATES, DOS CORRIENTES EVOLUTIVAS Y LA SINTESIS EN CRISTO JESUS

Para empezar voy a referirme a dos hechos de la evolución de la humanidad. Dirijamos primero la mirada sobre un acontecer que tuvo lugar a mitad y hacia fines del quinto siglo de la era precristiana. Se trata de algo bien conocido; pero coloquémoslo ante la mirada de nuestra alma.

Vemos que allí en la India el Buda reunía en torno suyo un grupo de sus discípulos y que como resultado de lo acontecido entre el Buda y sus discípulos tomó su origen aquel grandioso movimiento que en Oriente en el transcurso de los siglos, se extendió enormemente, trayendo felicidad y liberación interior del alma, edificación y fortalecimiento de la conciencia, a un sinnúmero de seres humanos. Para caracterizarlo basta contemplar el aspecto principal de la enseñanza y el obrar del Buda:

Vivir, tal como el hombre lo experimenta durante su encarnación terrenal, es sufrimiento, es el efecto de que el hombre en el curso de sus encarnaciones está sujeto al deseo de reencarnaciones continuas. La meta, digna de esfuerzo, consiste en librarse de este deseo de reencarnar, borrar en el alma todo lo que provoque el deseo de volver a penetrar en la encarnación física; para ascender finalmente a una existencia en que el alma ya no siente el impulso de hallarse ligada, por medio de órganos físicos, a esta existencia, sino de elevarse al nirvana. Esta es la gran enseñanza que emanaba de la

boca del Buda: que la vida es sufrimiento y que el hombre debe buscar los medios para librarse del sufrimiento y para llegar a ser partícipe del nirvana. Para expresarlo con términos que nos son habituales, podríamos decir: Buda, por la potencia de su individualidad, dirigía la mirada de sus discípulos hacia la existencia terrenal y desde la plenitud de su compasión, trataba de proporcionarles los medios para elevar sus almas, con todo su contenido, desde lo terrenal a lo celestial; de conducir el pensamiento y la filosofía del hombre, desde lo terrenal a lo celestial.

De esta manera, como por medio de una fórmula en términos concisos, podemos expresar el impulso que emanó del Buda en su gran sermón de Benarés. Lo que vivió en el alma de sus fieles discípulos, y lo que llegaron a profesar, fue que el alma humana debe aspirar a librarse del deseo de reencarnar y de la inclinación a la existencia sensorial; a buscar la perfección del propio ser a través del independizarse de la existencia física, con el fin de unirse con todo lo que liga el propio ser a su origen divino espiritual. Estos fueron los sentimientos de los discípulos del Buda: librarse de las tentaciones de la vida, relacionarse, dentro del mundo, tan sólo con el sentimiento del alma que se ilumina por lo espiritual, el sentimiento de la compasión; por lo demás, entregarse al aspirar a la perfección espiritual, tornarse ascético y relacionarse lo menos posible con el aspecto exterior de la existencia. Esto fue la finalidad y la meta de los discípulos del Buda. Si miramos los siglos en los cuales el budismo se extiende en el mundo y nos preguntamos: "¿Qué vivió en el alma, en el corazón de los seguidores del budismo?" se nos contesta: ellos persiguieron grandes

fines, pero en el centro de su pensar y sentir vivió la gran figura del Buda, la contemplación de todas sus sublimes palabras sobre el librarse del sufrimiento de la vida. Durante el transcurso de los siglos vivió en el centro de todo su pensar y sentir, en el alma, en el corazón de sus seguidores, la universal e imponente autoridad del Buda. Todo su mensaje lo consideraron como palabra sagrada.

¿Cómo se explica que los discípulos y seguidores del Buda hayan tomado sus palabras como un mensaje del cielo mismo? La causa de ello fue que ellos vivieron en la creencia, la que les fue confesión, que en lo acontecido bajo el árbol Bodhi se encendió en el alma de Buda el verdadero conocimiento de la existencia del mundo y que le iluminó la luz, el Sol del Universo. Lo importante es esta disposición de ánimo en el corazón de los discípulos y seguidores del Buda, lo sagrado y extraordinario de dicho estado anímico. Tengámoslo bien presente ante el ojo espiritual para aprender a comprender lo acontecido medio milenio antes del Misterio de Gólgota.

Contemplemos ahora otro cuadro de la historia universal. Para el largo curso de la evolución de la humanidad, podemos llamar "contemporáneo" lo que dista entre sí más o menos un siglo. Tratándose de milenios y milenios de la evolución, un solo siglo es muy poco. Por lo tanto, aunque el cuadro que vamos a contemplar pertenezca a un siglo más tarde, hemos de considerarlo, no obstante, como casi contemporáneo con lo acontecido en la época de Buda.

En el quinto siglo antes de nuestra era vemos que en la antigua Grecia, otra individualidad va reuniendo en torno suyo discípulos y seguidores. Se trata de otro hecho

bien conocido, pero la imagen de esa individualidad nos servirá para llegar a la comprensión de la evolución de los siglos recién pasados. Me refiero a Sócrates. Para justificar esta referencia a Sócrates, basta considerar el cuadro que de él ha dibujado el gran filósofo Platón, imagen que en su esencia aparece confirmada por el otro gran filósofo, Aristóteles. Si consideramos el cuadro dibujado por Platón de una manera tan persuasiva, podemos decir que en Sócrates se originó un movimiento en Occidente. El "elemento socrático" puede denominarse de importancia trascendental para todo el carácter de la cultura occidental. Si bien este elemento socrático occidental se propaga de un modo más sutil que el elemento budista oriental, se puede, no obstante, a través de las fluctuaciones de la historia establecer un paralelo entre Sócrates y Buda. Sin embargo, hemos de caracterizar a los discípulos de Sócrates de una manera bien distinta a la de los discípulos de Buda. Si contemplamos esta diferencia fundamental entre Buda y Sócrates, se nos presenta, en cierto sentido, todo lo característico de la diferencia entre Occidente y Oriente.

¿Cómo se siente Sócrates frente a sus discípulos? Su manera genial de tratar a ellos se ha llamado obstetricia espiritual, porque él mismo quiso dar a luz, extraer del alma de sus discípulos lo que ellos debieron aprender. El formulaba sus preguntas de tal manera que el estado del alma de sus discípulos se vivificaba y que no hacía falta transmitirles nada, sino que lo hacía brotar de ellos mismos. El elemento más bien sereno de la filosofía socrática se debe a que él apelaba a lo espontáneo y a la razón intrínseca de sus discípulos, cuando con ellos pasaba por las calles de Atenas; no de la

misma manera pero en forma parecida a que Buda caminaba con sus discípulos. Empero, Buda predicaba lo que por la iluminación bajo el árbol Bodhi había recibido y lo hacía fluir en los discípulos, de modo que en ellos siguió viviendo lo que en el Buda había vivido. Sócrates, en cambio, no pretendía de manera alguna seguir viviendo como "Sócrates" en el corazón de sus discípulos, ni tampoco deseaba transmitirles cosa alguna, al encontrarse frente a ellos, sino que *ellos mismos* suscitasen lo intrínseco del alma propia. Absolutamente nada debía transmitirse de Sócrates al alma de sus discípulos.

No hay diferencia más grande imaginable que la que existe entre Buda y Sócrates. En el alma del discípulo de Buda debía verdaderamente vivir el Buda; nada debía vivir de Sócrates en el alma de su discípulo, como tampoco no vive nada de la partera en el niño que sale a luz. En los discípulos de Sócrates, el elemento espiritual surgía por medio de la obstetricia espiritual de su maestro, apelando éste a las *fuerzas propias* del hombre, para suscitar lo intrínseco de su ser. La diferencia entre Sócrates y Buda también podría caracterizarse de la siguiente manera: una voz del cielo, para indicar lo que los discípulos de Buda debían recibir de él, podría haber exclamado: "Encended en vosotros lo que en Buda vivió, y encontraréis el camino a la existencia espiritual". Y para caracterizar de un modo similar las intenciones de Sócrates, habría que expresarlo así: él exigía a sus discípulos: "Desarrolla en ti mismo lo que tú eres".

Contemplando las dos imágenes, hemos de decirnos: tenemos ante nosotros dos corrientes evolutivas

de aspectos contrarios las que, no obstante, en cierto modo se tocan mutuamente; pero esto sólo ocurre en su aspecto final. No hay que mezclar las cosas, la una con la otra, antes bien, hay que caracterizarlas en sus diferentes aspectos, para señalar finalmente en qué puede haber una unidad. Si nos imaginamos al Buda frente a uno de sus discípulos, podemos decir: él se esfuerza (sus sermones lo hacen ver) con las palabras más sublimes y en continuas repeticiones (las que son imprescindibles, por lo que en las citas no hay que suprimirlas) de encender en el alma del discípulo lo necesario para conducirle a los mundos espirituales, apoyándose en lo que el Buda mismo vivenció bajo el árbol Bodhi. En sus palabras resuena el éxtasis experimentado, cual una revelación celestial, la que se exterioriza por la boca que habla bajo la impresión inmediata de la iluminación.

Sócrates, en cambio, hállase frente a su discípulo de tal manera que para explicarle, mediante el más sencillo raciocinio corriente, la relación del hombre con lo divino, le dice: reflexiona en qué relación hállanse las íntimas conclusiones lógicas. En todos los casos remítese al discípulo a lo más trivial y cotidiano para que, mediante la lógica corriente, lo aplique a la adquisición del conocimiento. Una sola vez nos aparece Sócrates ascendiendo a la altura en que habla a sus discípulos en forma igual que Buda. Esta sola vez es el momento en que Sócrates siente llegar la muerte, cuando él habla de la inmortalidad del alma. Habla entonces como un hombre altamente iluminado, pero a un mismo tiempo habla de modo que sus palabras sólo son plenamente comprensibles bajo el aspecto de su vivencia personal. Es por esta razón que la plática platónica sobre la

inmortalidad del alma nos toca en el fondo de nuestra propia alma, cuando él dice aproximadamente lo que sigue: en toda mi vida me he esforzado en adquirir, a través de la filosofía, lo que el hombre puede alcanzar para independizarse del mundo de los sentidos; y ahora que mi alma está cerca de librarse de todo lo sensorio ¿no ha de penetrar alegremente en el elemento anímico, que es el mismo mundo a que ella siempre aspiraba en su búsqueda filosófica? Quien conciba íntimamente, a través del "Faedón" de Platón, aquella plática de Sócrates, se verá espontáneamente compenetrado del sentimiento que surge de las sublimes enseñanzas del Buda, cuando éste habla al corazón de sus discípulos. Y con respecto a la diferencia, al aspecto contrario de ambas personalidades, podemos entonces decir: en un punto peculiar, ellas se elevan de tal manera que dentro de lo enteramente opuesto se manifiesta, igualmente, una unidad. Dirigiendo la mirada hacia la naturaleza del Buda, encontraremos que, considerándolo todo, podemos decir que todas las prédicas de Buda suscitan en nosotros los mismos sentimientos que los que nos causa la plática de Sócrates sobre la inmortalidad del alma. Me refiero a la disposición anímica, al fervor con que todo lo acogemos. En cambio, lo que caracteriza las demás enseñanzas de Sócrates, las que siempre tienden a provocar el raciocinio propio del oyente, es algo que raras veces se encuentra en Buda; no obstante, hay casos en que sí se hace notar. Parecería escucharse una plática de Sócrates, cuando una vez Buda quiere explicar a su discípulo Sona que no es para el bien del hombre permanecer y relacionarse solamente con la existencia sensorial, ni tampoco el mortificarse o vivir como esto se hacía antiguamente;

sino que lo correcto sería el justo medio. Buda le dice entonces a Sona: “Mira, Sona, ¿tocarás bien el laúd si las cuerdas están flojas?” Sona responde: “No tocaré bien el laúd, si las cuerdas están flojas”. “Pues bien,” pregunta Buda, “¿tocarás bien el laúd, si las cuerdas están demasiado tensas?”“Tampoco”, responde Sona, “no tocará bien el laúd, si las cuerdas se hallan demasiado tensas”. “Dime”, dice Buda, “cuándo tocarás bien el laúd?” Y Sona responde: “Cuando las cuerdas están ni demasiado flojas, ni demasiado tensas”. Y Buda le explica: “Lo mismo ocurre en la vida del hombre: no alcanzará todos los conocimientos si se entrega demasiado a la vida sensorial; ni tampoco los adquirirá si meramente se mortifica y se retira de la existencia corriente. Al igual como en el caso del laúd, así también en cuanto al estado del alma humana, hay que elegir el justo medio”.

Ciertamente, este diálogo del Buda con su discípulo Sona, lo mismo podría atribuirse a Sócrates; ya que él habla así, apelando a la razón de sus discípulos. Se trata pues, de un “diálogo socrático” de Buda con su discípulo Sona; pero en cuanto al Buda, tal diálogo se encuentra tan raras veces como, por otra parte, aquella “plática budista” sobre la inmortalidad del alma que Sócrates sostuvo con sus discípulos poco antes de su muerte. No llegamos a la verdad, si no caracterizamos las cosas de esta manera. Más fácil sería decir: la evolución de la humanidad progresa gracias a sus grandes conductores, los que, en el fondo, proclaman todos lo mismo, si bien en forma distinta; y las palabras de todos ellos no son sino descripciones de lo Uno. Indudablemente, es la verdad, pero en forma de lo más

trivial. Lo que importa es, esforzarse en llegar al conocimiento y buscar unidad *lo mismo que* diferenciación, es decir que es preciso caracterizar las cosas por su distinción y, dentro de lo distinto, buscar la unidad. Esta advertencia metódica corresponde a la contemplación espiritual de la vida. Bien puede decirse: "El contenido de todas las religiones es uno solo", pero esto resulta muy trivial, por más que se caracterizase esta unidad con bellas palabras. Esto no conduce a nada, como tampoco no diría nada si dos figuras como las de Buda y Sócrates se caracterizaran simple y abstractamente como una unidad, sin entrar en lo hondo de la diferencia. Lo que importa es que se llegue a comprender estas consideraciones metódicas, y que no se acepte lo cómodo por lo verdadero.

Buda y Sócrates aparecen a nuestra mirada como dos figuras que en forma casi opuesta representan dos corrientes evolutivas de la humanidad; pero si, como lo hemos expuesto. las llevamos a una unidad superior, podemos agregar un tercer cuadro, el de otra gran individualidad, también con sus discípulos: Cristo Jesús. Sin referirnos a los demás, hablemos primero de sus discípulos más íntimos, los doce. Sobre la relación del maestro con estos últimos, nos dice el Evangelio de Marcos, con toda claridad, algo que podemos comparar con lo caracterizado con respecto a Buda y Sócrates. La expresión más concisa de ello se da en lo siguiente: el Cristo se halla frente a la multitud que desea escuchar sus palabras. Según el Evangelio, El habla a la multitud en "parábolas" o en imágenes. Sencilla y grandiosamente describe el Evangelio que el Cristo alude —mediante parábolas e imágenes— a sumamente significativos

hechos de la evolución del mundo y de la humanidad. Después se nos dice que El, al encontrarse con sus íntimos discípulos solamente, les interpretaba a ellos esas imágenes. Una vez, el Evangelio de Marcos nos da un ejemplo de cómo el Cristo habla a la multitud, y cómo después lo interpreta para los discípulos:

> "Y les enseñaba por parábolas muchas cosas, y les decía en su enseñanza: Oíd, he aquí el sembrador salió a sembrar. Y aconteció sembrando, que una parte cayó junto al camino; y vinieron las aves del cielo, y la tragaron. Y otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y luego salió, porque no tenía la tierra profunda; mas salió el sol, se quemó; y por cuanto no tenía raíz, se secó. Y otra parte cayó en espinas; y subieron las espinas, y la ahogaron, y no dio fruto. Y otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, que subió y creció; y llevó uno a treinta y otro a sesenta, y otro a ciento. Entonces les dijo: el que tiene oídos para oír, oiga." (Marcos 4, 1-9.)

Esto es lo enteramente típico de cómo el Cristo enseñaba. En cuanto al Buda, si empleamos el lenguaje occidental podemos decir: él conducía lo que el hombre experimenta en lo terrenal, a lo alto, a lo celestial. De Sócrates muchas veces se ha referido que toda su tendencia se caracteriza correctamente, diciendo que él hacía descender desde el cielo a la tierra la filosofía, puesto que apelaba directamente a la razón terrenal. Así nos formamos claramente la imagen de la relación con sus discípulos de estas dos individualidades.

Preguntémonos ahora en qué relación con sus discípulos se hallaba el Cristo. De una manera distinta hablaba a la multitud; enseñábale por parábolas; y de otra manera distinta se situaba frente a sus discípulos íntimos: les interpretaba las parábolas a través de lo que podían comprender, concebirlo directamente mediante la razón. Resulta, pues, que para caracterizar la manera de cómo el Cristo Jesús enseñaba, es preciso hacerlo de un modo más complicado. *Un solo* rasgo característico es común a todas las enseñanzas del Buda y, por lo tanto, hay *una sola* categoría de discípulos directos. También de *un solo* género son los discípulos de Sócrates, pues todo el mundo puede convertirse en su alumnado; y también su relación con sus discípulos es de una sola característica. El Cristo, en cambio, se nos presenta de *dos* maneras diferentes: de una manera, frente a sus íntimos discípulos, y de otra manera, frente a la multitud. ¿Cómo se explica esto?

Para comprenderlo, hay que tener presente que con el Misterio de Gólgota comienza una época totalmente nueva. Concluyen los tiempos de la antigua clarividencia como capacidad humana general. Cuanto más nos remontemos en la evolución de la humanidad tanto más llegaremos al período en que la antigua clarividencia, con la visión de los mundos espirituales, era un don general del hombre. ¿Cómo fue esta visión? Fue una clarividencia onírica, una visión en imaginaciones oníricas, en imágenes inconscientes o subconscientes de los misterios del mundo, pero no en conceptos basados en la razón como ahora los concebimos en el conocimiento. En aquellos tiempos antiguos no existieron la “ciencia” y el pensamiento

popular, ni tampoco la razón y el discernimiento sensatos. El hombre, frente al mundo externo, lo *vio*, pero sin analizarlo conceptualmente pues no poseía el pensar lógico ni el espíritu de combinación. Es difícil comprenderlo, para el hombre de nuestro tiempo, quien suele reflexionar sobre todas las cosas; pero el hombre antiguo no reflexionaba. Veía las cosas y captaba las imágenes que le resultaban comprensibles cuando en sus estados intermedios entre la vigilia y el sueño percibía su mundo imaginativo, onírico, en imágenes.

Considerémoslo en forma más concreta. Pensemos que alguien en tiempos antiquísimos, muchos milenios antes de nuestra era, hubiera pasado por donde un maestro enseñaba a sus discípulos. Aquel hombre se hubiera unido a los oyentes para escuchar las palabras del maestro, y se hubiera dado cuenta que uno de aquéllos acoge con mucho fervor las palabras del maestro; otro también las acoge, pero muy pronto las pierde; un tercero se halla tan sujeto a su egoísmo que no presta atención. Al observarlo, aquel hombre antiguo no hubiera podido comparar intelectualmente la actitud de los tres discípulos. Pero en su estado entre la vigilia y el sueño, lo ocurrido volvía como imagen ante su alma; y quizá veía entonces a un sembrador echando la semilla —realmente podría habérsele presentado tal imagen clarividente— parte de la semilla cae en tierra buena, donde nace y crece; otra parte cae en tierra menos apropiada; una tercera parte cae sobre suelo pedrizo; de la segunda parte, nace poco; de la tercera nada. El hombre antiguo no hubiera hablado como el de ahora: "Uno de los discípulos capta las palabras; el otro no", etc. Pero en aquel estado intermedio veía la imagen, y con ella la explicación. Y al

preguntársele cómo juzgaba la relación entre el maestro y sus discípulos, hubiera narrado su ensueño como una realidad y como explicación de lo sucedido. Ahora bien, la multitud en torno del Cristo, si bien no poseía sino remanentes de la antigua clarividencia, tenía, no obstante, la habilidad de prestar atención cuando se le hablaba en imágenes con relación al origen de la existencia y de la evolución de la humanidad. El Cristo Jesús hablaba a la multitud como a los hombres que en su alma conservaban cierta herencia de la antigua clarividencia.

Y los íntimos discípulos, ¿quiénes fueron? Hemos visto que los doce se formaron de los siete hijos de la madre de los macabeos y los cinco hijos de Matatías. Ellos se habían desarrollado a través de todo el antiguo pueblo hebreo hasta la fuerte manifestación del yo. Ellos realmente fueron los primeros que el Cristo pudo elegir para apelar a lo que vive en toda alma, pero de tal manera que fue capaz de convertirse en punto de partida para el desarrollo humano. El Cristo hablaba a la multitud confiando en que ella fuese capaz de comprenderle según lo heredado de la antigua clarividencia; a los discípulos hablaba con el entendimiento de que ellos fuesen los primeros en comprender algo de cómo ahora hablamos de los mundos superiores. Esto quiere decir que por el hecho de iniciarse una nueva época, el Cristo tuvo que hablar de manera distinta a la multitud y a sus íntimos discípulos. Así se situaron los doce en medio de los demás. Comprender en base a la razón lo que en los tiempos venideros debió convertirse en un don humano general con relación a los mundos superiores y los misterios de la evolución de la humanidad: esto fue la tarea del núcleo más íntimo de los discípulos del Cristo

Jesús. Al interpretarles las parábolas, El lo hacía de un modo parecido a cómo hablaba Sócrates, ya que lo que decía era extraído del alma misma del oyente; con la diferencia de que Sócrates se limitaba más bien a las condiciones terrenales, la lógica común, mientras que el Cristo hablaba de un modo socrático, con relación a lo espiritual. Cuando el Buda hablaba a sus discípulos les hacía presente los hechos espirituales como los da la iluminación, quiere decir, como resultado del hallarse el alma humana en los mundos superiores. El Cristo hablaba a la multitud tal como el alma del hombre común lo había experimentado en tiempos pasados en los mundos superiores; hablaba entonces cual un "Buda ante el pueblo"; a sus íntimos discípulos lo hacía cual un "Sócrates superior", un Sócrates espiritualizado. Sócrates extraía del alma de sus discípulos la razón terrenal individual; el Cristo la razón celestial. El Buda revelaba a sus discípulos la iluminación celeste; el Cristo daba a la multitud, mediante las parábolas, la iluminación terrenal. Tomemos entonces los tres cuadros: Allí en el país del Río Ganges, el Buda con sus discípulos; la imagen opuesta: allí en Grecia, Sócrates con sus discípulos. Y luego, cuatro a cinco siglos más tarde: la síntesis, la singular unión entre ambas corrientes. Así se nos presenta en uno de los más grandiosos ejemplos, la evolución orgánica de la humanidad.

Este desarrollo progresa, paso a paso. Mucho de lo expuesto como conocimientos fundamentales de la ciencia espiritual, como por ejemplo la correlación entre alma sensible, alma racional y alma consciente, podría tomarse como mera teoría. Sin embargo, en el transcurso de los años ya e ha hecho evidente que tal conocimiento

tiene un significado mucho más profundo que un simple sistema de la división del alma. Hemos expuesto que durante los tiempos post-atlantes se desarrollaron, una tras otra, las distintas culturas: la antigua india, la primitiva persa, la egipcio-caldea, la greco-romana, y después la nuestra, y que particularmente hemos de ver lo esencial del período babilonio-caldeo-egipcio en el especial desarrollo del alma sensible. Al igual se caracteriza el período grecorromano por el desarrollo del alma racional, y el nuestro por ser la cultura del alma consciente. De esta manera, en las tres épocas culturales se educa y evoluciona el alma misma. Sus tres miembros no son ningún invento caprichoso sino algo viviente que en épocas sucesivas se desarrolla sucesivamente.

Empero, debe de haber un nexo entre una y otra cosa. Lo anterior ha de trasladarse a lo posterior, como asimismo lo posterior anticiparse en lo anterior. Buda y Sócrates viven en la cuarta época cultural, la greco-romana, en que se manifiesta particularmente el alma racional; y este hecho les da su misión. La tarea de Buda consiste en llevar y conservar la cultura del alma sensible de la tercera a la cuarta época. Su mensaje al corazón de sus discípulos contiene lo que de la tercera (la cultura del alma sensible) debe irradiar a la cuarta época, la del alma racional. De modo que la era del alma racional recibe calor y fervor y es iluminada por la sabiduría del Buda, por lo que la época del alma sensible, aún dotada de clarividencia, había producido. El Buda se nos presenta como el gran conservador de la cultura del alma sensible en medio de la cultura del alma racional. Veremos ahora qué misión, un poco más tarde, incumbe a Sócrates.

Viviendo también en la época del alma racional, Sócrates se dirige al hombre como individualidad, a las cualidades que no llegan a manifestarse enteramente sino en la quinta cultura que es la nuestra. En forma más bien abstracta le incumbe, dentro de la época del alma racional, anticipar la era del alma consciente. Buda conserva lo anterior; su prédica aparece como una luz que da calor. Sócrates trae a su propia época lo que pertenece al porvenir: lo característico de la época del alma consciente y que, por consiguiente, aparece entonces como cosa prosaica, intelectual, seca. Así se juntan, dentro de la cuarta, las tres culturas, la tercera, la cuarta y la quinta: la tercera es conservada por el Buda, la quinta anticipada por Sócrates. A Occidente y Oriente incumbe representar las dos diversidades: el Oriente debe conservar la grandeza de los tiempos pasados, el Occidente anticipar en un tiempo anterior lo que más tarde aparecerá.

Un inmenso camino conduce a través de antiquísimos tiempos de la evolución de la humanidad, en el transcurso de los cuales el Buda siempre había obrado como Bodisatva, hasta la época en que ascendió a la dignidad de Buda; un inmenso tiempo continuo que con el Buda llega a su fin, también en el sentido de que él pasa entonces por su última encarnación terrenal, de modo que no volverá a descender a la tierra. Este largo tiempo concluye, trayendo desde tiempos remotos el contenido de la tercera cultura post-atlante del alma sensible, encendiéndola nuevamente. Quien, desde este punto de vista, lea las prédicas de Buda, alcanzará el justo estado de ánimo; y el haberse desarrollado el alma racional, quizá tendrá para él un significado particular.

Dirá entonces: estas prédicas hablan inmediatamente al corazón humano, pero detrás hay algo que se sustrae al sentimiento y que pertenece a un mundo superior. De ahí también compréndese el ritmo de las repeticiones en esas prédicas, peculiaridad que el intelecto común tiende a rechazar, la que, sin embargo, comprenderemos mejor, si de lo físico pasamos a lo etéreo como primera esfera suprasensible detrás de lo sensible. Lo que obra en el cuerpo etéreo, explica el porqué de aquellas repeticiones. Si las eliminamos, les quitamos a las prédicas del Buda lo peculiar de su repercusión anímica. No es cuestión del mero contenido, sino que todo hay que dejarlo tal como Buda lo ha dado.

Sin tomar en cuenta el inmenso material que hasta el presente se ha reunido en las esferas de las distintas disciplinas, pero considerando, con arreglo a los conocimientos de la ciencia natural, cómo Sócrates trata los asuntos corrientes, verificaremos que todo obedece al método socrático; todo sigue una línea bien definida, desde Sócrates mismo hasta el presente, según dicho método, el que resultará cada vez más perfeccionado.

Así se evidencia que tenemos *una* corriente de la evolución de la humanidad que llega hasta el Buda, donde concluye, y *otra* que comienza con Sócrates y sigue su curso hasta un lejano porvenir. Si se permite establecer el parangón, podemos decir: Sócrates y Buda aparecen como dos núcleos de cometas cuyas colas, partiendo de sus centros, señalan distintas perspectivas: en cuanto al Buda, una perspectiva mirando hacia un indefinido, inmenso pasado; en cuanto a Sócrates la perspectiva que irradia hacia indefinidos, lejanos tiempos futuros. Dos cometas, moviéndose en direcciones

opuestas y cuyos núcleos resplandecen a un mismo tiempo: esta es la imagen que me permito dibujar para caracterizar el significado de Sócrates y Buda, uno al lado del otro.

Pasa medio milenio y, con la aparición del Cristo Jesús, algo así como una unión de las dos corrientes tiene lugar. Ya lo hemos caracterizado al contemplar algunos hechos correspondientes. En la próxima conferencia trataremos de contestar la pregunta: ¿Cómo se caracteriza correctamente, con respecto al alma humana, la misión del Cristo Jesús?

# V

## KRISHNA, BUDA - JUAN BAUTISTA, CRISTO JESUS

En la conferencia anterior hemos tratado de representarnos, desde cierto punto de vista, el momento histórico universal del Misterio de Gólgota. Lo hicimos mediante la contemplación de dos significativos conductores de la humanidad, Buda y Sócrates, los que vivieron pocos siglos antes de aquel acontecimiento. Hemos visto que Buda representa, en cierto modo, el fin de una importante corriente evolutiva: allí está, en el sexto al quinto siglo antes del Misterio de Gólgota, el Buda, enunciando lo que ahora se conoce como la profunda enseñanza, la revelación de Benarés en la cual se sintetizó y, de cierta manera, se renovó lo que desde milenios atrás había fluido en el alma humana; enunciándolo en forma adecuada al carácter de la época, medio milenio *antes* del Misterio de Gólgota; asimismo en forma apropiada a esos pueblos y esas razas. El hecho de que en Buda hemos de ver el fin de una gran corriente mundial, se evidencia todavía más claramente si contemplamos a su gran precursor el que en cierto sentido ya pertenece a las tinieblas de la evolución: Krishna, el gran maestro de la India quien, en sentido totalmente distinto, aparece como dando conclusión a revelaciones milenarias.

A Krishna le podemos ubicar algunos siglos antes del Buda; pero esto es ahora lo menos importante, ya que lo principal consiste en lo siguiente: cuanto más examinemos lo que fueron Krishna y Buda, tanto más

comprenderemos que, desde cierto punto de vista, en Krishna, la enseñanza de Buda aparece más claramente iluminada, y que en Buda —seguidamente vamos a caracterizarlo— ella llega a cierto fin.

Efectivamente, con el nombre de Krishna se abraza algo que en la evolución espiritual de la humanidad irradia sobre muchísimos milenios. Si profundizamos la contemplación de todo lo que puede llamarse la revelación y los anunciamientos de Krishna, se nos abre la mirada hacia sublimes alturas de la revelación espiritual humana, y sentimos que referente a todo lo que contiene y lo que resuena a través de la revelación de Krishna, no es posible siquiera un ulterior progreso, ni mayor elevación, sino que se trata de lo supremo en su género. Naturalmente, en la persona de Krishna se reúne muchísimo que se divide entre otros tantos reveladores. No obstante es así que todo cuanto anteriormente, en el transcurso de siglos y milenios, se había revelado a los portadores de tales mensajes, se reunió, se sintetizó y se llevó a su término en Krishna mismo, como revelación para su pueblo. Si consideramos la manera en que, por las palabras de Krishna, se habló sobre los mundos divino-espirituales y sobre el curso de la evolución; además, si tenemos presente a qué espiritualidad hemos de elevarnos para penetrar en el profundo sentido de la sabiduría de Krishna, resulta que quizá no haya sino un solo aspecto dentro de la evolución de la humanidad el que en cierto modo permite una comparación.

De la revelación de Krishna puede decirse que en cierto sentido representa una sabiduría oculta, puesto que no hay sino pocos hombres que pueden alcanzar la

capacidad interior de elevarse a la altura espiritual necesaria para la comprensión de su contenido. No hace falta aislar o "encerrar" las revelaciones como lo son las de Krishna, con el fin de mantenerlas ocultas; ya que ellas siguen siendo "ocultas" por ninguna otra razón sino porque son los menos los hombres que ascienden a la altura necesaria para comprenderlas. Por más que se difundan entre la gente semejantes revelaciones, entregándolas a cualesquiera, siempre quedarán ocultas; puesto que el medio de quitarles su secreto no consiste en difundirlas sino en que las almas asciendan para unirse con ellas. Quien sólo acogiese las palabras de semejantes revelaciones ¡que no crea conocerlas! No importa que él fuese un erudito del siglo XX.

Hemos dicho que hay algo que puede compararse con las revelaciones de Krishna; y esto es lo que sigue. Justamente lo que se relaciona con el nombre de Krishna, puede compararse con lo que es afín a tres nombres que de cierta manera se vinculan con nuestra propia existencia, sólo que ello se nos presenta de un modo totalmente distinto: en forma conceptual y filosófica. Me refiero a todo lo que en los tiempos modernos se relaciona con los nombres de Fichte, Schelling y Hegel. En cuanto a lo característico de la sabiduría oculta, las ideas y enseñanzas de estos tres hombres, bien pueden compararse con otras "enseñanzas ocultas" de la humanidad. Si bien es cierto que la sabiduría de Fichte, Schelling y Hegel está a disposición de todo el mundo, nadie negará, no obstante, que en un sentido más amplio de la palabra, sus ideas siguen siendo verdaderas enseñanzas ocultas. Son muy pocas las personas quienes de algún modo realmente tendrían la *voluntad* de tomar

posición frente a las obras de esos tres hombres. Sin embargo, dentro de ciertos círculos filosóficos y, por una especie de cortesía filosófica, se vuelve ahora a hablar de Hegel; por lo que se nos objetará que realmente hay quienes se ocupan de Hegel. Es cierto que los hay; pero si luego se toma lo que esas gentes escriben y lo que contribuyen a la comprensión de Hegel, se confirma tanto más que para ellas sigue siendo una verdadera enseñanza oculta. Empero, lo que de Krishna, desde el Oriente, irradia hacia Occidente, se presenta en Fichte, Schelling y Hegel de una manera abstracta, concepcional; y es sumamente difícil descubrir la similitud: esto requiere una bien definida constitución del alma humana. Trataré de explicarlo abiertamente.

Si un hombre de nuestros días, no de cultura general, sino de ilustración superior, lee una obra filosófica de Fichte o Hegel, pensará que en ella hay un desarrollo conceptual; y la mayoría de tales lectores estará de acuerdo en que no es fácil entusiasmarse por lo tratado —para dar un ejemplo —en la obra de Hegel "Enciclopedia de las Ciencias" en que primero se habla del "ser", luego del "no ser", etc. Y tal vez, se dirá: "el autor de esta obra da un conjunto de las más altas abstracciones conceptuales; todo esto será muy loable, pero no habla a mi corazón, no da calor a mi alma". He conocido a muchas gentes que, justamente al abrir dicho libro de Hegel, pronto volvieron a cerrarlo después de haber leído tres o cuatro páginas. Pero esa gente no admite que la culpa de que el libro no nos llene de entusiasmo, de que su lectura no provoque una lucha interior que nos conduce del infierno al cielo: que tal culpa la tengamos que buscar en nosotros mismos.

Ciertamente, lo que en esos tres hombres la gente lo llama "conceptos abstractos", puede conducirnos a luchas interiores y a sentir no meramente calor anímico sino todo el ascender desde la más extrema frialdad interior al supremo fervor espiritual. Podemos sentir que esos tratados fueron escritos espontáneamente con sangre humana — no sólo mediante el uso de puros conceptos abstractos.

Podemos comparar lo que de Krishna irradia hacia Occidente. con esa evolución humana de nuestros tiempos hacia las alturas espirituales; pero también es cierto que existe una notable diferencia. Lo que se nos presenta en Fichte, Schelling y Hegel, estos pensadores más maduros del cristianismo, también se nos presenta en Krishna, pero de un modo adecuado a una época precristiana. Esta revelación de Krishna es algo que jamás pudo volver a producirse y que debe tomarse en toda su altura la que, en su género, es insuperable. Quien lo sepa apreciar, se formará un concepto, una idea de la fuerza de la luz espiritual, si contempla de la justa manera lo relacionado con aquella cultura en que Krishna apareció. Tomemos unas pocas pruebas; una de la Bhagavad Gita, donde Krishna habla para caracterizar su propia naturaleza. Son palabras que, comprendidas de la justa manera, nos conducen a ciertos conocimientos y sentimientos a que luego nos referiremos:

> "Soy el Espíritu del Devenir, su principio, su estado mediano y su fin. De entre los seres soy el más noble de todo lo creado. Entre los seres espirituales soy Vishnu; entre los astros, el Sol; entre las luces, la Luna; entre los elementos, el

fuego; entre las montañas, el alto Meru; entre las aguas, el gran océano del mundo; entre los ríos, soy Ganga; y Ashvatta entre todos los árboles; soy el regente, en el verdadero sentido de la palabra, de los hombres y todos los seres vivientes; entre las serpientes soy la que existe eternamente y que es el fundamento de la existencia misma."

Y ahora otra manifestación, tomada de las Vedas, de esa misma cultura. Los Devas se reúnen bajo el trono del Todopoderoso y, en devoción, le preguntan, quién es El mismo. El Todopoderoso, o sea el Dios del Universo en el sentido de la antigua India, contesta:

> "Si aparte de mí mismo, otro existiera, describiría a mí mismo a través de él. Desde la Eternidad he existido, y existiré eternamente. Soy la causa primitiva de todo; la causa de todo lo existente en el Oeste, en el Este, en el Norte, en el Sur; soy la causa de todo allí arriba en las alturas, allí abajo en las profundidades. Yo soy todo; soy más antiguo que todo lo existente. Yo soy el regente de los regentes. Yo soy la Verdad misma; soy la Revelación misma; soy la causa de la Revelación. Yo soy el Conocimiento; soy la Devoción, y soy el Derecho. Yo soy todopoderoso."

Al preguntarse, dentro de esa cultura —así se lo describe en aquel antiguo documento— cuál es la causa de todo, se responde:

> “Esta causa del mundo —es el fuego, es el Sol, y es también la Luna; también es el puro elemento Brahman, e igualmente el agua y ese supremo ser. En El tuvieron su origen todos los instantes, y el correr de todas las semanas, y de todos los meses, y de todos los años, y de todos los siglos, y de todos los milenios, y de los millones de años; todos tuvieron su origen en su personalidad resplandeciente, la que nadie llega a comprender; ni arriba, ni abajo, ni en derredor que nos circunda, ni tampoco en el centro, donde nosotros estamos.”

Semejantes palabras resuenan y nos llegan de esos tiempos remotos. Nosotros las contemplamos. Si lo hacemos sin prejuicios, sentiremos que ellas nos dicen determinadas verdades. Hemos visto que Krishna habla de sí mismo, y que se nos dice algo sobre el Dios del Universo y sobre la causa de los mundos. Sobre esas verdades jamás se habló de un modo más grandioso, ni más significativo; y sabemos que jamás serán expresadas de una manera más grande o más trascendental. Esto quiere decir que en la evolución de la humanidad se ha producido algo que tiene que quedar tal cual y tiene que aceptarse así, porque es algo que ha llegado a su término. Dondequiera que más tarde se haya reflexionado sobre esas verdades: puede ser que, según los métodos de tiempos posteriores, se haya intentado concebirlas más claramente, o de modificarlas de una u otra manera; sin embargo, jamás fueron expresadas mejor. Quien preterida decirlo mejor, pecaría de presuntuoso.

Tomemos primero el pasaje de la Bhagavad Gita, en que Krishna, en cierto modo caracteriza su propia naturaleza. Es extraño cómo El habla. Dice que El es el Espíritu del Devenir; que es Vishnu entre los Espíritus del cielo, el Sol entre los astros, la Luna entre las luces, el fuego entre los elementos, etc. Si lo sintetizamos para reunirlo en una fórmula, podemos decir: Krishna se califica a sí mismo como la esencia, la naturaleza de todo, de manera tal que *El* es la esencia que por doquier representa lo más puro, lo más divino. Por dondequiera se penetre detrás de las cosas, buscando su esencia, se da con la entidad de Krishna, en el sentido de lo allí expresado. Si tenemos una cantidad de plantas de la misma especie, y si buscamos la naturaleza de ésta, la que no es visible sino que se manifiesta en las formas individuales visibles: ¿Cuál es su esencia? Hemos (le imaginarnos y de identificar esta esencia, no con una sola planta, sino representarnos su forma como lo más sublime y más puro; de modo que no tenemos simplemente la naturaleza, sino que ésta se manifiesta en su forma más pura, más noble, más sublime. ¿De qué habla pues Krishna, en verdad? No habla de otra cosa, sino de lo que también el hombre, si se contempla a sí mismo, reconocerá como su naturaleza; pero no aquella que él representa en la vida corriente, sino la que se halla *detrás* de la manifestación común del hombre y de lo anímico humano. Krishna habla de la esencia humana en nosotros, puesto que la verdadera naturaleza humana es idéntica con el Universo. En Krishna no se manifiesta el conocimiento en sentido egoísta, sino aquello que señala lo supremo en el hombre y que puede entenderse idéntico, aunado a la esencia de todas las cosas. Así

como nosotros hablamos con orientación al tiempo presente, así también hablaba Krishna sobre lo correspondiente a su propia cultura. Si nosotros contemplarnos nuestro propio ser, percibimos ante todo el "yo" (como se lo explica en el libro "¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?"). De este yo común se distingue el yo superior suprasensible el que no se manifiesta en la existencia sensoria pero que aparece de tal manera que a un mismo tiempo se halla no solamente en nosotros, sino derramado sobre la esencia de todas las cosas. Cuando hablamos pues, de nuestro yo superior, la entidad superior que habita en el hombre, no es lo mismo que cuando decimos "yo soy", si bien en nuestro lenguaje suena igual. Pero en la boca de Krishna no hubiera sonado igual; él hablaba de la entidad anímica humana en el sentido en que la concebía aquel tiempo, de una manera igual a como nosotros hablamos de nuestro "yo". ¿Cómo se explica el que nuestro yo común se parezca tanto a lo que es el supremo concepto de nuestro yo? Esto es la consecuencia de que, en la cultura clarividente anterior a la de Krishna, es decir, en los milenios precedentes, el hombre, al enfrentarse a la naturaleza de las cosas, estaba acostumbrado a elevarse a la visión clarividente. De modo que comprenderemos este lenguaje de la Bhagavad Gita, si la consideramos como el fin de la antigua cosmovisión clarividente, si tenemos presente: cuando el hombre de los tiempos antiguos se elevaba a aquel estado general de conciencia entre el sueño y la vigilia, él se hallaba entonces dentro de las cosas de una manera no comparable a la percepción sensorial en que las cosas están "aquí", y el hombre está fuera de ellas, sino que con

su propio ser se hallaba derramado sobre todos los seres, identificándose con ellos; él se sentía identificado con lo mejor de las cosas; y lo mejor de su ser se hallaba en todas las cosas. Si no partimos de un sentir abstracto, común al hombre actual, sino de como sentía el hombre antiguo, comprendemos las palabras de Krishna como resuenan en el Bhagavad Gita. Las comprenderemos si tenemos presente cómo el hombre de la antigua clarividencia se veía a sí mismo: comparable a lo que se alcanza por el discipulado de la ciencia espiritual, cuando el hombre logra independizar su cuerpo etéreo y se siente expandido y derramado sobre lo que en todo existe; así fue el estado natural del hombre de los tiempos antiguos, si bien no exactamente igual a lo que resulta del discipulado científico-espiritual. En semejante estado que se producía espontáneamente, aquel hombre sentía encontrarse *dentro de las cosas*. Y si las revelaciones obtenidas se expresan con sublimes palabras, entonces aparecía así como aquellas revelaciones de Krishna. También podríamos decir: Krishna decía a los hombres de su época: "Con mis palabras voy a enunciar cómo, en sus estados suprasensibles, vieron su relación con el mundo los mejores entre nosotros; pues en los tiempos por venir ya no habrá hombres como nuestros primitivos antepasados, ni tampoco podréis vosotros ser como éstos. Yo voy a expresar con palabras cómo ellos lo vieron, para que perdure, pues la humanidad ya no lo podrá conservar como estado natural". Las "Revelaciones de Krishna" fueron en cierto modo, la expresión mediante palabras de su época de lo que a través de los milenios a la humanidad se le había dado, para que los tiempos

posteriores que ya no pueden verlo, también pudiesen tener las revelaciones de Krishna.

Las otras palabras también las podemos comprender de esta manera. Si en la época de Krishna un discípulo hubiera preguntado a un maestro iniciado: "Dime maestro ¿Qué es lo que se halla detrás de las cosas que yo veo con mis ojos?" ese maestro ciertamente le habría contestado: "Detrás de las cosas que tú ves con tus ojos físicos, hállase lo espiritual, lo suprasensible. Los hombres de los tiempos antiguos, en sus estados naturales, aún lo veían; ellos veían el mundo etéreo que es el que linda con nuestro mundo sensible. Allí está la causa de todo lo sensible, y esta causa la veían. Ahora sólo puedo expresarlo con palabras: es el fuego. . ." (no el fuego como nosotros vemos el sol, ya que precisamente, para la clarividencia de aquellos tiempos era totalmente invisible lo que hoy se ve con el ojo; la blanca, ardiente esfera solar era lo oscuro; y sus efectos se extendían a través de todos los espacios, el irradiar del aura solar se dividía y volvía a encontrarse; pero de tal manera que lo que se sumergía en las cosas fue, a la vez, luz creadora) "es el sol y es también la luna" (la que también se percibía de otra manera); "pues en todo ello hállase el puro principio Brahman."

¿Qué es el puro principio Brahman?

El materialista cree que con el aliento sólo aspiramos oxígeno, pero está equivocado. Con cada aliento aspiramos y espiramos espíritu. El espíritu que vive en el aliento penetra en nosotros y sale de nosotros. El clarividente antiguo no tuvo la sensación del materialista quien, por prejuicio, piensa que aspira oxígeno; aquel, en cambio, sabía que se aspira el

elemento etéreo del espíritu, “Brahman”, al que se debe la vida, y que, al acoger Brahman, se vive. El purísimo elemento Brahman constituye la causa de nuestra propia vida, y ¿ a qué altura se elevan los conceptos de esta antiquísima pura sabiduría; esa sabiduría que es similar al éter y a la luz?

Los hombres de nuestro tiempo creen que saben pensar perfectamente bien. Pero si se observa cómo, para explicar algo, todo lo confunden en forma desordenada, este pensar actual, principalmente el pensar *lógico*, no nos infunde mucho respeto. Aunque parezca abstracto, voy a ilustrarlo brevemente. Supongamos tener ante nosotros un animal amarillo con melena; lo llamaremos “león”. Luego preguntamos ¿ qué es un león? y se nos responde: un animal carnicero. Seguimos preguntando ¿ qué es un animal carnicero? Se nos contesta: un mamífero. Nuevamente preguntamos ¿qué es un mamífero? La respuesta será: un ser viviente. Y así seguimos explicando un concepto por otro. La mayoría de la gente cree proceder con toda claridad, si ellos enlazan así las preguntas, unas con otras. Cuando se habla de cosas espirituales —incluso de las más sublimes — también se suele preguntar de esa manera hasta el infinito. Así por ejemplo: ¿qué es Dios?, o ¿qué es el principio del mundo?, o también ¿qué es el fin del mundo? Y muchos piensan que con relación a las cosas superiores pueda preguntarse de la misma manera como sobre las cosas cotidianas. Ellos no se dan cuenta que lo característico es, precisamente, que con relación a las cosas supremas *ya no se puede preguntar así*. Cuando se asciende del “león” al “animal carnicero” etc., debe de llegarse finalmente a algo que no es posible describirlo

de esa manera, pues la pregunta ¿qué es eso? ya no tiene ningún sentido. Al preguntar así, se trata de determinar el atributo correspondiente, pero al final se llega a un ser supremo al que se concibe por sí mismo. En cuanto a la lógica, la pregunta ¿qué es Dios? no tiene ningún sentido. Todo puede considerarse consecutivamente hasta lo supremo, pero a éste ya no se le debe agregar atributo alguno, pues la contestación ha de ser: "Dios es"; puesto que, de otro modo, aquello por lo cual se describiría a Dios, tendría que serle superior; y esto sería la más curiosa de todas las contradicciones. El hecho de que tal pregunta siga formulándose hasta nuestros días testimonia cuán sublime se nos presenta Krishna, en tiempos remotos, cuando dice que los Devas se reúnen en torno del trono del Todopoderoso y, en devoción, le preguntan, quién es El mismo; y El contesta: "Si aparte de mí mismo, otro existiera, describiría a mí mismo a través de él". Pero esto no lo hace; no se describe a sí mismo a través de otro. Por ello podemos decir que en devoción, al igual que los Devas, somos conducidos ante la antigua sagrada cultura y, al mismo tiempo, la admiramos en su grandiosa altitud lógica, que fue alcanzada no por el pensar sino por la antigua clarividencia y porque esa gente sabía espontáneamente: cuando se llega a las causas, terminan las preguntas, pues *las causas se perciben*. A nosotros nos toca admirar lo que nos ha llegado de esos tiempos remotos, como si los seres espirituales de quienes lo hemos recibido, nos dijesen: "Allí terminó la era en que los hombres poseían la visión espontánea de los mundos espirituales. Esto ya no volverá a ser". Pero nosotros lo registramos para

elevarnos a lo que otrora fue dado a la clarividencia humana.

Así figura en el Bhagavad Gita, en las Vedas todo aquello que, como un fin, se sintetiza en Krishna, y que no será superado; ello volverá a percibirse por la nueva clarividencia, pero no puede comprenderse en su profundidad mediante las facultades que el hombre adquirió más tarde. Es por ello que, abstrayendo de lo que por el desarrollo de la nueva clarividencia puede alcanzarse, hemos de decirnos que en toda la esfera de la cultura exterior nunca jamás podrá llegarse a lo que fue la antiquísima sagrada revelación. Empero, por su propia evolución y el discipulado científico-espiritual, el alma humana sí podrá ascender y volver a alcanzarlo. Lo que antes a la humanidad fue dado normalmente, por así decirlo, no lo podrá adquirir en los estados normales cotidianos. Es por ello que esas verdades declinaron. En pensadores como Fichte, Schelling y Hegel, quienes desarrollaron su pensar hasta la máxima pureza posible, estas cosas pueden volver a manifestarse, si bien no tan llenas de vida, ni con el matiz personal como en Krishna, pero sí en forma de ideas; jamás en la forma de la antigua clarividencia. Esta última se extinguió lenta y paulatinamente en el transcurso de los tiempos post-atlantes.

De la primera cultura post-atlante, de la antigua India, no existen documentos exteriores, pues en aquella época los hombres aún poseían la visión del mundo espiritual. Las sublimes revelaciones que entonces a la humanidad fueron dadas, sólo pueden reencontrarse por la Crónica del Akasha. Paso a paso, las facultades de la humanidad fueron disminuyéndose; y en la segunda

cultura post-atlante, la antigua persa, las revelaciones ya no existieron en su pureza primitiva; menos aún en el tercer período, la cultura egipcio-caldea. Para un criterio real, hay que tener presente que de esas primeras culturas no existen documentos exteriores ni tampoco de otros pueblos de esos tiempos. Ningún documento escrito poseemos de la cultura 1e la antigua India, ni tampoco de la antigua cultura persa. Todo lo que de esta última tenemos por escrito es solamente resonancia de lo transmitido a la posteridad. Sólo a partir de la tercera cultura, la babilonio-caldea, existen documentos por escrito. Durante el decurso de la primitiva cultura persa hubo un segundo período de la cultura india, coincidente con la persa; y durante la cultura babilonio-caldeo-egipcia, se inició en la India un tercer período; y fue entonces que se empezó a registrar por escrito lo sucedido. A los últimos tiempos de este tercer período pertenece, por ejemplo, el contenido de las Vedas, el que luego penetró en la vida exterior. Estos son los escritos en que también se habla de Krishna.

Por lo tanto, cuando se habla de escritos, no hay que pensar que estos pertenezcan a la *primera* cultura de la India, sino que se trata de documentos del tercer período, anotaciones que fueron hechas porque en el tercer período poco a poco se extinguieron los restos de la antigua clarividencia. Al tocar a su fin la tercera era, y cuando la humanidad había perdido lo que originariamente poseía, apareció Krishna para conservar lo que estaba por perderse.

Cuando la tradición dice que Krishna apareció en la "tercera era", se refiere, pues, a lo que llamamos la "cultura egipcio-caldea", todo de acuerdo con lo que

estamos caracterizando como la sabiduría indio-oriental de Krishna. Cuando la antigua clarividencia y todos sus tesoros empezaban a perderse, apareció Krishna para revelarlos de la justa manera, con el fin de conservarlos para los tiempos venideros. En este sentido hemos de ver en Krishna el fin de algo grandioso y poderoso; y lo que nosotros decimos, concuerda plenamente con los documentos de Oriente. Sería absurdo hablar de lo "occidental" y lo "oriental", porque no importa que hablemos, con estas o aquellas palabras, en Oriente o en Occidente, sino que lo hagamos *con la justa comprensión* de lo enunciado.

Así vemos en Krishna el fin de una evolución. Pocos siglos después viene el Buda, y podemos preguntar: ¿En qué sentido hemos de ver en Buda el otro polo de ese fin; y cómo se relaciona Buda con Krishna?

Contemplemos nuevamente la característica que de Krishna hemos dado: El nos ha dado grandes y poderosas revelaciones clarividentes de los tiempos primitivos, con palabras que la humanidad de tiempos nuevos puede comprender como resonancia de la antigua clarividencia. De estas revelaciones se puede decir que ellas contienen la sabiduría acerca del mundo espiritual, el mundo de las causas y de los hechos espirituales detrás del mundo físico. Quién ahonde en las palabras de las Vedas, en todo cuanto la revelación de Krishna abraza, podrá decirse: este es el mundo que el hombre considera como el suyo y que se halla detrás del mundo que él ve con sus ojos y al que toca con las manos, etc. ¡Tú, alma humana, perteneces al mundo del que Krishna nos habla!

En los siglos después de Krishna, el alma humana comprendía que esas maravillosas revelaciones antiguas

hablan de la verdadera patria espiritual celeste de la humanidad. Por otra parte, el hombre percibía el mundo circundante, veía con los ojos, oía con los oídos, tocaba las cosas mediante el sentido del tacto, reflexionaba sobre ellas con el intelecto, el que jamás penetra en lo espiritual de las revelaciones de Krishna; y pudo decirse: "Detrás del mundo físico, el único que ahora conocemos, existe el mundo que es nuestra patria espiritual. Ya no vivimos en ella; hemos sido expulsados del mundo del que Krishna habla con sublimes palabras".

Después viene el Buda. ¿Cómo habla *él* del esplendor de ese mundo del que Krishna había hablado? Buda dice: "Es verdad que vosotros vivís en el mundo de los sentidos. A éste os ha conducido la sed que os hace pasar de encarnación en encarnación. Pero yo os hablo del camino que podrá libraros de este mundo que no es el mundo de Krishna, y conduciros al mundo del que Krishna había hablado". Cual añoranza por el mundo de Krishna resuena en los siglos posteriores al Buda la enseñanza de éste. En tal sentido, el Buda aparece como el último sucesor de Krishna, sucesor que debía aparecer. Y si Buda hubiera hablado de Krishna mismo podría haber dicho: "He venido para volver a enunciar la sabiduría superior del que estuvo *antes* de mí. Mirad *hacia atrás* a Krishna que fue superior, y veréis lo que alcanzaréis si abandonáis el mundo al que ya no podéis considerar como vuestra verdadera patria espiritual. Yo os indico el camino que conduce a la liberación del mundo de los sentidos; os conduzco atrás a Krishna". Así podría haber hablado el Buda. Lo expresó de una manera algo distinta, diciendo: "En el mundo en que vivís hay sufrimiento, sufrimiento, sufrimiento. El nacer es

sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento, el no estar unido con lo que amamos es sufrimiento; estar unido con lo que no amamos es sufrimiento; desear y no conseguir lo que amamos es sufrimiento". Y con el "sendero de ocho etapas" dio una enseñanza que no pasaba de lo dado por Krishna porque su enseñanza contenía lo que Krishna había dado. "He venido después del que fue superior; pero os indico el camino *hacia atrás* a aquel que fue superior que yo." Esto resuena como palabras histórico-universales que nos llegan del país del Ganges.

Pasemos ahora un poco más al oeste y representémonos una vez más la figura del Bautista; pero tengamos también presente las palabras que bien podría haber dicho el Buda: "He venido *después* de él, después de Krishna, pues él es más grande que yo, y yo voy a indicaros el camino que desde el mundo que no contiene el mundo divino de Krishna conduce atrás a él. Dirigid la mirada *hacia atrás*". Veamos ahora al Bautista, como él hablaba, como él expresaba su pensar y los hechos del mundo espiritual. El también habló de "otro" pero no como el Buda quien decía: "Yo he venido después de él", sino diciendo: "Tras mí viene El que es más poderoso que yo". Tampoco dice: "En este mundo hay sufrimiento y yo os conduzco hacia afuera de este mundo"; sino que amonesta: "Arrepentíos, no miréis atrás, sino hacia adelante. Cuando llegue el más poderoso, será cumplido el tiempo, y en el mundo en que hay sufrimiento entrará el mundo celestial; y las almas humanas entrarán de un modo nuevo en lo que habían perdido".

Así vemos que el Buda es el *sucesor* de Krishna y Juan Bautista el *precursor* del Cristo Jesús; los distintos

hechos en sentido inverso. Así se nos presentan los seis siglos entre aquellos dos acontecimientos: nuevamente dos cometas con sus centros. Por un lado, Krishna con el centro orientado hacia atrás; asimismo Buda quien conduce a los hombres atrás; por el otro lado, el centro orientado hacia adelante, la figura del "precursor". Si en el mejor sentido concebimos a Buda como sucesor de Krishna, y a Juan Bautista como precursor de Cristo Jesús, tenemos la fórmula que más sencillamente expresa y nos permite comprender lo acontecido en la evolución de la humanidad hacia el Misterio de Gólgota. No se trata de una cuestión de esta o aquella religión del mundo, sino simplemente de *hechos de la historia universal*. Quien los *comprenda* verdaderamente, jamás los describirá de otra manera. Resulta extraño que se nos diga que nosotros- asignamos al cristianismo una posición superior a las demás religiones, ya que tampoco se trata de emplear términos abstractos, tales como "superior" o "inferior". En vez de hablar de "más alto" o menos alto, queremos caracterizar las cosas en su verdad. Si examinamos lo publicado sobre Krishna, veremos si efectivamente hay algo más grande de lo que nosotros tratamos de expresar sobre él. Lo demás son meramente discusiones inútiles. La verdad se revelará al espíritu que considere la esencia de las cosas.

Estas conferencias sobre el más sencillo y, al mismo tiempo el más grandioso de los Evangelios, nos dan la oportunidad de considerar toda la posición cósmico-terrestre del Cristo; por ello tuvimos que contemplar lo que había encontrado su *fin* al asomarse el albor del *futuro de la humanidad*.

# VI

## EL ASPECTO HISTORICO DE LA EVOLUCION EL GRAN MONOLOGO DE CRISTO JESUS

En la conferencia anterior hemos tratado de representarnos la revelación de Krishna y su relación con la evolución posterior, con la revelación por el Cristo. Principalmente hemos señalado que la revelación de Krishna aparece como el fin de una extensa corriente evolutiva de la humanidad, el fin de la época de la primitiva clarividencia. Podemos decir que lo alcanzado a través de esa revelación, existe definitivamente dentro de la evolución, ha llegado a cierto fin y ya no puede ser superado; y las enseñanzas que entonces fueron adquiridas, en cierto modo nos quedan en su forma primitiva para toda la evolución posterior.

Ahora nos incumbe considerar, desde determinado punto de vista, lo singular de dicha revelación. Podríamos decir que, en el verdadero sentido humano, se trata de una revelación que no toma en cuenta el tiempo y lo que de éste deriva. Todo lo que no toma en cuenta el "tiempo", como factor real, ya lo contiene la sabiduría de Krishna. ¿Qué quiere decir esto?

En cada primavera observamos el brotar de las plantas; vemos después, que ellas crecen, se desarrollan hasta su madurez, y producen semillas que vuelven a la tierra. De éstas nacen, pasado un año, plantas iguales, se desarrollan y producen semillas, todo de igual manera. Es un proceso que año tras año se repite. Dentro de períodos que la vista abarca, hemos de decir que realmente se trata de una "repetición". Todos los años los lirios, las

prímulas, los jacintos producen sus flores, dentro de cada especie, de igual forma y aspecto. En cierto modo, podemos ascender a la esfera de los animales para encontrar algo parecido; puesto que si consideramos las distintas especies; la del león, la de la hiena, de una determinada clase de mono, etc., se verificará que el desarrollo de tales seres se halla predispuesto desde el principio; esto significa que para los animales justificadamente no se puede hablar de "educación" en sentido propio. Es cierto que a personas poco razonables se les ocurre ahora, incluso para los animales, aplicar toda clase de conceptos pedagógicos; pero para un justo criterio esto no se justifica de modo alguno. La ley de la repetición también se confirma si consideramos períodos cortos: primavera, verano, otoño e invierno se repiten regularmente a través de los siglos. Únicamente si consideráramos períodos muy extensos, fuera del alcance de la observación humana, se haría necesario recurrir al concepto del tiempo; veríamos que allí todo transcurre de un modo distinto; que, por ejemplo, en un futuro lejanísimo, cambia el modo de la salida y la puesta del sol. Sin embargo, se trata de aspectos que no son del caso, o bien si entráramos en el campo de la ciencia espiritual. Para lo que comúnmente está al alcance de la observación del hombre, digamos para la naturaleza astronómica, rige la ley de la repetición de lo mismo, o de lo semejante, de la misma manera como, principalmente, ella rige para la repetición anual de las formas en el reino vegetal. Para esta repetición como tal, el tiempo no tiene mayor importancia; esencialmente no es, en su calidad de tiempo, ningún factor real.

Esto cambia al considerar la vida individual del hombre. Según la ciencia espiritual, subdividimos la vida humana en períodos sucesivos. Distinguimos un primer período desde el nacimiento hasta la segunda dentición, o sea hasta los siete años de edad, aproximadamente; otro período, desde los siete hasta los catorce años, es decir hasta la madurez sexual; después el que corre de los catorce a los veintiún años, etc. En pocas palabras, distinguimos en la vida individual del hombre, períodos sieteñales. En cierto sentido podemos decir que en estos períodos de siete años cada uno, se repiten ciertas cosas; pero hay algo mucho más evidente, esto es, el *progresivo cambio*, el progreso mismo que se opera: la naturaleza humana es, en el segundo período sieteñal, totalmente distinta del primero, y vuelve a ser distinta en el tercero. No podemos decir que del mismo modo que una planta se repite en otra planta, se repitiese en el segundo período el hombre del primer período sieteñal, sino que aquí vemos que el tiempo en su progresar es de singular importancia. Y a la pregunta si lo que tiene importancia para el individuo puede aplicarse a toda la humanidad, hemos de contestar: en las etapas sucesivas de la evolución de la humanidad se manifiestan en cierto modo, tanto el uno como el otro principio. Al respecto, podemos limitarnos al así llamado tiempo post-atlante. En él distinguimos como primera cultura, la de la antigua India; como segunda, la antigua persa; como tercera, la egipcio-caldea; después la cuarta, la grecorromana; y la quinta, que es la nuestra en que vivimos, a la cual seguirán dos culturas más, hasta un nuevo gran cataclismo. En los distintos períodos de esta evolución progresiva se manifiestan numerosas similitudes que en

cierto modo pueden compararse a la repetición de lo mismo como lo observamos, por ejemplo, de año en año en el reino vegetal: esos períodos se desarrollan de tal manera que al principio la humanidad recibe ciertas revelaciones; se le da un impulso a través de una corriente de vida espiritual, a semejanza del impulso que en cada primavera se da al reino vegetal de la tierra. Aquel primer impulso espiritual sirve de base para el ulterior desarrollo que produce sus frutos y se extingue cuando el período cultural llega a su fin — igual a que las plantas perecen cuando el curso del año se acerca al invierno. Pero, aparte de esa semejanza, se evidencia algo en los períodos sucesivos que es comparable al progreso en el desarrollo del individuo, y para lo cual el tiempo tiene importancia como *factor real*. No es así que en la segunda cultura, la antigua persa, volviesen a ponerse los gérmenes al igual que en la primera o, quizá, que en la tercera volviesen a manifestarse las peculiaridades de la primera, sino que los impulsos cambian, adquieren fuerzas nuevas, cada vez más elevadas, al igual que en la vida humana en que los distintos períodos sieteñales también son diferentes, cada uno con su progreso correspondiente.

Empero, a la humanidad se le revelaron lenta y paulatinamente las cosas que constituyen la suma del conocimiento; no todas las corrientes espirituales de los pueblos tuvieron, a un mismo tiempo, disposición para todo. Así vemos que la corriente evolutiva de humanidad que llega a su fin en el tiempo del Misterio de Gólgota, carece del concepto del tiempo como *factor real*. En el fondo, toda la sabiduría oriental carece de este concepto del tiempo como factor real. Ella posee particularmente

el concepto de la *repetición de lo mismo*, al que concibe de una manera grandiosa.

Tomemos el ejemplo del desarrollo de la planta para considerar la repetición de lo mismo en los sucesivos períodos culturales. Vemos que en primavera la planta brota de la tierra: esto significa una "creación". La planta crece y se desarrolla hasta llegar a un determinado punto culminante, luego perece, y al perecer ya lleva en sí misma el germen de una planta nueva. Esto quiere decir que tal desarrollo se produce en tres pasos: el nacer, el crecer y formarse y el perecer; y en el perecer se halla el germen de otro proceso igual. Este principio de la repetición en que lo principal no es el tiempo, porque lo que importa es la repetición, se concibe lo más exactamente en base a lo ternario. Comprenderlo en este sentido fue una facultad peculiar de la sabiduría oriental que precedió al cristianismo. La grandeza de aquella antigua cosmovisión se basaba en este concepto unilateral del acontecer que se repite y en que lo temporal no importa. Donde esa cosmovisión llega a su fin, surgen por doquier las trinidades las que en verdad son expresión clarividente de lo que se halla detrás del nacer, perecer y restablecer: Brahma, Shiva, Vishnu. Todo se basa en esta tríada, como potencias creadoras. En los tiempos anteriores a la revelación de Krishna, ella pertenecía al conocimiento clarividente. Su imagen existía en todas partes, donde no importaba el tiempo, sino como sucesiva repetición de lo mismo.

Lo esencial con respecto al conocimiento de un tiempo *nuevo*, reside en que surge el don de la consideración del aspecto *histórico*, vale decir de tomar en cuenta el tiempo como factor real, para lo

concerniente a la evolución. Al conocimiento de Occidente quedaba reservado desenvolver el sentido histórico, comprender la historia en su verdad. La diferencia entre las dos corrientes evolutivas, la de Occidente y la de Oriente, consiste en que esta última concibe el mundo de una manera no-histórica —pero no-histórica en su máxima perfección—; Occidente, en cambio, debido a determinado impulso, empieza a juzgarlo históricamente; y la antigua cosmovisión hebrea había dado el primer impulso para esta concepción de índole histórica.

Consideremos ahora, una al lado de otra, las cosmovisiones orientales en su verdadera esencia. En ellas se describen las distintas Edades del Mundo que se repiten. Se describe lo sucedido al principio y al fin de la primera era; después se describen principio y fin de la segunda era y lo mismo con respecto a la tercera. Y el misterio del devenir del mundo en la era de Krishna, se caracteriza correctamente, diciendo: cuando la antigua cultura de la tercera era había quedado árida y seca, cuando ella entraba en su otoño e invierno, apareció Krishna, hijo de Vasudeva y Devaki, con la misión de sintetizar para la cuarta era, lo que como germen, como nueva semilla pudo traspasarse de la tercera a la cuarta era. Las distintas Edades del Mundo las podemos comparar a los años que en el desarrollo de la planta se suceden. Ciclos de tiempo con lo que en ellos se repite, representan el elemento esencial de las cosmovisiones orientales.

Comparemos ahora a estas cosmovisiones cuya más significativa estructura reside en que en ella no importa lo temporal, aquello que se nos presenta al

principio del Antiguo Testamento, y encontraremos, ciertamente, una considerable diferencia. Vemos que allí se manifiesta realmente un sucesivo desarrollo en el tiempo. Hay un sucesivo desarrollo a través de los siete días de la creación; por la época de ‘os patriarcas, de Abraham a Isaac y Jacob — todo es un devenir, es historia. ¡Nada se repite! No se repite, abstractamente, el primer día de la creación en el segundo; ni los patriarcas en los profetas; ni tampoco el tiempo de los Jueces en el de los Reyes, etc. Después llega el tiempo del cautiverio; en todo ello, el tiempo tiene real importancia al igual que en la vida del individuo humano. A través de todo el Antiguo Testamento, aparte de lo que se repite, se evidencia el tiempo como factor real del acontecer: es el *progreso* que como elemento peculiar entra en el relato del Antiguo Testamento. Este documento es el primer gran ejemplo de una concepción de índole histórica; y con ello el Occidente recibe el legado de la contemplación de lo histórico. Lenta y paulatinamente, la humanidad aprenda lo que en el curso del tiempo se le revela.

Empero, al darse a la humanidad nuevas revelaciones, también se produce cierto regreso a lo anterior. Al comienzo del movimiento teosófico, le fueron dadas grandes y significativas revelaciones. Sin embargo, sucedió lo curioso que desde un principio apenas surgió, en la vida teosófica, la consideración de lo histórico. De ello puede convencerse quien eche una ojeada al libro —por lo demás excelente y meritorio— *El buddhismo esotérico*, de A. P. Sinnett. Adecuados al sentir occidental son los capítulos de carácter histórico a diferencia de Otro elemento, al que puede llamarse el

"elemento no-histórico", en el cual se habla de grandes y pequeños ciclos, de sucesivas Rondas y razas, describiéndolo de tal manera como si la repetición fuese lo principal: a la segunda Ronda sigue la tercera; a una raza raíz otra raza raíz; y lo mismo con respecto a las subrazas, etc.; un mecanismo de ruedas en que lo principal estriba en la repetición; en fin, un regreso a un modo de pensar que la humanidad ya había superado. El modo de pensar que concuerda con la cultura occidental es, por el contrario, el de índole histórica. Y esto trae, como consecuencia, el justo conocimiento del centro de toda la evolución terrestre. El Oriente consideraba la evolución al igual que el desarrollo de la planta en su repetición anual; y así aparecían en los distintos períodos los grandes iniciados repitiendo, cada uno de ellos, lo anterior. En forma abstracta, se destaca principalmente que ellos no son sino la manifestación de lo Uno que de época en época se halla en evolución. El interés se centraba en describir lo que como lo mismo, está en evolución de manera igual; así como en la planta se considera la "forma", sin distinguir los años.

Por lo tanto, sin tomarlo en sentido absoluto, el Oriente no estuvo realmente interesado en hacer distinción entre la encarnación del Bodisatva de la tercera era y la de la cuarta; antes bien, la consideraba como la encarnación del "Uno". Este obedecer al Uno y la abstracta orientación hacia lo mismo, es lo que en el fondo hace de los tiempos precristianos, lo no-histórico, sin perjuicio de la consideración del aspecto histórico en el Antiguo Testamento, en el cual ese aspecto tuvo su fase preparatoria, para encontrar su perfección en el Nuevo Testamento. Lo importante es, entonces,

considerar la *línea del devenir* como un todo; no solamente considerar lo que en los distintos ciclos se repite, sino lo que constituye el centro de toda evolución. Así se justifica decir: es simplemente absurdo afirmar que no existiese semejante centro *único* del devenir.

El devenir histórico es el punto sobre el cual los distintos pueblos del orbe deberán entenderse, teniendo presente que el aspecto histórico es absolutamente necesario para la verdadera comprensión, de la evolución de la humanidad. En nuestros tiempos aún es así que si el Cristianismo, no en sentido fanático o confesional sino en su aspecto real, es llevado a Oriente, para hacerse valer objetivamente al lado de las demás religiones orientales, se le hará la objeción: "Vosotros tenéis el Dios único, el que una sola vez se incorporó en Palestina; nosotros, en cambio, tenemos muchas incorporaciones del Dios; nuestra religión es superior". Desde el punto de vista oriental, tal contestación será lo más natural; ella se relaciona con el don particular de fijarse en la repetición de lo Uno. El criterio occidental, en cambio, debe de guiarse por el hecho de que todo tiene un centro, un punto esencial. Hablar de repetidas incorporaciones del Cristo, sería tan erróneo como si se dijese: "Es absurdo pretender que una balanza necesitase un solo fiel — habría que apoyarla en dos, tres, cuatro puntos". Para comprender la evolución en su totalidad hay que buscar el *único* punto esencial, y no pensar que sería mejor buscar sucesivas incorporaciones del Cristo. Las distintas naciones y los pueblos del orbe deberán ponerse de acuerdo en que en el curso de la historia misma debió arraigarse el modo de pensar histórico, la consideración

del aspecto histórico como pensamiento digno de un ser humano, en sentido superior.

Lentamente surgió este modo de pensar, partiendo de los estados primitivos: en el Antiguo Testamento se alude primero a este devenir histórico, al destacarse, siempre de nuevo, que la esencia del antiguo pueblo hebreo se apoya en la *sangre* de Abraham, Isaac y Jacob; y que esta sangre fluye por las sucesivas generaciones, de modo que se establece una forma de descendencia sanguínea, transmisión sanguínea. Así como se nota un progreso en los sucesivos períodos de la vida del individuo, con la importancia del factor tiempo, así también lo observamos en todo el pueblo del Antiguo Testamento. Un examen más detenido, nos permitirá comparar el transcurso de las generaciones de dicho pueblo con la vida del individuo humano, en cuanto éste desarrolla normalmente en sí mismo lo intrínseco de la predisposición física. En el Antiguo Testamento se nos relata lo que sucedió por la transmisión del padre al hijo, etc., como asimismo lo que surgió como fe religiosa por el hecho de que los descendientes perseveraban en la fe de sus consanguíneos. Lo significativo que por la sangre se produce en la vida natural del individuo, se aplica a todo el cuerpo del pueblo del Antiguo Testamento. Y como en cierto modo y a su debido tiempo se manifiesta el elemento anímico del individuo, de acuerdo a su rol específico, así también —y esto es particularmente interesante— se destaca tal elemento en la evolución histórica del Antiguo Testamento.

Si consideramos la vida del niño, nos daremos cuenta que en ella predomina lo natural, las necesidades del cuerpo. Lo anímico aún está dentro del cuerpo y no

tiende a manifestarse enteramente. Impresiones agradables producen el bienestar corporal; impresiones desagradables llegan a exteriorizarse incluso en lo anímico del niño. Con el tiempo, lo anímico va sobreponiéndose paulatinamente, debido al desarrollo natural; y el hombre va llegando a una edad en que —con alguna diferencia, según el individuo, pero esencialmente después de los veinte años— cada uno desenvolverá y exhibirá verdaderamente lo anímico en sí mismo; dolores y necesidades puramente físicas ya no tendrán la misma importancia; antes bien, se manifestará la configuración anímica. Más adelante, el hombre adquiere la capacidad para atenuar el dominio de lo anímico en sí mismo; uno lo conseguirá más tarde, otro más temprano. También puede haber quien durante toda su vida exteriorice lo singular de su interioridad anímica. Pero hay, además, otros aspectos, por más que el hombre de veinte a treinta exponga su ser como si el mundo sólo hubiera esperado lo anímico que él posee. Particularmente aparecen entonces los grandes talentos espirituales como, por ejemplo, el don filosófico el cual, naturalmente, es considerado "el único sistema correcto". Con todo, puede ser que realmente salga lo justo y lo bueno. Finalmente llega el tiempo en que comenzamos a ver lo que otros pueden dar, en que esto se transforma en nosotros, en que acogemos los frutos de la época.

Análogamente a lo que es el *individuo*, el Antiguo Testamento describe todo el cuerpo del antiguo pueblo hebreo. Vemos lo que en la época de Abraham, Isaac y Jacob se desarrolla por los rasgos étnicos de este pueblo, ya que todo depende entonces de sus peculiaridades sanguíneas y raciales. Se ve claramente: hasta

determinado momento, todos los impulsos se deben a las peculiaridades étnicas. Después llega el tiempo en que dicho pueblo forma su alma, al igual que el individuo de los veinte a los treinta exhibe su ser anímico. Este es el momento en que aparece el profeta Elías; pues él es cual toda el alma singular del antiguo pueblo hebreo. Luego aparecen los otros profetas, con respecto a los cuales hemos dicho que en ellos obraban y se reunían en el pueblo hebreo las almas de los más diversos iniciados de otros pueblos. De esta manera, el alma del pueblo hebreo escucha lo que las almas de aquellos otros pueblos tenían que decirle. Lo que venía de Elías y, a través de los otros profetas, de las almas de otros pueblos, forma en su conjunto una grandiosa armonía, una verdadera sinfonía.

El cuerpo del antiguo pueblo hebreo llega así a su madurez y, en cierto sentido, muere, acogiendo en su fe, en su confesión, únicamente lo *espiritual*, lo que le queda espiritualmente, tal como lo vemos en el maravilloso relato sobre los macabeos. En este relato aparece en su vejez el pueblo del Antiguo Testamento, el pueblo que se retira para descansar, pero que por los hijos de los macabeos expresa espontáneamente la conciencia de lo eterno del alma humana. La "eternidad del individuo" se nos presenta como la conciencia del pueblo. Y ahora, al perecer el cuerpo del pueblo mismo, es como si esta alma, como alma-semilla, quedase en una forma totalmente nueva. ¿Dónde está ella, esta alma?

Esta alma de Elías, al penetrar y vivir en el Bautista, es, al mismo tiempo, el alma del pueblo del Antiguo Testamento. Después del encarcelamiento y la decapitación por Herodes del Bautista, ¿qué es lo que sucede en cuanto a esta alma? Ya hemos hablado de ello.

Esta alma se independiza; al dejar el cuerpo, sigue actuando cual un *aura*; y en su esfera penetra el Cristo Jesús. ¿Pero *dónde* hállase esta alma de Elías, alma de Juan el Bautista? El Evangelio de Marcos alude claramente a ello: el alma del Bautista y de Elías se convierte en el alma grupal de los doce; sigue viviendo en los doce. El Evangelio alude a este hecho de un modo singular, de una manera artística. Antes de hablar de la muerte del Bautista, se describe cómo, por un lado, el Cristo enseña a la multitud y cómo por otra parte, habla a sus discípulos. Ya nos hemos referido a esto. Pero esto cambia al librarse del Bautista el alma de Elías para convertirse en el alma grupal de los doce. A esto alude claramente el Evangelio, pues el Cristo exige ahora de sus discípulos una comprensión superior. Y ¿*qué* es lo que debieran comprender y que El les reprende por no comprenderlo? Hay que leer la Biblia con toda atención. De un aspecto ya hemos hablado: de la multiplicación de los panes, cuando Elías está con la viuda de Sarepta, y de la otra multiplicación de los panes después de librarse del Bautista el alma de Elías. Pero ahora el Cristo exige que sus discípulos comprendan ante todo el sentido de tal multiplicación. Antes no les había hablado con tales palabras. Pero ahora, para hacerles comprender el destino de Juan el Bautista después de su decapitación; el partir de los cinco panes entre cinco mil, donde los pedazos se juntan en *doce* espuertas; asimismo, el partir de los siete panes entre cuatro mil, donde los pedazos se juntan en siete espuertas; el Cristo les dice:

> ¿No consideráis, ni entendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? Teniendo ojos, no

> veis, y teniendo oídos, no oís; y no os acordáis, cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas espuertas llenas de los pedazos alzasteis? Y ellos dijeron: doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿Cuántas espuertas llenas de los pedazos alzasteis? Y ellos dijeron: siete. Y les dijo: ¿Cómo aún no entendáis? (Marcos 8, 17.21.)

Les reprende severamente el que ellos no comprenden el contenido de estas revelaciones, porque El piensa: "El espíritu de Elías que se ha librado vive ahora en vosotros, y vosotros debéis ser dignos de penetrar con vuestra comprensión en su alma, para comprender cosas superiores de las que antes habíais comprendido". Cuando Cristo Jesús hablaba a la multitud, se servía de parábolas, de imágenes, porque en esas gentes todavía se expresaba la resonancia de quienes en sus imaginaciones habían visto lo suprasensible; de modo que a la multitud hablaba de la misma manera como habían hablado los antiguos clarividentes. Pero en forma socrática, es decir según la razón común, lo interpretaba a los que del pueblo del Antiguo Testamento surgieron como sus discípulos. Para ellos pudo hablar dirigiéndose a un órgano nuevo, a lo que para la humanidad llegaba a ser lo corriente después de extinguirse la antigua clarividencia. Por haberse unido con los doce el espíritu de Elías, compenetrándolos como alma grupal, como su aura común, ellos llegaron, o pudieron, en un sentido superior, llegar a ser clarividentes; iluminados por el espíritu de Elías-Juan pudieron ver, los doce conjuntamente, lo que

individualmente no les fue posible alcanzar. Para esto quiso educarlos el Cristo. ¿Para *qué* entonces?

¿Qué significa, en el fondo, ese relato de la "multiplicación de los panes"? Una vez, repartiendo cinco panes entre cinco mil personas — lo que sobra, llena doce espuertas; la otra vez, repartiendo siete panes entre cuatro mil — lo que sobra, llena siete espuertas. A los exegetas, estos capítulos siempre les han dado que pensar. Actualmente, se han puesto de acuerdo y dicen: "Pues bien, esas gentes habían llevado pan consigo; y al haberse recostado desenvolvían lo que habían traído". Y esto lo dicen incluso quienes fielmente quieren atenerse al Evangelio. Considerándolo de esta manera superficial, todo se reduce a una añadidura o ceremonia exterior; y no se sabe para qué figura en el evangelio. Naturalmente, tampoco hay que pensar en magia negra, ya que producir de cinco o siete panes suficiente cantidad de pan, sería realmente magia negra. No se trata ni de esto ni de aquello, sino de un hecho singular. Al interpretar los otros Evangelios, ya me he referido a esto; y el Evangelio mismo señala claramente de qué se trata: "Y los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. Y El les dijo: Venid vosotros aparte al lugar desierto, y reposad un poco". (Marcos, 6, 30-31.)

Hay que prestar especial atención a estas palabras. Cristo Jesús hace pasar a los apóstoles a un *lugar desierto*, para descansar un poco; esto quiere decir, para que ellos se pongan en el estado que sobreviene a quien se retira a la soledad. ¿Y qué es lo que perciben en ese otro estado? Ellos son conducidos a una especie de *nueva clarividencia* que les es dada porque en ellos penetra el

espíritu Elías-Juan. Hasta ese momento, Cristo les había interpretado las parábolas; ahora les procura una nueva clarividencia; y ésta les permite ver la evolución de la humanidad en grandiosas imágenes. Ellos ven que los *hombres del futuro* paulatinamente llegarán a realizar el impulso del Cristo. La doble transformación del pan los discípulos la percibieron *en espíritu*. ¡Fue un acto de clarividencia! Y como tal tuvo la característica de cualquier acto clarividente: para el desacostumbrado, se desliza rápidamente; y por ello los discípulos tardan en comprenderlo.

En las conferencias que siguen hemos de ocuparnos, cada vez más extensamente, de lo que en sentido espiritual nos revela el Evangelio de Marcos: que los relatos pasan de lo sensible exterior, a la descripción de aspectos clarividentes, y que no comprendemos el Evangelio sino concibiendo su contenido desde el punto de vista de la investigación espiritual.

Si consideramos lo que sucede después de la decapitación de Juan, y si tenemos presente el impulso del Cristo que obra en el mundo, resulta que para la percepción sensoria exterior, el Cristo mismo aparece, por de pronto, como personalidad solitaria con poca posibilidad de obrar. Pero a la mirada clarividente de nuestro tiempo se añade el factor *tiempo*: el Cristo no se reúne únicamente con los que en aquel tiempo estuvieron con El en Palestina, sino también con los que surgirán de todas las generaciones posteriores. Todos ellos se reúnen en torno suyo; y lo que El les puede dar, lo da para miles y miles de seres humanos. De esta manera los apóstoles perciben el obrar del Cristo: partiendo de entonces y, por espacio de milenios, extendiendo espiritualmente el

impulso *a las perspectivas de todo el porvenir*; reuniéndose con El todos los hombres del futuro. ¡Esto lo perciben los discípulos! Es un proceso en el cual ellos se hallan espiritualmente unidos a El, de una manera particular.

Tengamos pues presente que en adelante el aspecto espiritual va a evidenciarse en los relatos del Evangelio de Marcos; y en las conferencias que siguen veremos *cómo* el Evangelio, cada vez más, se acrecienta. Por ahora deseo llamar la atención sobre una escena que no se comprende sino por la investigación científico-espiritual. Es la escena que sigue casi inmediatamente a la que acabamos de considerar.

> Y salió Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles:¿ Quién dicen los hombres que soy yo? Y ellos respondieron Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. Entonces El les dice: Y vosotros, ¿quién decís que yo soy? y respondiendo Pedro, le dice: Tú eres el Cristo. Y les apercibió que no hablasen de El a ninguno. Y comenzó a enseñarles, que convenía que el Hijo del Hombre padeciese mucho, y ser reprobado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Y claramente decía esta palabra. Entonces Pedro le tomó, y le comenzó a reprender. Y El, volviéndose y mirando a sus discípulos, riñó a Pedro, diciendo: Apártate de mí, Satanás; porque no sabes las cosas que son de

Dios, sino las que son de los hombres. (Marcos 8, 27-33.)

¡Un problema harto difícil para la investigación de los Evangelios! Porque en realidad, si no se pasa al campo de la investigación espiritual, no se comprenderá nada. Cristo pregunta a los discípulos "Quién dicen los hombres que soy yo?" Y ellos responden: "Algunos dicen, Juan el Bautista". ¡Si poco antes Juan había sido decapitado! Y Cristo ya había enseñado cuando Juan Bautista aún vivía. Sería absurdo tener al Cristo por Juan Bautista, si éste todavía vive. Si la gente dice Elías u otro de los profetas, esto podría pasar. Ahora bien, Pedro dice "Tú eres el Cristo", esto es que expresa algo grandioso, lo que sólo lo más sacro de su ser puede pronunciar. ¡Y pensar que poco después el Cristo le dijera: "Satanás, apártate de mí; dices algo que no es de Dios, sino de los hombres"! ¿Es comprensible que después de que Pedro había pronunciado cosas tan grandiosas, el Cristo le reprendiera y le dijera "Satanás"? ¿Y es comprensible lo anterior: "Y les apercibió que no hablasen de ello a nadie? Esto quiere decir: no digáis a nadie que Pedro me tiene por el Cristo. Después se dice: "Y comenzó a enseñarles, que convenía que el Hijo del Hombre padeciese mucho, y ser reprobado, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Y claramente decía esta palabra". Y al reprenderle Pedro, le llama "Satanás". Y se nos dice —esto es lo más extraño de todo— "Y salió Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo", etc.— siempre se describe que ellos le hablan, y después nuevamente: "Y comenzó a enseñarles", etc.; pero luego se agrega: "volviéndose y mirando a sus

discípulos, riñó a Pedro". Si antes se decía que El habló y les enseñó, ¿hemos de pensar que todo lo hizo de espaldas a ellos? Si El se volvió y miró a sus discípulos, ¿es que había estado de espaldas a ellos, hablando al aire?

En total: en este solo pasaje, un montón de cosas incomprensibles; y es extraño que semejante hecho se acepte sin que realmente se busque una explicación verdadera. En las interpretaciones corrientes, o se pasa rápidamente por semejantes pasajes, o se arguye lo más curioso.

Consideremos un solo aspecto. Después de la muerte de Juan Bautista, cuando el alma de Elías-Juan se había convertido en alma grupal de los discípulos, se habla del primer "milagro", cuyo sentido comprenderemos cada vez mejor. Luego sigue en el Evangelio un pasaje totalmente incomprensible en que se describe que Cristo Jesús pregunta a sus discípulos: "¿Qué cree la gente acerca de lo que ahora sucederá?" Creo que es correcto formular la pregunta así, porque la gente ante todo quería saber el porqué de lo que entonces sucedía. A lo que los discípulos responden: "La gente piensa que anduviese (si cabe emplear un término trivial) Juan el Bautista, o Elías, u otro profeta; y esto sería la causa de los hechos que se observaban". Y el Cristo pregunta: "¿*vosotros* qué creéis que sería la causa de las cosas que suceden?" Y Pedro responde: "Todo tiene su origen en que tú eres el Cristo". Con este conocimiento, Pedro se calificó a sí mismo (en el sentido del Evangelio) como el punto en que converge la evolución de la humanidad. Tengamos presente lo que Pedro realmente decía.

En los sagrados Misterios, los grandes conductores de la humanidad, los iniciados de los tiempos antiguos, fueron conducidos hasta el último acto de la iniciación. Ellos llegaron ante el portal de la muerte, se sumergieron en los elementos y, después de haberse encontrado fuera de su cuerpo, durante tres días, en los mundos suprasensibles, se convirtieron, como iniciados, en mensajeros y predicadores de los mundos superiores. Todos los grandes conductores de la humanidad habían llegado a la iniciación de esta manera. Pero ahora sucede que Pedro dice: "Tú eres el Cristo", esto es, Tú eres el conductor que *no* ha pasado por los Misterios, sino que ha venido del Cosmos y que ahora es conductor de la humanidad. Por un acto histórico —una sola vez— se dirige al plano terrenal lo que, en otros tiempos y de otra manera, había tenido lugar por la iniciación. Pero el hecho de que Pedro lo dijera, fue de inmensa significación. Por ello en ese momento se le debía decir: "Esto es algo que no debe divulgarse; es algo de que las más sagradas leyes antiguas imponen que debe quedar en misterio. De los misterios no se debe hablar".

El profundo sentido de la ulterior evolución de la humanidad reside en que por el Misterio de Gólgota apareció sobre el plano de la historia universal lo que antes sólo había tenido lugar en las profundidades de los Misterios. Por lo acontecido sobre Gólgota: el estar durante tres días en el sepulcro y el ser resucitado; por este hecho histórico tuvo lugar sobre el plano terrenal lo que antes sólo había sucedido en la oscuridad de los Misterios. Dicho de otro modo: para lo que había sido una ley sagrada, el deber de guardar el secreto del Misterio, había llegado el momento de removerlo. La

humanidad había estatuido la ley de guardar el secreto de los Misterios; pero por el Misterio de Gólgota éstos debieron revelarse abiertamente. ¡Fue una decisión tomada en el alma de Cristo! La suprema decisión histórica universal, al decidirse: lo que antes según una ley humana, debía quedar oculto, debe ahora revelarse ante los ojos del mundo, ante la historia universal.

Representémonos el instante de un reflexionar histórico del Cristo, un instante histórico universal en que el Cristo llega a decirse: "Mi mirada abarca toda la evolución de la humanidad; sus leyes me impiden hablar de la muerte y la resurrección, del resucitarse; me impiden hablar del sagrado misterio de la iniciación. ¡ No! Si los dioses me enviaron a la Tierra para revelarlo: no he de atenerme a lo que dicen los hombres; ¡debo guiarme por lo que dicen los dioses!" En ese instante se prepara la decisión de revelar el secreto de los Misterios. El Cristo debe arrojar de su alma la indecisión que podría sobrevenir por hacer reinar en la evolución las leyes humanas. "Vete indecisión! ¡Crece en mí! decisión de revelar ante toda la humanidad lo que hasta ahora se había conservado dentro de los Misterios." Para decidirse y para rechazar lo que podría volverle indeciso, el Cristo dice: "Vete!" Y en ese momento se propone a llevar a cabo sobre la Tierra lo encomendado por su Dios.

En este pasaje se trata del monólogo más grandioso de la historia universal y de toda la evolución terrestre: el *Monólogo del Dios* sobre la revelación del secreto de los Misterios. Y no hemos de extrañarnos de que para el intelecto humano esto no sea muy fácil de comprender, y que debemos profundizar la investigación

si queremos ser dignos de comprender este monólogo del Dios por el cual el actuar del Dios sigue su curso.

## VII

## LA EVOLUCION DEL YO HUMANO LA IMAGEN DE GOLGOTA

En las consideraciones referentes a cada uno de los Evangelios convendría, ciertamente, abstenerse en cada caso de tomar en cuenta el contenido de los otros Evangelios; pues de tal manera se alcanzaría la mejor y más pura comprensión en cuanto a lo particular de cada uno de ellos. Sin embargo, también es de suponer que con semejante método, es decir si de un Evangelio sobre los otros no se arrojara ninguna luz, fácilmente podrían surgir malentendidos; por ejemplo, si por lo expuesto con relación al "más grandioso monólogo de la historia universal", alguien quisiera remitirse —en tal caso superficialmente— a lo que hemos dicho anteriormente con respecto a un pasaje similar en el Evangelio de Mateo. En sentido lógico tal objeción sería comparable a un decir: "hubo una vez sobre este estrado un hombre, y a su lado izquierdo un ramo de rosas"; y otra vez se diría: "hubo una vez sobre este estrado un hombre, y a su lado derecho, un ramo de rosas"; y si una persona ajena a lo ocurrido objetara: "no fue así, sino que la primera vez el ramo de rosas se hallaba del lado derecho, y la otra vez, del lado izquierdo". En tales casos, según la ubicación en que se encontraba el observador, ambas afirmaciones pueden ser correctas. Lo mismo ocurre con los Evangelios. En ellos no se trata de una biografía abstracta del Cristo Jesús, sino de un extenso panorama de hechos exteriores como asimismo de hechos ocultos. Contemplemos ahora, desde tal punto de vista, lo que en

la conferencia anterior hemos llamado el "más grandioso monólogo de la historia universal", el monólogo del Dios.

Hemos de tener presente que todo lo sucedido, principalmente tuvo lugar entre el Cristo Jesús y sus íntimos discípulos. También hay que tener muy en cuenta que en un sentido real el espíritu de Elías, después de haberse librado del cuerpo físico de Juan el Bautista, obró cual un alma grupal de los discípulos. Todo lo sucedido tuvo lugar de una manera que no es posible describir exteriormente no más, sino que se desarrolló de un modo mucho más complicado. En cierto sentido hubo una profunda correlación entre el alma de Cristo y el alma de los doce. Lo que en el alma de Cristo se desarrollaba, eran prodigiosos y múltiples procesos de un profundo significado para aquel tiempo. Además, en cierto modo, todo se desarrolla. ha una vez más, como una imagen de reflejo, en el alma de los discípulos, pero dividido en doce partes, de modo que en cada uno de ellos vivía, como una imagen de reflejo, una parte de lo que vivía en el alma del Cristo Jesús; pero una imagen distinta en cada uno de ellos. Lo sucedido en el alma de Cristo, cual una gran armonía, o sinfonía, se reflejaba en el alma de cada uno de los doce de un modo similar a lo que un instrumento dentro del conjunto de doce puede dar. Por esta razón, es posible describir de dos maneras distintas, cualquier hecho relacionado con uno o varios de los discípulos: Puede describirse cómo tal hecho, por ejemplo el monólogo histórico universal, existía en el alma de Cristo; esto es, como lo hemos explicado en la conferencia anterior. Pero todo eso también tenía lugar, como cierta imagen de reflejo, en el alma de Pedro. Sin

embargo, mientras esta experiencia abarca *todo* el ser humano de Pedro, ella existe en Cristo Jesús de manera tal que comprende la *duodécima parte* de todo lo humano del Cristo; la duodécima parte, o sea lo correspondiente a un signo del zodíaco, de la totalidad del Espíritu de Cristo. Por lo tanto, para describir este hecho con relación al *Cristo Jesús mismo*, hay que hacerlo de una manera distinta. Y esto es lo particular del Evangelio de Marcos, porque en él se describen las cosas trascendentales, principalmente lo sucedido en el alma de Cristo Jesús mismo. En el Evangelio de Mateo, en cambio, se describe más bien lo que se refiere al alma de *Pedro* y lo que el Cristo contribuye para explicar lo sucedido en el alma de Pedro. Leyéndolo atentamente, se notará, por las palabras especialmente agregadas, que La descripción que se da en el Evangelio de Mateo, considera el lado de Pedro. No es en vano que allí se agregasen las palabras: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos". Con otras palabras: el alma de Pedro siente algo de lo que sintió el alma de Cristo Jesús. Pero este sentimiento de Pedro de que Cristo es su maestro, significa que, por unos instantes, Pedro es elevado a un vivenciar en el yo superior y conmovido por lo que experimenta de esta manera — pero luego, en cierto sentido, recae. De todos modos, había penetrado hasta conocer lo que, con otra intención, con otro fin, tuvo lugar en el alma de Cristo. Por haber sido capaz de vivenciarlo, se le dan a Pedro las llaves del reino de los cielos, según el Evangelio, hecho del cual hemos hablado al dar las explicaciones acerca del Evangelio de Mateo. En cambio, en el Evangelio de

Marcos, únicamente hemos destacado las palabras que indican que aquel acontecimiento, aparte de lo que fue en Pedro, paralelamente tuvo lugar como el *Monólogo del Dios*.

Si estas cosas las tomamos en tal sentido, sentiremos cómo el Cristo procede con los condiscípulos, conduciéndolos paso a paso hacia arriba, de modo que después de unirse con ellos el espíritu de Elías-Juan, ellos pueden dar un paso más en la comprensión de los secretos espirituales. También llegaremos a sentir el significado de que, a lo que hemos llamado el monólogo del Dios, sigue la escena de la *glorificación* o *transfiguración*. Esta es otra composición dramática en el Evangelio de Marcos. Para arrojar luz sobre la "glorificación", hemos de referirnos a varios aspectos relacionados con cuanto se requiere para la comprensión de los Evangelios. Empecemos con uno de ellos.

Tanto en el Evangelio de Marcos como así también en los otros, se hace mención de que el Cristo dice que el Hijo del hombre deberá sufrir mucho, y que será atacado por los escribas y los príncipes de los sacerdotes; que será muerto y resucitará después de tres días. Y hasta determinado punto siempre se alude claramente a que los apóstoles tienen dificultad de comprender este modo de hablar del sufrimiento, de la muerte y la resurrección del Hijo del hombre. ¿Por qué este hecho extraño, esa dificultad de los apóstoles para comprender verdaderamente el Misterio de Gólgota? ¿Qué es, en el fondo, este "Misterio de Gólgota"? Ya lo hemos dicho: no es sino el llevar la iniciación, desde las profundidades de los Misterios, al plano de la historia del mundo. Naturalmente, hay una diferencia muy

importante entre cualquier iniciación y el Misterio de Gólgota; y esta diferencia reside en lo siguiente.

Quien en los Misterios de los distintos pueblos recibía la iniciación, en cierto modo había pasado por lo mismo; esto es, había pasado por el sufrimiento, por una muerte "aparente" durante tres días, con su ser espiritual, fuera de su cuerpo, en los mundos espirituales; y finalmente el espíritu volvía al cuerpo, recordando entonces lo que había experimentado en el mundo espiritual, de modo que era un mensajero de los secretos del mundo espiritual. Podemos decir que la iniciación se realiza por un encaminarse hacia la muerte, si bien no a la muerte en que el espíritu se separa totalmente del cuerpo físico, sino durante cierto tiempo; un hallarse fuera del cuerpo y un volver al cuerpo físico, convirtiéndose en mensajero de los secretos divinos. Esta iniciación se realizaba después de una escrupulosa preparación que al iniciando le procuraba el fortalecimiento de las fuerzas del alma para poder vivir durante tres días y medio sin usar los instrumentos del cuerpo físico. Pero al cabo de los tres días y medio debía volver a unirse con su cuerpo físico. En cierto modo, todo lo había experimentado por un alejamiento a un mundo superior, apartado del acontecer histórico común.

Distinto en su naturaleza interior, si bien similar en su apariencia exterior, fue el Misterio de Gólgota. Lo acontecido durante la permanencia del Cristo en el cuerpo de Jesús de Nazareth, efectiva. mente conducía a que había de producirse la muerte física de Jesús, permaneciendo el espíritu del Cristo, durante los tres días, fuera del cuerpo físico, pero volviendo — no al cuerpo físico, sino al *cuerpo etéreo*, y éste densificado a

tal grado que los discípulos pudieron percibirlo, como esto se relata en los Evangelios: de modo que el Cristo anduvo y fue perceptible, después del acontecimiento de Gólgota. Con ello se cristalizó como acontecimiento único e histórico ante toda la humanidad, la iniciación que antes, substraída a la percepción exterior, había tenido lugar en la profundidad de los Misterios. En cierto modo, la iniciación quedó fuera de los Misterios, cumplida por el Cristo ante los ojos del mundo. Pero con esto se constituye el fin *del mundo antiguo* y el *comienzo del tiempo nuevo*.

Por lo expuesto con relación a los profetas hemos visto que lo que por el espíritu de ellos al antiguo pueblo hebreo fue dado, se distinguía del espíritu de la iniciación de los otros pueblos; éstos tenían conductores iniciados quienes habían recibido la iniciación de la manera que ahora hemos explicado. En el antiguo pueblo hebreo no fue así, quiere decir que las iniciaciones no fueron de la misma índole como en otros pueblos sino que hubo, como ya lo hemos explicado, un surgimiento elemental del espíritu en los cuerpos de quienes aparecieron como profetas, algo parecido a un aparecer de "genios de la espiritualidad". Esto lo vemos en los profetas del tiempo medio en los cuales aparecen, en el pueblo hebreo, las almas que en encarnaciones anteriores fueron iniciados en los otros pueblos; y lo que ellos dieron al pueblo hebreo, lo vivenciaron como una rememoración de lo recibido en su antigua iniciación. De modo que en el pueblo del Antiguo Testamento, la irradiación de la vida espiritual fue distinta de la que fue en los otros pueblos; en éstos, lo espiritual penetraba por la acción, o sea por la iniciación; en el pueblo hebreo, por los dones

implantados a quienes actuaban como profetas de dicho pueblo. Por esta actuación de sus profetas, el pueblo hebreo se preparó para la realización de aquella singular iniciación la que ya no fue la iniciación de un hombre, sino de una individualidad *cósmica*, si allí cabe hablar de "iniciación", pues en realidad esto ya no es correcto. Con esto el antiguo pueblo hebreo *se preparó* para recibir lo que debió reemplazar la antigua iniciación: *formarse la justa apreciación del Misterio de Gólgota*. Pero esto también explica el porqué los apóstoles, quienes pertenecen al pueblo del Antiguo Testamento, al principio no comprenden las palabras que caracterizan la *iniciación*. Cristo Jesús habla de la iniciación, expresándose así: encaminarse hacia la muerte, hallarse durante tres días en el sepulcro, y resucitar. Así se describe la iniciación; pero los doce no lo comprenden porque no están acostumbrados a esta manera de hablar.

Con estos hechos damos una descripción espiritual histórica de lo realmente sucedido. El antiguo iniciado, al experimentar su iniciación se hallaba fuera de su cuerpo, en un mundo superior, no en el mundo de la existencia sensorial común; estaba unido con los hechos de un plano superior. Al volver a su cuerpo, poseía como recuerdo lo vivenciado, libre de su cuerpo, en el mundo espiritual. De modo que debía hablar así: "Recuerdo, tal como uno se acuerda de lo vivenciado ayer o anteayer, mis experiencias en el estado libre del cuerpo". Se convertía en testigo de tales experiencias. Esto fue lo esencial: que el alma de aquellos iniciados había acogido los secretos de los mundos espirituales, así como el alma posee el recuerdo de lo ayer vivenciado. Y así como el alma está unida con sus recuerdos, así también los

iniciados poseían y estaban unidos con los secretos de los mundos espirituales.

¿Por qué fue así?

Porque hasta el tiempo del Misterio de Gólgota el alma humana terrenal no poseía la aptitud de vivenciar *en el yo* los reinos de los cielos, los mundos suprasensibles; éstos no podían unirse con el yo. El hombre únicamente penetraba en los mundos suprasensibles si por medio de la antigua clarividencia llegaba, *más allá de sí mismo*, a percibir o a vislumbrar lo espiritual; mas *dentro del yo* no poseía la comprensión o el discernimiento referente a los mundos superiores. *Antes* del Misterio de Gólgota, mediante sus fuerzas pertenecientes al yo, el hombre no pudo unirse con los mundos espirituales.

He allí el secreto que, por el bautismo en el Jordán el hombre debió llegar a comprender que había llegado el tiempo en que los reinos de los cielos debían penetrar con su luz hasta el *yo terrenal*. Para el hombre de los tiempos antiguos, con lo que él experimentaba en su alma, no le había sido posible ascender a los mundos suprasensibles. En cierto sentido no había armonía entre el vivenciar del mundo espiritual como verdadera patria del hombre y lo que él experimentaba en su interior. La interioridad humana se hallaba separada del mundo espiritual, sin unirse con él, sino en estados excepcionales. Empero, ¿qué es lo que sucedió cuando por la iniciación o por el recuerdo de una iniciación adquirida en una encarnación anterior, toda la potencia y todos los impulsos de lo que más tarde iba a ser el "yo" del hombre, se manifestaban y compenetraban toda la individualidad humana, quiere decir, cuando, por la

potencia del yo, este yo que todavía no estaba destinado para la corporalidad humana, compenetraba, no obstante, como fuerza activa esta corporalidad?

Muchas veces se alude a lo que en tales casos sucedió: en semejantes casos, en tiempos precristianos, la fuerza que sobrepasa la corporalidad humana, en cierto modo no tiene cabida en el yo, y entonces *quiebra* lo destinado para el yo. Estos hombres quienes del mundo suprasensible llevan en sí mismos un exceso, algo que en el tiempo precristiano ya anticipa lo que más tarde iba a ser el yo, *quebrantan* con esa fuerza del yo su corporalidad, porque en los tiempos precristianos, tal poder del yo es demasiado fuerte. A esto se alude, por ejemplo, diciendo que en ciertas individualidades, en las cuales obra este poder del yo, éste únicamente puede habitar en ellas si el cuerpo es, de alguna manera o en algún punto vulnerable; y esto le expone más al mundo circundante de lo que para el resto de su cuerpo sería el caso. Pensemos, al respecto, en la vulnerabilidad de Aquiles, de Sigfrido o de Edipo, donde la potencia del yo quiebra la corporalidad. Este hecho de la vulneración nos dice que únicamente un cuerpo quebrado concuerda con la grandeza y el poder sobrehumano del yo que lo habita.

La importancia y el significado de esta verdad nos serán tanto más comprensibles si la formulamos de otra manera. Supongamos que algún hombre del tiempo precristiano (aunque no con plena conciencia) estuviese compenetrado de todos los impulsos y de todas las fuerzas que más tarde vivirían en el yo, y que con esta "sobreabundante fuerza del yo" él se sumergiera en su cuerpo: este hombre debería quebrar el cuerpo y no lo vería como es este mismo cuerpo cuando en él se halla el

yo débil, o la interioridad débil. Lo vería cambiado, este hombre del tiempo antiguo, al haber empleado toda la fuerza del yo para estar fuera de su cuerpo; y a éste lo vería como cuerpo *quebrantado* bajo la influencia del sobre-yo; lo vería con heridas en distintas partes, porque en los tiempos antiguos no fue sino el yo débil, la interioridad débil que impregnaba el cuerpo tan débilmente que éste se mantenía intacto.

Lo que acabo de explicar figura también en los libros de los profetas, donde se formula aproximadamente como sigue: Al encontrarse el hombre que reúne en sí mismo toda la fuerza de la yoidad, frente al cuerpo humano, lo percibe herido y perforado, puesto que la fuerza superior del yo, que en los tiempos antiguos aún no pudo habitar la interioridad humana, hiere y perfora el cuerpo. Este impulso se manifiesta y obra en la evolución de la humanidad porque en el tiempo precristiano, debido a la influencia luciférica y arimánica, hubo que darle al hombre un volumen del yo más reducido de lo que la plenitud del yo abarca. Y el cuerpo se desmorona porque sólo es apropiado para el volumen reducido, no para toda la fuerza del yo. Por esta misma causa — no porque ello acontece en el tiempo precristiano, sino porque en la corporalidad del Cristo Jesús penetra de una vez la plenitud del yo, toda la fuerza de la yoidad; es por ello que esta corporalidad debió presentarse no con una sola herida (como esto había sido en otras individualidades de un sobre- yo) sino con *cinco heridas* en concordancia con el sobrepasar de la plenitud del yo humano de la entidad de Cristo, sobre la adecuada forma corporal. A causa de este sobrepasar debió erigirse sobre el plano físico de la historia universal la cruz con el

cuerpo del Cristo, haciendo evidente cómo sería el cuerpo humano si una vez en él habitara toda la magnitud humana, de la cual, por la influencia luciférica y arimánica, el hombre ha perdido gran parte.

He aquí un profundo misterio que la ciencia oculta nos señala como la verdadera imagen de Gólgota. Y el que comprende la naturaleza de lo humano, el yo terrenal y su relación con el cuerpo humano, también sabe que éste, en su estado normal no permite la total compenetración con aquél, sino que el hombre, desde fuera de su ser y contemplándose a sí mismo, puede preguntar: "Cómo tendría que ser este cuerpo, si en él penetrara *toda la yoidad*?" y lo vería entonces con cinco heridas. De la misma naturaleza humana terrenal resulta la imagen de Gólgota, de la cruz con el Cristo y las heridas. No solamente por la clarividencia que naturalmente nos permite contemplar el erigir de la cruz de Gólgota, la crucifixión y la verdad de este hecho histórico, sino que también es posible acercarnos con la *razón* humana al Misterio de Gólgota y que, si usamos esta razón humana con la debida sutileza y sagacidad, ella se transforma en imaginación, en imagen que contiene verdad; y en base a la comprensión de la naturaleza del Cristo y su relación con el cuerpo humano, nuestra fantasía es conducida a la imagen de Gólgota- Así se explica que pintores cristianos de los primeros tiempos, sin ser clarividentes, sino por la fuerza del conocimiento del Misterio de Gólgota, llegaban a formarse la imagen correspondiente, para poder pintarla. En el comienzo de la nueva era de la evolución de la humanidad, sucedió que *desde la clarividencia*, el *yo en el alma* humana fue conducido a la comprensión de lo

que es la entidad del Cristo, es decir el *Yo Primordial* del hombre.

Veremos cómo la clarividencia hace posible percibir, desde fuera del cuerpo, el Misterio de Gólgota.

El que dentro de su cuerpo logra relacionarse con el Misterio de Gólgota, podrá percibir en los mundos superiores, también en nuestro tiempo, el Misterio de Gólgota; y con ello *verá* la plena confirmación de este gran punto central de la evolución de la humanidad. Pero también es posible *comprender* este Misterio; y la posibilidad de tal comprensión debiera resultar de las palabras que acabo de pronunciar. Pero también es cierto que se deberá meditar y reflexionar profundamente, y durante mucho tiempo, sobre lo que se ha dicho. Y si alguien tuviera la sensación de que lo expresado es difícil de comprender, habría que reconocer lo justificado de tal sentimiento, ya que, naturalmente, lo que puede conducir al alma humana a la plena comprensión de lo supremo, de lo más grandioso y lo más importante de todo lo acontecido sobre la Tierra, esto es algo que pertenece a lo más difícil de alcanzar. En cierto sentido los discípulos debieron ser conducidos, paso a paso, a una nueva comprensión de la evolución de la humanidad y. de entre ellos, Pedro, Jacobo y Juan resultaron ser los más idóneos. La importancia del período durante el cual tuvo lugar el Misterio de Gólgota debe contemplarse desde los más diversos puntos de vista; y todo cuanto la comprensión humana puede aprehender ha de confluir para comprender el hecho más importante el cual — llegando a su madurez en los siglos que lo precedieron, profundizándose en la época del Misterio de Gólgota, y luego preparando y condicionando la ulterior evolución

de la humanidad— tuvo lugar en aquel tiempo. Y los hechos correspondientes pueden observarse no solamente en Palestina donde el acontecimiento de Gólgota se realizó, sino también en otros puntos de la tierra. Si bien en ellos no tuvo lugar el acontecimiento mismo, podemos observar, no obstante, el descender y volver a ascender de la humanidad, su elevarse, debido a los efectos del Misterio de Gólgota, a través del mundo occidental. Principalmente observamos el descender; y es interesante observar cómo se produce el descender de la humanidad.

Consideremos, una vez más, el escenario griego para ver cómo allí se desarrollaron las cosas, medio milenio antes del acontecimiento de Gólgota. Allá en Oriente, donde había aparecido Krishna, la evolución, en cuanto a la declinación de la antigua clarividencia, en cierto sentido habíase adelantado a la época. Hay algo curioso justamente en la cultura de la India. En los primeros tiempos post- atlantes se produce y florece en la India la primera cultura, durante la cual aún existía para el alma humana la más pura visión del mundo espiritual; visión que en los Rishis se unía con la maravillosa posibilidad de expresar lo percibido, de modo que ello, antes de desaparecer, se conservaba eficientemente para los tiempos posteriores. Al terminar el tercer período cultural, la clarividencia como tal habíase extinguido; mas a Krishna y sus discípulos se debe la transmisión a maravillosas palabras y su conservación como escritura de los hechos de las visiones. Pero jamás sucedió en la India lo que más al Oeste, en Grecia, tuvo lugar. Si consideramos correctamente el mundo indio, podemos decir: la antigua clarividencia se extingue, pero individualidades, de las cuales Krishna es la más

prestigiosa, escriben con palabras maravillosas lo que antes la clarividencia había percibido; esto existe entonces como palabra escrita en el Veda, y quien medita su contenido, experimenta en el alma la resonancia. Pero no se produce en el alma india lo que surgió en Sócrates o en otros filósofos, esto es, lo que llamamos "razón occidental, discernimiento occidental". En la India no surge de modo alguno lo que hoy consideramos como fuerza del yo en el sentido propio de la palabra; y debido a ello, al haberse extinguido la antigua clarividencia, se manifiesta inmediatamente la inclinación hacia el yoga; el ascender, por el ejercicio, a los mundos que de una manera natural se habían perdido. El yoga conduce a la clarividencia artificial y, bien mirado, la filosofía yoga toma inmediatamente el lugar de la antigua clarividencia, sin que entre ésta y aquélla apareciera lo que surge, por ejemplo, en la puramente racional filosofía griega. Y si consideramos el Vedanta de Viasa, podemos decir: no tiene la característica de las concepciones occidentales en las cuales predominan las ideas y la razón, sino que en cierto modo es traído de los mundos superiores, pero expresado en palabras humanas; no adquirido por conceptos humanos; no ideado como el elemento socrático o platónico, sino acogido por la visión clarividente.

No es fácil llegar a la plena claridad sobre estas cosas; no obstante hay una posibilidad de experimentar la diferencia. Tomemos cualquier libro de filosofía, algún sistema filosófico occidental y preguntemos cómo ha sido concebido lo que actualmente puede llamarse "filosofía". Observando cómo trabaja un hombre que seriamente puede llamarse "filósofo", veremos que esos

sistemas se obtienen mediante el discernimiento y pensamiento lógicos; y todo esto ha venido formándose paulatinamente. Quienes de tal manera construyen sistemas filosóficos, realmente no comprenden que también es posible percibir por la clarividencia lo que ellos tejen de concepto a concepto. Por esta razón, es tan difícil hacerse entender cuando, frente a ciertos sistemas filosóficos construidos por sus autores "con el sudor de su frente", uno los abraza espontánea y globalmente con la visión espiritual, sin necesidad de pasar de pensamiento a pensamiento. Los conceptos de la Filosofía Vedanta son de esta naturaleza, concebidos por la visión clarividente; no adquiridos con el sudor de la frente como en el caso de los filósofos europeos, sino traídos de lo alto por la clarividencia; son los últimos remanentes, convertidos y adelgazados en conceptos abstractos, de la antigua clarividencia, o también, las primeras —aún tenues— conquistas suprasensibles del yoga.

La humanidad occidental ha pasado por otras experiencias. Al respecto, se nos presentan curiosos e importantes hechos de la intima evolución de la humanidad. Consideremos lo característico de un filósofo del siglo vi de la era precristiana: Ferécides de Syros. Un filósofo singular al que sus rivales de nuestro tiempo no le reconocen como "filósofo". Así figura en manuales modernos de filosofía, caracterizándole a Ferécides como "infantil y genial". Es cierto que él desenvuelve las cosas de una manera distinta de los demás pensadores que más tarde son llamados "filósofos". Ferécides dice, por ejemplo: Todo en el mundo se basa en tres principios: Cronos, Zeus, Chtonia. De Cronos nacen los elementos

aéreo, ígneo y acuoso; y a todo cuanto proviene de estas tres potencias, se opone una especie de serpiente, Ofióneos. Sin clarividencia, basta estudiar con un poco de fantasía lo que Ferécides describe, para ver claramente: Cronos, configurado no sólo abstractamente como tiempo que transcurre, sino como entidad real; del mismo modo: Zeus, el éter infinito, como entidad viviente universal. Chtonia, aquello que de lo celestial se transforma en terrenal, que contrae, en el planeta Tierra, lo expandido en el espacio, para crear la existencia terrestre; todo esto desarrollándose en los elementos terrestres, y después interviniendo, como elemento adverso una especie de serpiente. Para investigar y comprender lo que Ferécides de Syros describe, se requiere ciencia espiritual; pues él es uno de los últimos herederos de la antigua clarividencia. El percibe las causas detrás del mundo sensible y las describe mediante su facultad clarividente; pero, naturalmente, no es del agrado de los que sólo elaboran con conceptos. El percibe el viviente tejer de los dioses del Bien y el entrometerse de las potencias opuestas; y a éstas las describe como se presentan a la clarividencia; él ve cómo de Cronos, del tiempo real, nacen los elementos.

En el filósofo Ferécides de Syros se nos presenta un hombre que con su alma todavía percibe y describe el mundo que se abre a la conciencia clarividente. Así pertenece en el siglo vi de la era precristiana al mundo occidental. Sus cuasi contemporáneos, Tales, Anaxímenes, Anaximandro, Heráclito, ya se presentan bastante distintos; de modo que aquí realmente se confunden dos mundos. En el alma de estos cuatro filósofos ya está extinguida, entumecida la antigua

clarividencia; a lo sumo vive la añoranza de los mundos espirituales. Donde el sabio de Syros aún poseía un remanente de la antigua visión; donde él percibía el mundo elemental de las causas, ya les queda todo cerrado, ya no perciben nada. Da la impresión de que ese mundo precisamente estaba por cerrarse para ellos, como si ese mundo en parte aún hubiese existido y, sin embargo, se les hubiese sustraído, de modo que en lugar de la antigua clarividencia ponen conceptos abstractos que pertenecen al yo. En el alma de estos filósofos occidentales hay un estado que tiende a la razón, al discernimiento o sea, a las cualidades propias del yo. Esto se nota, por ejemplo, cuando Heráclito, con el último matiz de la correcta visión clarividente, describe el fuego viviente como causa de todas las cosas; así también, Tales quien describe el agua, pero no en su forma físico-sensible, como Heráclito tampoco se refiere al fuego físico-sensible, sino que en todo eso todavía hay algo del mundo elemental: en parte todavía lo perciben; por otra parte lo elemental se les abstrae a la vista, obligándoles a poner conceptos abstractos. Así se nos presentan esas almas de cuyo estado de ánimo aún perdura algo en nuestros tiempos.

Nuestros contemporáneos no advierten debidamente ciertas cosas. Así, por ejemplo, en la obra de Nietzsche "La Filosofía en la Época trágica de los Griegos" hay un pasaje, capaz de conmovernos profundamente, en que se describe a Tales, Anaxímenes, Anaximandro, Heráclito y Empédocles. Hay que releer ese pasaje en que Nietzsche ha sentido algo de lo vivenciado en el alma de esos solitarios pensadores griegos, cuando dice: ¿Cómo habrá sido el estado del

alma de aquellos héroes que debieron realizar la transición del tiempo de la viviente visión (de la que Nietzsche, sin conocerla, tuvo una vaga idea) durante el cual la vida plena del alma cedió su lugar a los conceptos abstractos y secos y en el que el "Ser" seco, abstracto y frío se formó como "concepto" en lugar de la viviente plenitud de la conciencia clarividente? Nietzsche lo siente: es como si la sangre se helase en las venas, si del mundo de la viviente plenitud se pasa al mundo de los conceptos del "Ser" y del "Devenir" en Tales o Heráclito; de modo que del calor del pleno desarrollo uno se siente trasladado a la región glacial de los "conceptos".

Hemos de imaginarnos la época de aquellos hombres y su posición al acercare el Misterio de Gólgota; y hemos de sentir que en ellos aún hubo una opaca resonancia de los tiempos antiguos, pero que, no obstante, debieron contentarse con el discernimiento abstracto del yo humano. Al principio, en contraste a los tiempos posteriores, en que el mundo de los conceptos se enriqueció cada vez más, los filósofos griegos sólo concibieron los conceptos más sencillos. ¡Cuánto les cuesta establecer el concepto abstracto del "Ser"! Lo mismo ocurre con los filósofos de la escuela eleática. Y de esta manera va preparándose lo que realmente constituirá las cualidades abstractas del yo.

Representémonos ahora un alma que se halla en Occidente, preparada para la misión occidental, pero que aún tiene en sí misma una fuerte resonancia de la antigua clarividencia. En la India, tal resonancia ya se ha extinguido desde hace mucho, mientras que en el Oeste todavía existe. El alma occidental tiende a volver, pero la conciencia no puede. En tales almas no pudo haber un

estado de ánimo budista; éste hubiera dicho: "Nos encontramos en el mundo del sufrimiento; librémonos de él". Pero las almas de Occidente quisieron aprehender algo del *porvenir*. A lo *pasado* ya no pudieron volver, y en el mundo *por venir* les esperaban conceptos fríos, unilaterales. Ferécides de Syros fue el último de los que aún percibían el mundo elemental. Imaginémonos otra alma que no percibe que los elementos vivientes nacen de Cronos; no percibe que la serpiente Ofióneos se opone a los dioses de la altura; sin embargo, en ella perdura la imagen de algo que produce efecto en lo sensible. Su mirada no penetra hasta Cronos; pero ve lo que como reflejo surge en el mundo de los sentidos: fuego, agua, aire y tierra. No ve que los dioses de la altura son combatidos por los de abajo, y que Lucifer, el dios serpiente, se rebela; pero ve que reinan armonía y falta de armonía, amistad y enemistad. Amor y odio le son conceptos abstractos; fuego, agua, aire y tierra elementos abstractos. Ella percibe lo que todavía penetra en el alma; pero le queda escondido lo que antes se veía.

Si nos representamos semejante alma que todavía se nutre de viviente del tiempo anterior, pero sin percibirlo; la que sólo aprehende la imagen reflejo exterior; a la cual se le esconde —por su misión especial — lo que antes a los hombres daba felicidad; la que, por otra parte, del nuevo mundo del yo no posee nada sino unos pocos conceptos que le dan sostén; esta alma es la de Empédocles. Pues así es el alma de Empédocles si la comprendemos en su verdadero ser interior. Dista poco del sabio de Syros, pues vive apenas dos tercios de siglo más tarde; sin embargo, su alma es muy distinta: debió pasar el Rubicón que separaba de la antigua clarividencia

la abstracta comprensión del yo. He allí dos mundos que se confunden; alborea el yo que tiende a desenvolverse; vemos las almas de los antiguos filósofos griegos destinados a dar principio a lo que hoy denominamos razón y lógica; en esas almas desprovistas de las antiguas revelaciones, hubo que verter el nuevo impulso, el impulso de Gólgota.

Este fue el estado de las almas cuando dicho impulso acaeció; y a éste sólo lo pudieron comprender si anhelaban una nueva realización. Para el pensar indio, en cierto sentido falta el lazo de unión que permitiría comprender lo que se presenta en los solitarios pensadores griegos, ya que la filosofía india pasa directamente a la sabiduría yoga; y por esta razón difícilmente se enlaza con el Misterio de Gólgota. La filosofía griega ya esta preparada para anhelar la venida del Misterio de Gólgota. La "gnosis" como filosofía exige tal acontecimiento. En territorio griego surge la "Filosofía del Misterio de Gólgota", porque las mejores almas griegas anhelan acoger el impulso de Gólgota. Con buena voluntad comprenderemos lo que aconteció en la evolución de la humanidad, y sentiremos algo de lo que podría llamarse: hay algo sobre la tierra que es como un llamar y un responder. Dirigiendo la mirada hacia Grecia y más allá, hacia Sicilia, percibimos almas, y entre ellas Empédocles como una de las más significativas. Y percibimos una singular llamada. ¿Cómo podemos caracterizarla? ¿Cómo hablan esas almas? Fijémonos como habla la de Empédocles: "Históricamente, tengo conocimiento de la iniciación; sé que por la iniciación las almas humanas penetraban en los mundos suprasensibles. Pero ahora ha llegado una nueva época; el alma humana

entró en otro estado, y la iniciación ya no puede volver a arraigarse de un modo inmediato. Un nuevo impulso debe surgir en el yo del hombre. ¿Dónde está el impulso que tomará el lugar de la antigua iniciación, la que ya no experimentamos; el impulso que ante el nuevo yo, coloca el secreto que para la antigua clarividencia se revelaba?" A ello responden las palabras que llegan desde el Gólgota: "Sometiéndome a los dioses, no a los hombres; pude de los Misterios arrancar los secretos y exponerlos ante toda la humanidad, para que ante ella fuese visible lo que antes se hallaba en las profundidades de los Misterios".

Lo que en el Sur de Europa se suscitó en el alma de los filósofos griegos, aparece como la búsqueda en territorio occidental de una solución del enigma del mundo. Como la contestación —que sólo el Occidente puede comprender— aparece el gran monólogo del Dios, del cual en la conferencia anterior hemos hablado y continuaremos hablando en la que sigue.

## VIII

## LA ESCENA DE LA GLORIFICACION

En el Evangelio de Marcos, después del ya caracterizado gran monólogo histórico universal, sigue la escena de la glorificación, la transformación. Para los tres discípulos que el Cristo lleva a un "monte alto" donde tiene lugar la transformación, ésta significa, para ellos, una especie de iniciación superior. En cierto modo, son conducidos —en aquel momento— más profundamente a los secretos referentes a la conducción de la humanidad, que sucesivamente les son revelados. Sabemos que dicha escena contiene unos cuantos secretos. A lo enigmático ya alude el hecho de que se habla de un "monte alto". Cuando se trata de hechos ocultos, la montaña, como tal, siempre significa que a los que allí son conducidos, se les revelan ciertos misterios de la existencia. Leyéndolo correctamente, el Evangelio de Marcos efectivamente lo evidencia. En el tercer capítulo, versículos 7 al 23 o 24 —en rigor, basta leerlo hasta el versículo 22— hay algo que llama la atención del sensible y comprensivo lector. Hemos dicho que la expresión "conducir a la montaña" tiene un significado oculto. Pero en dicho capítulo hállase no solamente un conducir a la montaña sino una triplicidad. Si nos fijamos en las tres partes en cuestión, leemos primero (vers. 7): "Mas Jesús se apartó a la mar con sus discípulos. . ." Quiere decir que primero somos conducidos a una escena a orillas de un lago. Después, en el versículo 13, se relata: "Y subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso..."

En tercer lugar se nos dice, en los versículos 19 al 21: “Y vinieron a casa, y agolpóse de nuevo la gente de modo que ellos ni aun podían comer pan. Y como lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: está fuera de sí” Se atrae la atención a tres distintos lugares: al lago, a la montaña y a la casa. Del mismo modo que se piensa que, hablándose de la “montaña”, siempre ocurre algo importante en sentido oculto, así también es el caso con respecto a las otras dos cosas. Cuando en los escritos ocultos se1 trata del “ser conducido al lago”, como asimismo del “ser conducido a casa”, esto siempre se relaciona con un significado oculto. Hay una particularidad que nos confirma que en los Evangelios también es así. No solamente en el Evangelio de Marcos sino en los Evangelios en general, una determinada revelación, una manifestación peculiar, se relacionan con el “lago”, o la mar. Así, por ejemplo, cuando los discípulos están en el barco en medio de la mar y les aparece el Cristo: ellos piensan que es un fantasma, pero luego se dan cuenta de la realidad. También en otros pasajes de los Evangelios se trata de hechos que tienen lugar a orillas o en relación con un lago. En el “monte”, El establece los doce discípulos, quiere decir les confiere el apostolado. Se trata de una enseñanza oculta. La transfiguración oculta igualmente tiene lugar en el monte. En “casa”, los suyos dicen que Cristo está “fuera de sí”. Las tres cosas tienen el más eminente, el más amplio significado.

Para comprender lo que en tales casos significa el término “junto al lago”, hemos de referirnos a hechos ya explicados en otras oportunidades. En la época atlante de la evolución terrestre, la atmósfera estaba todavía

compenetrada de una espesa niebla; por lo tanto, debido a las diferentes condiciones físicas, la vida anímica del hombre también fue muy distinta a la de ahora, y él poseía aún la antigua clarividencia. Todo esto condicionado, como queda dicho, a la totalmente distinta existencia del cuerpo físico, sumergido en el ambiente nebuloso; y de ello, la humanidad ha conservado una especie de antigua herencia. En el tiempo post-atlante, cuando alguien, por algún motivo, llega a relacionarse con hechos ocultos, como sucedió con los discípulos de Jesús, uno se torna mucho más sensible para las condiciones naturales que le circundan. Con respecto a la robusta manera de cómo el hombre de nuestros tiempos se relaciona con la Naturaleza, en cierto sentido, no importa mayormente si él viaja por el mar, si se halla a orillas de un lago, sí sube a una montaña, o si está en casa. La manera de cómo el hombre percibe con los ojos, o cómo piensa con el intelecto, no depende principalmente del lugar en que él se encuentre. Pero cuando comienza la visión más sutil, cuando uno asciende a las condiciones del mundo espiritual, la naturaleza humana resulta grosera. Cuando el hombre que llega a la clarividencia, viaja por el mar, donde las condiciones son muy distintas, aunque él viva en la región costanera, su conciencia clarividente, su disposición anímica se torna muy distinta de lo que es en la llanura. En ésta, en cierto modo se requiere el máximo esfuerzo para suscitar las fuerzas clarividentes. El mar facilita provocar las fuerzas clarividentes, pero no todas, sino las que tienen que ver con algo bien definido. Igualmente hay una diferencia entre el desenvolverse de la conciencia clarividente en la llanura, por un lado, y al

subir a una montaña, por el otro. En las alturas, el estado anímico de la conciencia clarividente sensitiva se dirige hacia objetos distintos de los de la llanura. Del mismo modo hay una gran diferencia entre la propensión clarividente junto a un lago y en la altura de una montaña. (Naturalmente, todo puede compensarse, incluso en la ciudad, a costa de grandes fuerzas; lo que expongo se refiere principalmente a lo espontáneo.) En la costa del mar, o en donde hay *agua* y dentro de la neblina, la conciencia clarividente tiende principalmente a las *imaginaciones*, a sentir lo imaginativo y a emplear lo ya alcanzado. En las *montañas*, con la atmósfera enrarecida y la distinta proporción de oxígeno y nitrógeno, la clarividencia tiende más bien a las *inspiraciones*, y a obtener nuevas fuerzas clarividentes. Por esta razón, el término "ascender a la montaña", no se emplea tan sólo simbólicamente, sino que la topografía montañosa aumenta la posibilidad de adquirir *nuevas* fuerzas ocultas. Y la expresión "ir al lago" tampoco se entiende meramente como símbolo, sino que se aplica precisamente porque el tener contacto con el lago, favorece la visión oculta, el empleo de fuerzas ocultas. Lo más penoso resulta suscitar las fuerzas ocultas cuando uno está en su propia casa, ya sea solo o en compañía de los familiares. Si para una persona que durante cierto tiempo ha vivido junto al mar, es relativamente fácil —si todo va bien— creer que a través del velo de la corporalidad se le produzcan imaginaciones; y si para otra persona que vive en las montañas, le resulta un tanto más fácil creer que logre ascender; una tercera persona que está en su casa, da simplemente la sensación de hallarse "fuera de sí". A ella no le falta capacidad de

desarrollar las fuerzas ocultas, pero existe una discordancia con el ambiente; la correlación con lo que le circunda no es tan natural como en los otros dos casos. Conforme a ello, hay un profundo sentido y concuerda enteramente con las condiciones naturales ocultas, que el Evangelio se atenga exactamente a lo expuesto; y esto se verifica como sigue: Cuando se dice que un acontecimiento tiene lugar "junto a la mar", no cabe duda de que se empleen *bien determinadas* fuerzas; así por ejemplo cuando se recurre a fuerzas de *curación* o de *visión*, y asimismo fuerzas que ya *existen*. En tales casos el Cristo aparece a los suyos junto a la mar. Pero ellos lo experimentan realmente, porque el Cristo se exterioriza, de modo que los discípulos lo ven sin que El estuviese presente físicamente; y como para tal vivenciar no importa la diferencia del lugar, El se halla, a la vez, "con ellos", junto a la mar. Donde se trata de un *nuevo desarrollo* de las fuerzas del alma de los apóstoles, se habla del "monte alto"; y por la misma razón también se habla del monte, donde, en cierto modo, el Cristo hace que el alma de los doce se compenetre del espíritu grupal de Elías. Igualmente se habla del monte donde el Cristo ostenta todo su ser cósmico e histórico- universal. Por lo tanto, la *glorificación* tiene lugar en el *monte*.

Desde este punto de vista hemos de contemplar especialmente la escena de la glorificación. Los tres discípulos Pedro, Jacobo y Juan dan pruebas de ser capaces de que se les revelen los profundos secretos del Misterio de Gólgota. Para los ojos clarividentes de estos tres aparecen glorificados, quiere decir en su naturaleza espiritual, Elías, por un lado; Moisés, por el otro lado; el Cristo Jesús mismo, en el medio, pero transfigurado (el

Evangelio lo dice en forma imaginativa), evidenciando su naturaleza espiritual. Se lo da a entender claramente: "Y fue transfigurado delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve; tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús". (Marcos 9, 3.4). Al gran monólogo del Dios sigue un diálogo entre tres. ¡Un desarrollo maravilloso y dramático! En todas partes, los Evangelios contienen semejantes acrecentamientos artísticos; su composición es realmente grandiosa. Después de haber escuchado el monólogo del Dios, percibimos un dialogar entre tres. ¡Y qué diálogo! Allí están Elías y Moisés a ambos lados de Cristo Jesús. ¿Qué significa la presencia de Elías y Moisés?

Muchas veces hemos caracterizado, incluso en su aspecto oculto, la figura de Moisés. Sabemos que, según la sabiduría de la historia universal, hemos de ver en Moisés un eslabón de la evolución desde tiempos remotos hasta el tiempo del Misterio de Gólgota. También sabemos por lo expuesto sobre el Evangelio de Lucas, que en el niño Jesús a que particularmente se refiere el Evangelio de Mateo apareció Zoroastro reencarnado y, además, que Zoroastro, en cuanto a todas las peculiaridades de su ser, había hecho lo necesario para preparar su posterior reaparición. En otras oportunidades ya he explicado que a través de procesos ocultos, Zoroastro cedió y transmitió a Moisés su cuerpo etéreo, de modo que las fuerzas de éste producían su efecto en Moisés. Con la aparición de Elías y Moisés al lado de Cristo Jesús, tenemos pues, en cierto sentido, en Moisés las fuerzas que desde las formas primitivas de la

cultura, conducían a lo que por el Cristo Jesús y el Misterio de Gólgota debía donarse a la humanidad. Pero también en otro sentido, Moisés representa una figura que en la evolución conduce de un estado a otro. Sabemos que él no solamente era portador del cuerpo etéreo y con ello de la sabiduría de Zoroastro, sino que, además, recibía la iniciación en los misterios de los otros pueblos. Una particular escena de iniciación se describe en el encuentro con Jethro, sacerdote de Madián (Éxodo, cap. 3). En aquel relato se alude claramente a que Moisés, al estar con ese solitario sacerdote, llega a conocer, aparte de los misterios de la iniciación del pueblo judío, también los de los otros pueblos, acogiéndolos en su propio ser, fortalecido singularmente por ser portador del cuerpo etéreo de Zoroastro. Así se transmitían al pueblo judío, por el obrar de Moisés los misterios de iniciación de todo el mundo circunvecino, de modo que él, en un nivel inferior —por decirlo así— ha preparado lo que por el Cristo Jesús debió realizarse. Esta fue una de las corrientes evolutivas para preparar el Misterio de Gólgota.

La otra corriente provenía de lo que, de una manera natural, vivía en el pueblo judío mismo. Además de la corriente que fluía por las generaciones, desde Abraham, Isaac y Jacob, Moisés hacía fluir, en la medida en que en su época fue posible, aquel otro elemento que existía en el mundo; pero de tal manera que siempre se velaba por conservar lo tan estrechamente relacionado con la naturaleza del antiguo pueblo hebreo. ¿A qué estuvo destinado este pueblo? Su misión consistió en *preparar* la época que hemos tratado de representarnos al contemplar, por ejemplo, el helenismo y, nuevamente, la

figura de Empédocles. Con ello hemos señalado el tiempo en que en el hombre se extinguen las facultades de la antigua clarividencia, en que se pierde la visión del mundo espiritual y se suscita el discernimiento, propio del yo; desenvolviéndose *el yo que depende y que se apoya en sí mismo*. El antiguo pueblo hebreo debía desarrollar en este yo lo que a través de la organización sanguínea proviene de la naturaleza física del ser humano. De una manera natural, debía desarrollarse en dicho pueblo lo que la organización física del ser humano puede dar. De esta organización depende, por cierto, la intelectualidad, por lo que de aquélla debía extraerse, lo que desenvuelve las facultades relacionadas con ésta. Los otros pueblos en cierto modo habían dado a la organización terrenal la luz de lo que *por la iniciación* puede darse desde afuera. Del conjunto del antiguo pueblo hebreo, en cambio, debía darse lo que surgía de la organización sanguínea de la propia naturaleza humana. Por esta razón había que observar estrictamente la continuidad de la relación sanguínea y que cada uno tuviese en sí mismo las capacidades que desde Abraham, Isaac y Jacob fluían por la sangre. En la sangre del pueblo hebreo debían formarse los órganos correspondientes, lo que sólo a través de la transmisión hereditaria era posible. En otra oportunidad he explicado lo que significa, en el Antiguo Testamento, el impedimento de realizar el sacrificio de Isaac: a la humanidad debía darse, *por la voluntad divina*, el pueblo hebreo; y con ello se le daba el receptáculo físico exterior *para la yoidad* humana. Por el hecho de que Abraham quiere ofrecer a su hijo en holocausto, se alude a que con el antiguo pueblo hebreo el Dios da a la humanidad aquel

receptáculo físico. Pero por el sacrificio de Isaac, Abraham hubiera sacrificado la organización que a la humanidad debía proveer el fundamento físico de la intelectualidad y de la yoidad. Dios se lo devuelve, como obsequio, y con ello, toda la organización. He aquí lo grandioso de esta devolución.

Primero hemos dicho que por un lado está la *corriente espiritual* cuya imagen se nos da en la escena de la glorificación, a través de la figura de *Moisés*.

La imagen de todo aquello que por el instrumento del *pueblo* judío debía contribuir para preparar el Misterio de Gólgota, nos es dado a través de la figura de *Elías*. Al respecto, se evidencia la relación entre la totalidad de la revelación divina que vive en el pueblo judío y el Misterio de Gólgota. En el capítulo 25 del cuarto libro de Moisés (*Los Números*) se relata que Israel es seducido por la idolatría moabita, pero salvado por un solo hombre. Por la decisión de éste se evita la total inclinación a la idolatría de los israelitas, el pueblo hebreo. ¿Quién es aquel hombre? En el cuarto libro de Moisés se relata que ese hombre, "llevado de celo entre ellos" e intercediendo por el Dios revelado por Moisés, tuvo la fuerza de hablar al antiguo pueblo hebreo que estaba por ceder a la idolatría de los pueblos circunvecinos. Un hombre de alma fuerte: "Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Phinees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón el sacerdote, ha hecho tornar mi furor de los hijos de Israel, llevado de celo entre ellos: por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel. Por tanto diles: He aquí yo establezco mi pacto de paz con él". La antigua sabiduría oculta de los hebreos da suma importancia a este pasaje; y la investigación oculta

moderna lo confirma. Con Aarón empieza la sucesión de los que representan el oficio de gran sacerdote del antiguo Reino de Israel; de los personajes, por lo tanto, en quienes vivió la esencia de cuanto el pueblo judío dio a la humanidad. En aquel momento de la historia universal y según la sabiduría oculta hebrea, como asimismo la investigación oculta moderna, se trata de nada menos que del hecho de que Jehová comunica a Moisés que con Phinees, hijo de Eleazar y nieto de Aarón, le da al pueblo hebreo un sacerdote peculiar que está vinculado y que defiende a El, Jehová. Y la antigua sabiduría oculta, como asimismo la investigación moderna, dicen que en el cuerpo de Phinees vivió el alma que más tarde existió en Elías. En Phinees, el nieto de Aarón, tenemos el alma que nos interesa. Ella vuelve a aparecer en Elías-Naboth y, más tarde, en Juan el Bautista. Y sabemos que después sigue su ulterior camino por la evolución de la humanidad. Así tenemos, por un lado, la imagen de esta alma y, por el otro lado, la imagen del alma de Moisés.

En la escena del monte, de la glorificación, la transformación, confluye la espiritualidad de toda la evolución terrestre: en el alma de Phinees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, lo que en los Levitas fluye por la sangre judía; luego Moisés y, finalmente, El que lleva cabo el Misterio de Gólgota. Por cognición imaginativa debió revelarse, como principio de su iniciación, a los tres discípulos Pedro, Jacobo y Juan, cómo confluyen estas fuerzas, las corrientes espirituales. Si en la conferencia anterior hemos tratado de dibujar una especie de llamada que en cierto modo, de Grecia se dirige a Palestina, como asimismo la voz de respuesta, esto ha

sido, por cierto, algo más que una mera "figuración imaginativa" de los hechos, sino una referencia anticipada al gran diálogo histórico-universal que realmente tuvo lugar. A los discípulos Pedro, Jacobo y Juan debió revelarse lo que tuvieron que conferenciar esas tres almas: una, perteneciente al pueblo del Antiguo Testamento; otra, la de Moisés que en sí misma fue portadora de lo que hemos explicado; tercera, que como divinidad cósmica se unió con la Tierra. Sabemos que esto no penetraba espontáneamente en el alma de los discípulos; que ellos tardaron en comprender lo escuchado. Pero esto es lo que ocurre con muchas cosas que se experimentan en campo de lo oculto: lo experimentamos en forma imaginativa y no llegamos a comprenderlo sino en las encarnaciones posteriores; pero entonces lo comprendemos tanto mejor cuanto más nuestra inteligencia se haya ajustado a lo anteriormente percibido. Con todo, podemos sentir: allí en el monte las tres potencias del mundo; abajo los tres que deben recibir la revelación de estos grandes misterios cósmicos. Y en nuestra alma surgirá la sensación de que el Evangelio, correctamente comprendido en su dramático acrecentamiento y su composición artística de los hechos ocultos, señala el gran *cambio* que en la época del Misterio de Gólgota tuvo lugar. Para la investigación oculta, el Evangelio habla con suma claridad.

Empero, en cuanto a los distintos pasajes del Evangelio, habrá que distinguir, en cada caso, qué es lo que particularmente importa, pues sólo así se podrá tocar el punto de principal importancia para una que otra parábola, para este o aquel relato. Es curioso que, frente a los más importantes hechos de los Evangelios, las

interpretaciones teológicas o filosóficas suelen "tomar el rábano por las hojas", porque no se dan cuenta de qué se trata.

Por la importancia que tiene para el decurso de nuestras consideraciones deseo llamar la atención sobre un pasaje que se halla en el decimocuarto capítulo del Evangelio de Marcos:

> "Y estando El en Bethania en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer teniendo un alabastro de ungüento de nardo espique de mucho precio; y quebrando el alabastro, derramóselo sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de ungüento? Porque podía esto ser vendido por más de trescientos denarios, y darse a los pobres. Y murmuraban contra ella. Mas Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la fatigáis? buena obra me ha hecho. Que siempre tendréis los pobres con vosotros, y cuando quisiereis, les podréis hacer bien; mas a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que fuere predicado este evangelio en todo el mundo, también esto que ha hecho ésta, será dicho para memoria de ella." (Marcos 14, 3-9.)

Sería justo confesar que semejante pasaje realmente llama la atención. La mayoría de los hombres, si son sinceros, debieran reconocer que habría que

simpatizar con los que se oponen a que el ungüento se haya desperdiciado; y que realmente no hace falta derramarlo sobre la cabeza de alguien. Y la mayoría pensará que hubiera sido mejor vender el ungüento por trescientos denarios, y dar el dinero a los pobres. Si son sinceros, tal caso les parecerá violento que Cristo dijera: es mejor dejarla hacer que vender el ungüento en beneficio de los pobres. Para no desalentarse, habría que admitir que debe de haber algo extraordinario detrás de este relato. Pero el Evangelio da un paso más; ni tampoco es cortés en este caso. Porque si hay unas cuantas personas quienes confiesan que hubiera sido mejor dar a los pobres los trescientos denarios, por la venta del ungüento, el Evangelio quiere decir que esas personas piensan en forma parecida a — *ciertos otros*; pues sigue diciendo:

> ". . .dondequiera que fuere predicado este evangelio en todo el mundo, también esto que ha hecho ésta, será dicho para memoria de ella."“Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, vino a los príncipes de los sacerdotes, para entregársele. Y ellos oyéndolo, se holgaron, y prometieron que le darían dinero. Y buscaba oportunidad cómo le entregaría."

¡Es que Judas Iscariote se había escandalizado con el derramar del ungüento! Los que de ello se encolerizan, son comparados con Judas Iscariote.

El Evangelio no repara en decir que aquellos que se escandalizan con el derramar del ungüento no se distinguen de Judas quien después por treinta piezas de plata, fuese a entregar al Señor. El Evangelio quiere

decir: “Mirad, así son los hombres que quieren vender el ungüento por trescientos denarios; pues Judas se apega al dinero”. No es cuestión de disimular lo que dice el Evangelio; lo que importa es acertar de qué se trata. Hay otros ejemplos que nos muestran que a veces el Evangelio al referirse a puntos secundarios, llega a expresarse en forma chocante, con el fin de arrojar tanto más luz sobre el punto principal.

Lo importante del pasaje a que nos referimos consiste en que el Evangelio quiere decirnos que debemos fijarnos no solamente en la existencia sensorial y lo que en ella tenga valor e importancia, sino que ante todo es el mundo suprasensible el que debe estar presente en el alma; y que, además, debemos comprender qué es lo que en la existencia sensorial ya no tiene importancia. Una vez exánime el cuerpo del Cristo Jesús, cuya unción después de la sepultura se anticipa por la acción de aquella mujer, ya no tendrá importancia; pero debemos hacer algo por lo que más allá de la existencia sensorial tendrá valor e importancia. Esto es lo que se quiere destacar; y por esta razón se recurre a algo que incluso la conciencia humana natural considera como del más alto valor para la existencia sensorial. El Evangelio escoge un ejemplo peculiar para hacer comprender que en determinado momento hay que sustraer a la existencia física algo que se da al espíritu, o sea, a la esfera en que penetra el yo sensorio al librarse del cuerpo; escoge, justamente, un ejemplo aparentemente despiadado: se sustrae a los pobres lo que se da al espíritu, al yo que está libre del cuerpo. El Evangelio no considera lo que a la existencia terrena confiere valor, sino lo que puede *aunarse con el yo y de él irradiar*. Esto es lo que aquí

singularmente se pone de manifiesto, relacionándolo, además, con Judas Iscariote quien hace la traición porque su alma principalmente se inclina a la existencia física; y porque él se mezcla con aquellos a quienes el Evangelio desdeñosamente califica de hombres triviales. Judas sólo se fija en lo que tiene valor para la existencia física; lo mismo ocurre con los que dan mayor importancia a lo que se compraría por los trescientos denarios que a lo suprasensible. Al reconocer el valor de lo espiritual, se reconocerá lo justificado del ejemplo que da el Evangelio. Y donde se trate de realzar el valor de lo suprasensible, para el yo, se considerará el derroche del ungüento como algo que no tiene importancia.

A continuación citamos otro pasaje que nos permite apreciar lo metódico-artístico que de hechos ocultos de la evolución de la humanidad se hallan en el Evangelio; y que para los exegetas es otro punto difícil.

> "Y el día siguiente, como salieron de Bethania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó, si quizás hallaría en ella algo; y como vino a ella, nada halló sino hojas; porque no era tiempo de higos. Entonces Jesús respondiendo, dijo a la higuera: nunca más coma nadie fruta de ti para siempre. Y lo oyeron los discípulos."

Sinceramente, habría que preguntar: ¿no es extraño, según el Evangelio, que un Dios se acercase a una higuera, buscando higos, pero sin que los hallase; máxime cuando se indica la causa, ya que se dice expresamente: "porque no era tiempo de higos"? Quiere

decir que en la época en que no hay higos, Jesús se acerca a la higuera, en busca de higos, pero sin hallarlos — y entonces dice: "Nunca más coma nadie fruta de ti para siempre". Hay que ver en qué forma se interpreta comúnmente este relato, mientras que seca y prosaicamente se dice que el Cristo Jesús tiene hambre, se acerca a una higuera en la época en que no hay higos; no los encuentra y luego maldice al árbol que para siempre no haya jamás fruta en él. Pues bien ¿qué es entonces la higuera, y qué significa todo este relato? Quien sepa leer libros ocultos, se dará cuenta, ante todo, que con ¡a "higuera" se alude a lo mismo a que se refiere lo que se dice del Buda quien bajo el "Árbol-Bodhi" recibió la iluminación para el sermón de Benarés. Bajo el "árbol-Bodhi" significa lo mismo que bajo la "higuera". Con relación a la clarividencia humana, la época de Buda era todavía "tiempo de higos", dentro de la historia universal; quiere decir que bajo el árbol Bodhi —bajo la higuera— se recibía, como ocurrió con el Buda, la iluminación. Y los discípulos de Jesús debieron aprender que esto ya había terminado. Se había llegado al hecho histórico-universal de que bajo el árbol donde el Buda había recibido la iluminación, *ya no* se hallaron los frutos. En el alma del Cristo se reflejó lo que aconteció para toda la humanidad. Si consideramos a Empédocles de Sicilia como un representante de la humanidad, un representante de muchos que también tuvieron hambre, porque su alma ya no encontraba lo que antes poseía, y debió contentarse con el yo abstracto, entonces podemos hablar de "Empédocles hambriento", y de la "sed de espíritu" de todos los hombres del tiempo que se aproximaba. Al aproximarse el Misterio de Gólgota, el

Cristo Jesús *sintió en el alma el hambre de toda la humanidad*, y los discípulos debieron Conocer y participar de este secreto.

El Cristo los conduce a la higuera y les revela el secreto del árbol Bodhi; omite, por ser de menor importancia, que el Buda aún había encontrado los frutos. Pero ahora había pasado el "tiempo de higos", el tiempo del sermón de Benarés; y el Cristo debía enunciar que el árbol, del cual fluía la luz de Benarés, nunca más dará los frutos del conocimiento, sino que éstos ahora vendrán del Misterio de Gólgota.

Tenemos ante nosotros el hecho de que, cuando el Cristo Jesús con sus discípulos va de Bethania a Jerusalén, surge en éstos un sentimiento y una fuerza singulares que en el alma de ellos suscitan fuerzas de clarividencia, de modo que los discípulos particularmente propenden a la imaginación. En ellos despiertan fuerzas de clarividencia imaginativa que les hacen ver al árbol Bodhi, la higuera; Cristo Jesús los conduce al conocimiento de que el árbol Bodhi no dará los frutos cognoscitivos, porque ya no es tiempo de higos, o sea, tiempo del conocimiento antiguo. Este árbol se ha secado para siempre; otro árbol deberá aparecer, el árbol formado por el leño seco de la *cruz*, el que no dará los frutos de antes, sino los que brotarán del Misterio de Gólgota, cuyo símbolo es la cruz de Gólgota. En lugar de la imagen histórico-universal del Buda bajo el árbol Bodhi, aparece la *imagen de Gólgota*, con el árbol de la cruz del cual pendió el fruto viviente del Dios-Hombre de cuya revelación irradia el nuevo conocimiento, el del árbol que continúa desarrollándose para dar sus frutos ahora y en todos los tiempos venideros.

## IX

## EL NUEVO IMPULSO COSMICO

En distintos pasajes de las conferencias anteriores nos hemos referido a que en la relación del hombre con los Evangelios se producirá un cambio cuando, en un futuro próximo, se llegará a percibir lo profundamente artístico de su composición; y esto también permitirá juzgar debidamente el fundamento oculto y los impulsos históricos que en los Evangelios se ponen de manifiesto. En este sentido, la literatura y el arte relacionados con los Evangelios, también han de confundirse con toda la evolución histórica de la humanidad, del mismo modo de como lo hemos expuesto para otros puntos.

Hemos hablado de aquellas figuras solitarias del helenismo las que en su alma experimentaron el apagarse y extinguirse de la antigua visión clarividente, teniendo que cambiarla por el elemento del cual el yo humano debe forjar la conciencia actual, los conceptos e ideas abstractos. Podemos señalar otro hecho que justamente dentro de la cultura griega constituye, en cierto sentido, un *fin de la cultura de la humanidad*, un punto alcanzado por esta cultura de la humanidad, para ser impulsada desde otro punto nuevo. Me refiero al *arte griego*. ¿Cuál es la causa de que en Europa, no solamente en la época del Renacimiento, los hombres "buscaban con el alma el país de los griegos", porque en la maravillosa escultura de la figura humana veían un ideal de la evolución, sino que incluso en la época del clasicismo moderno, genios como Goethe, buscaban con el alma el "país de los griegos", de la belleza escultural? Esto se debe a que en

Grecia, la belleza que se manifiesta en el aspecto de la forma exterior, efectivamente había llegado a cierto fin, a cierta culminación. *El con junto armonioso* de la forma es lo que se nos presenta en la belleza griega, en el arte griego. Por su composición, la obra de arte griega nos dice espontáneamente lo que ella representa. Aparece ante el ojo, y se halla totalmente dentro de la existencia sensorial. Lo grandioso reside en que el arte griego se halla enteramente en el mundo de la apariencia exterior.

Podríamos decir que en el arte de los Evangelios también hay un *nuevo comienzo* que hasta ahora no ha sido suficientemente comprendido. En los Evangelios encontramos particularmente una íntima composición, un enlace artístico de los hilos, que son, a la vez, hilos ocultos. Por ello es tan importante lo destacado en la conferencia anterior: darse cuenta en qué punto se basa la exposición o el relato respectivos. Precisamente en el Evangelio de Marcos se hace evidente, no tanto por el sentido material de las palabras sino por el *matiz* del relato, que al Cristo se describe como una figura *cósmica*, una entidad terrenal y, al mismo tiempo, celestial, y al Misterio de Gólgota como hecho terrenal y suprasensible a la vez. Pero hay algo más que, hacia el final del Evangelio, particularmente nos hace ver la belleza y lo artístico, al destacarse que un impulso cósmico penetró con su luz en los sucesos terrestres. Y los seres terrestres, los hombres de la Tierra eran llamados a comprender este impulso. En ningún otro documento, quizá, se alude tanto como en el Evangelio de Marcos a que, para llegar a la comprensión de lo que desde el cosmos irradia a la existencia terrenal, hará falta todo el tiempo hasta el fin de la evolución terrestre, y que esta comprensión de

ninguna manera fue posible en la época misma en que el Misterio de Gólgota tuvo lugar. El que en aquella época sólo hubo un principio de tal comprensión y que ésta no se alcanzará sino paso a paso durante la ulterior evolución de la humanidad, este hecho se describe de una manera maravillosa justamente a través de lo artístico de la composición del Evangelio de Marcos. Esto lo podemos sentir si preguntamos de qué índole pudo ser o formarse, en aquel tiempo, la comprensión del Misterio de Gólgota.

Esencialmente, hubo tres posibilidades; la comprensión pudo partir de tres distintos factores: en primer lugar, de los que fueron los suyos, los discípulos por el llamamiento del Cristo Jesús, quienes aparecen en el Evangelio como los escogidos por el Señor mismo; y a quienes El revelaba muchas cosas para la profunda comprensión de la existencia. De ellos podemos esperar la mejor comprensión del Misterio de Gólgota. ¿ Cuál es la comprensión que de ellos podemos esperar? Cuanto más llegamos hacia el fin, tanto más lo explica el Evangelio, a través de su fina composición. Si en ella buscamos todos los puntos respectivos, veremos que se alude claramente a que los discípulos tuvieron una comprensión superior a la de los conductores del pueblo hebreo.

Allí se halla, por ejemplo, un diálogo del Cristo Jesús con los saduceos, diálogo que primero trata de la inmortalidad del alma (Marcos 12, 19.27.) Tomándolo superficialmente, no será fácil comprender por qué justamente en ese lugar se halla este diálogo sobre la inmortalidad, y después las extrañas palabras de los saduceos, cuando ellos dicen: podría suceder que,

habiendo siete hermanos, el primero se case con una mujer, y muriendo él, la toma el segundo, y después de que él también haya muerto, la toma el tercero. Así, de la misma manera la toman los demás; finalmente muere ella, después de haber muerto el séptimo. Los saduceos no comprenden, cómo, habiendo inmortalidad, en la vida espiritual, los siete hombres se relacionan entonces con esa sola mujer. He aquí la consabida objeción de los saduceos la que se ha formulado, no solamente en el tiempo del Misterio de Gólgota, sino que también figura en uno que otro libro moderno, como argumento en contra de la inmortalidad —o, quizá prueba evidente de que incluso en nuestro tiempo, los que escriben semejantes libros todavía no poseen la plena comprensión del asunto. ¿Qué nos dice ese diálogo? La respuesta del Cristo Jesús nos hace ver que después de la muerte el alma se torna celestial y que los seres del mundo suprasensible ya no son dados en casamiento, de modo que no había ningún problema al producirse el hecho a que se refieren los saduceos, y que ellos aluden a condiciones que esencialmente son de índole terrenal, sin importancia para lo extraterrenal. El Cristo Jesús habla de condiciones y de la vida extraterrenales.

Hacia el final del Evangelio, encuéntrase otro diálogo más (Marcos 10, 2.12). Allí se le pregunta al Cristo Jesús acerca del *matrimonio*. Entre El y los escribas judíos se discute la cuestión de si, según la Ley de Moisés, era lícito repudiar la mujer con carta de divorcio. ¿Qué es lo que importa al contestar el Cristo Jesús: "Moisés os ha dado esta ley por la dureza de vuestro corazón y porque necesitáis tal institución"? Lo que importa es que El habla ahora de un modo totalmente

distinto: se refiere a cómo fue la Unión de varón y mujer antes de que la evolución humana iba hacia la seducción por las potencias luciféricas. Quiere decir que el Cristo habla de lo cósmico, dirige la atención hacia lo *suprasensible*. Lo importante consiste en que el Cristo Jesús orienta la discusión hacia *más allá* de las condiciones de la existencia sensorial, hacia *más allá* de la evolución terrenal corriente; y que ya con ello hace ver que por su aparición trae a la Tierra condiciones cósmicas, suprasensibles, y que de estas condiciones cósmicas habla con los seres terrestres. Por esta razón, podemos esperar, o podríamos exigir que nadie mejor que sus discípulos, establecidos por El mismo, debieran comprender las palabras del Cristo Jesús, sobre las condiciones cósmicas. Con esto hemos caracterizado la primera comprensión, la de los discípulos del Cristo Jesús de quienes se podía esperar que concibieran lo suprasensible, lo cósmico del Misterio de Gólgota, como un hecho de la historia universal.

La segunda manera de comprenderlo hubiera sido la que podía esperarse de los conductores del antiguo pueblo hebreo, de los grandes sacerdotes, de los jueces superiores, de los conocedores de las Escrituras y de la evolución histórica del pueblo hebreo. De ellos ¿qué podía esperarse? El Evangelio lo evidencia: de ellos no se exige la comprensión de las condiciones cósmicas del Cristo Jesús; pero sí se espera la comprensión de que el Cristo vino al *antiguo pueblo hebreo* y que con su individualidad encarnó en la sangre de este pueblo, como hijo de la casa de David, siendo íntimamente enlazado con la esencialidad de lo que con David entró en el pueblo judío. Esto nos indica la segunda índole de

comprensión, la de menor grado. Hacia el final del Evangelio de Marcos se alude maravillosamente a que el Cristo tiene una misión con la cual culmina la misión de todo el pueblo judío, pues se destaca cada vez más (por medio de una fina composición artística) que en El se trata de un *hijo de David*. De los discípulos se exige la comprensión de la misión del héroe cósmico, mientras que de los que se consideran pertenecientes al pueblo judío, se exige la comprensión de que advino el enviado de la misión de David. El pueblo judío debiera haber comprendido que su misión propia había llegado a su fin y que hubiera requerido un nuevo impulso.

Y la tercera comprensión ¿de dónde debía venir? Para ella, nuevamente se exige algo menos; y esto también se nos presenta en el Evangelio de Marcos a través de su fina composición artística. Nuevamente se exige algo menos, y se lo exige de los *romanos*. En el decimoquinto capítulo del Evangelio de Marcos — siempre me refiero ahora a este Evangelio— se habla de la entrega, de parte de los príncipes de los sacerdotes, del Cristo Jesús. Ellos le preguntan si El confiesa ser el "Cristo", lo que ellos considerarían una blasfemia, porque en tal caso hablaría de su misión cósmica; o si El dice ser hijo de la estirpe de David. Y *Pilato* ¿a qué hace objeción? Únicamente a que el Cristo habría pretendido ser el "Rey de los Judíos".

Los judíos debieran haber comprendido que el Cristo representaba la culminación de la propia evolución de ellos; los romanos debieran comprender que el Cristo tenía cierta importancia dentro de la evolución del pueblo judío: que El significaba no un punto culminante sino que meramente le correspondía la tarea de un conductor.

¿Qué hubiera sucedido si los romanos lo hubieran comprendido? Nada distinto de lo que sin ello sucedió; simplemente no lo comprendían. Es sabido que, pasando por Alexandría, el elemento judío se extendió sobre el mundo occidental; y los romanos debieran haber comprendido que había llegado el momento para la extensión de la cultura judía. Esto es menos de lo que podía esperarse de los escribas: de los romanos sólo podía esperarse la comprensión de la importancia de los judíos, como una parte del mundo. Comprenderlo hubiera sido un deber de la época; a la falta de comprensión se alude, ya que Pilato no comprende debidamente el que al Cristo se considere como Rey de los Judíos; antes bien lo toma por una cosa insignificante.

Vemos pues que de triple manera podía esperarse la comprensión de la misión del Cristo Jesús:

1) la comprensión de los discípulos por el elemento cósmico del Cristo,
2) la comprensión de los judíos por lo que en el pueblo judío mismo se extiende,
3) la comprensión de los romanos que los judíos dejaban de extenderse sobre Palestina solamente, y que empezaban a extenderse sobre una parte más grande del orbe.

Esto se infiere de la maravillosa composición artística del Evangelio de Marcos; e incluso nos son dadas las respuestas correspondientes. En primer lugar hemos de preguntarnos si la comprensividad de los apóstoles, los discípulos escogidos, estuvo a la altura necesaria para reconocer al Cristo Jesús como espíritu

cósmico. ¿Comprendieron que con ellos vivió Uno quien no solamente fue lo que como hombre entre ellos significaba, sino un hombre envuelto en un aura, por la cual penetraban en la Tierra fuerzas y leyes cósmicas?

El Evangelio alude claramente a que el Cristo Jesús les exigía tal comprensión: cuando los dos discípulos, hijos de Zebedeo, se llegaban a El y pedían que les concediese sentarse el uno a su diestra, y el otro a su siniestra, El les decía: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados del bautismo de que yo soy bautizado?" (Marcos 10, 38.) Y ellos lo prometen. ¿Qué pudiera haber sucedido entonces? Dos cosas distintas: los discípulos pudieran haber participado de todo lo que como Misterio de Gólgota se realizó, quiere decir que hasta llegar al Misterio de Gólgota hubiérase mantenido el lazo entre los discípulos y el Cristo. Pero el Evangelio nos hace ver claramente que en lugar de aquello sucedió algo bien distinto. Cuando le prenden al Cristo Jesús, todos los discípulos huyen, y Pedro quien había prometido no escandalizarse con nada, le niega tres veces antes que el gallo había cantado dos veces. Así se presenta el relato con respecto a los apóstoles; pero ¿cómo hemos de considerarlo con relación al Cristo mismo?

Pongámonos, con toda devoción —pues así debe ser— en la situación del alma del Cristo Jesús la que hasta el último momento trata de mantener el lazo con las almas de los apóstoles; en la medida en que esto nos sea permitido, pongámonos en el lugar del alma del Cristo, en cuanto al ulterior desarrollo del acontecer. Quizás, esta alma se habrá formulado la pregunta histórico-universal: ",Qué puedo hacer para que, al menos las

almas de los más selectos discípulos, se eleven a la altura para vivenciar conmigo todo cuanto hasta el realizarse del Misterio de Gólgota ha de suceder? Ante esta pregunta se halla el alma propia del Cristo. Es un momento grandioso cuando Pedro, Jacobo y Juan son conducidos al Monte de los Olivos; el Cristo quiere ver si puede mantenerlos fuertes; y en el camino comienza a angustiarse. ¡Que nadie crea que el Cristo pudiese haber tenido temor a la muerte, al Misterio de Gólgota, o que pudiese haber sudado sangre por acercarse el acontecimiento de Gólgota! Tal pensamiento significaría adquirir poca comprensión del Misterio de Gólgota. Será un razonamiento teológico, pero carece de sentido. ?Por qué se entristece el Cristo? Se entiende que no se atemoriza de la cruz; pero sí se angustia pensando: "Resistirán ellos a lo que exige el momento en que se decidirá si los que vienen conmigo tienen la voluntad de acompañarme y de vivenciar con el alma, todo hasta la cruz?" Deberá decidirse si el estado de vigilia de ellos se mantiene despierto para todo esto. Esto es el "vaso" que se le acerca. Los deja solos, para que quedasen "velantes", es decir en el estado de conciencia en que pudiesen vivenciar con El lo que El ha de vivenciar. Luego va y ora: "Padre, traspasa de mí este vaso; empero no lo que yo quiero, sino lo que tú". Esto quiere decir: haz que no tenga que sufrir el encontrarme solo como Hijo del Hombre, sino que ellos me acompañen. Después vuelve y los halla durmiendo; no podían mantener aquel estado de conciencia. Nuevamente hace la prueba, y tampoco pueden mantenerse despiertos. Otra vez más hace la misma prueba, con el mismo resultado; de modo

que resulta evidente que El se halla *solo*, y que los discípulos no le acompañan en el camino hasta la cruz.

El vaso no traspasó de El y, con el alma en soledad, le tocó al Cristo llevarlo a cabo, todo solo. Para el mundo se había entonces realizado el Misterio de Gólgota, pero ese mundo aún no podía comprenderlo. Ni tampoco las almas escogidas pudieron mantenerse suficientemente fuertes. Esto que se refiere a la primera índole de comprensión, se expresa maravillosa y artísticamente para quien sabe sentir el fundamento oculto de los Evangelios.

Con respecto a la segunda índole de comprensión, preguntemos ahora cómo los conductores judíos comprendieron a Aquel que de la estirpe de David debía aparecer como la flor de la evolución del antiguo pueblo hebreo. En el décimo capítulo del Evangelio de Marcos hállase uno de los primeros pasajes en que se nos hace ver la comprensión que el pueblo hebreo tenía para el hijo de la estirpe de David. Es el pasaje decisivo donde se trata de que el Cristo, en el camino hacia Jerusalén, debiera haber sido reconocido como Aquel que descendía de la casa de David.

> "Entonces vienen a Jericó: y saliendo El de Jericó, y sus discípulos y una gran compañía, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús el Nazareno, comenzó a dar voces y decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Y muchos le reñían, que callase: mas él daba mayores voces: Hijo de David, ten misericordia de mí."

Expresamente se caracteriza la voz del ciego, diciendo "Tú, Hijo de David", lo que significa que sólo debía llegar a comprender la presencia del "Hijo de David".

> "Entonces Jesús parándose mandó llamarle: y llaman al ciego, diciéndole: ten confianza: levántate, te llama. El entonces, echando su capa, se levantó, y vino a Jesús. Y respondiendo Jesús, le dice: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dice: Maestro que cobre la vista. Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha salvado. Y luego cobró la vista, y seguía a Jesús en el camino." (Marcos 10, 46-52.)

Esto quiere decir que el Cristo únicamente exigía la fe ¿Por qué encuéntrase aquí, tan aislada entre otros relatos, la curación del ciego? Algo nos enseña la composición del Evangelio: lo importante no es la "curación", sino que uno solo, el ciego, exclama en voz alta: "Jesús, Hijo de David". Los que ven, no le reconocen; el ciego que físicamente no ve, sí le reconoce, con lo cual se evidencia cuán ciegos son los demás, y que aquel debía perder la vista para poder ver. Lo que aquí importa no es la curación, sino la ceguedad. Y a continuación se hace evidente cuán poco se comprende al Cristo.

En los relatos subsiguientes, el Cristo siempre se refiere a que lo cósmico se unirá con la individualidad humana; y es importante que justamente donde se trata del Cristo como "Hijo de David", El habla efectivamente de 1o cósmico, de la inmortalidad, diciendo que Dios no

es el Dios de muertos, sino de vivos; como así también es el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. (Marcos 12, 26-27), puesto que cada uno de ellos sigue viviendo, en otras formas, en el descendiente; porque Dios vive en las individualidades. Pero más claramente se lo expresa donde el Cristo se refiere a lo que en El espera a que sea despertado. Allí se dice que no se trata, meramente, del hijo físico de David, ya que David mismo no habla del "hijo" físico sino del "Señor". (Marcos 12, 35-37.) Cuando declina la influencia del Cristo cósmico, siempre se habla del Señor, en la individualidad humana, de lo que ha de surgir de la estirpe de David.

Hacia el final del Evangelio de Marcos hay otro pasaje que fácilmente pasa por alto quien no lo comprende, pero que conmueve el alma de quien lo comprende. Me refiero al capítulo en que se relata que el Cristo es entregado a las potencias de este mundo y que se buscan testimonios para sentenciarle. En otro capítulo anterior se había relatado lo que Jesús hacía en el templo, volcando las mesas y echando fuera los cambistas, y donde dicen que había predicado con singulares palabras; sin embargo, nada se había hecho contra él. Y ahora, el Cristo lo dice expresamente: "Todo esto lo habéis escuchado y ahora encontrándome ante vosotros, buscáis testimonios falsos contra mí; con la ayuda de un traidor habéis salido a prenderme, así como se agarra a un malhechor; y nada habéis hecho cuando yo estaba con vosotros en el templo." ¡Realmente, un pasaje conmovedor! Pues somos conducidos a comprender que, bien mirado, el Cristo siempre obra de tal manera que El queda inatacable ¿Por qué es así? El actúa realmente de

tal manera que se pone claramente de manifiesto que la evolución del mundo ha llegado a un punto en que comienza una nueva era, cuando El dice: “Los primeros serán postreros, y los postreros serán primeros”. No pasa nada cuando pronuncia enseñanzas que, considerando las enseñanzas y la comprensión del Antiguo Testamento, debían parecer espantosas. Pero después, con la ayuda de un traidor, le prenden a la sombra de la noche; y podría dar la impresión de que se trata de algo así como una riña. El relato es emocionante:

> “Y el traidor les había dado señal común, diciendo: al que yo besare, aquél es: prendedle, y llevadle con seguridad. Y como vino, se acercó luego a El, y le dice: “Maestro, Maestro, y le besó. Entonces ellos echaron en El sus manos, y le prendieron. Y uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja.
>
> Y respondiendo Jesús, les dijo: como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a tomarme. Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me tomasteis; pero es así, para que se cumplan la Escrituras.” (Marcos 14. 44-49.)

¿Qué es lo que ocurrió que primero no le habían prendido que después buscan motivos para capturarle como a un asesino?

Esto sólo se comprende si se consideran las profundidades ocultas de las cosas. Ya lo he dicho que en el Evangelio de Marcos se confunden los relatos de

hechos espirituales ocultos con los de hechos puramente físicos. Y se nos hace ver que la esfera del obrar del Cristo no estuvo limitada en la personalidad individual de Jesús de Nazareth, sino que El se exteriorizaba en los discípulos; fuera del cuerpo físico, buscándolos, por ejemplo, junto a *la mar*. Así le fue posible, fuera de su cuerpo físico, el que tal caso se hallaba en otro lugar, transmitir al alma de los discípulos, todo que hacía y que de El irradiaba como impulso espiritual. El Evangelio señala claramente que los hombres captan lo que El, en estado exteriorizado, fuera de su cuerpo físico, predica y enseña. Esto vive en las almas; ellas no lo comprenden pero lo asimilan: existe entonces en lo terrenal y en lo suprasensible; en la individualidad del Cristo y en la multitud. El Cristo está unido con una extensa aura activa. Y ésta se formaba porque El se unía con las almas que El mismo seleccionaba; y perduraba durante *el tiempo mismo* de tal unión.

El vaso no había traspasado de El. Los hombres escogidos no habían llegado a la comprensión. Entonces, el aura se retiraba. poco a poco, del hombre "Jesús de Nazareth" y, cada vez más, se enajenaban, uno del otro, el Cristo y el Hijo del Hombre, Jesús de Nazareth. Más y más, acercándose el fin de su vida, Jesús quedaba solo, y cada vez más se aflojaba el lazo entre éste y el Cristo. El elemento cósmico y el lazo entre el Cristo y Jesús de Nazareth existieron hasta el momento que se describe como el "sudar sangre" en Gethsemaní, pero esa unión se aflojaba debido a la falta de comprensión de parte de los hombres. Y si antes el Cristo cósmico actuaba en el templo, echaba fuera a los cambistas, predicando las más grandes enseñanzas, sin que nada se hiciese contra El;

ahora, en cambio, que el lazo de Jesús con el Cristo se había aflojado los esbirros pudieron prenderle. Lo cósmico aún le envuelve, pero cada vez menos unido con el "Hijo del Hombre". Estos son los hechos conmovedores. Puesto que faltaba la triple comprensión — ¿*qué* es lo que finalmente pudieron prender y sentenciar? ¿A *quién* pudieron clavar en la cruz?

¡A1 Hijo del Hombre!

Cuanto más lo llevaron a cabo, tanto más se retiraba el elemento cósmico que como *impulso nuevo* penetró en la vida terrena. Al retirarse aquel elemento, quedaba el Hijo del Hombre, en torno del cual sólo se cernía lo que como nuevo elemento cósmico debió aproximarse.

Únicamente el Evangelio de Marcos se refiere a que el Hijo del Hombre quedaba solo y que el elemento cósmico se cernía en torno suyo. Vemos por lo tanto, que con relación al acontecimiento de Gólgota, únicamente el Evangelio de Marcos expresa en forma tan concisa el hecho de que en el mismo instante en que los hombres, por su falta de comprensión, atentan contra el "Hijo del Hombre", huye el nuevo elemento cósmico que con el comienzo de la nueva era se unió con la evolución terrestre, como impulso. Aquel elemento huyó y les quedaba el Hijo del Hombre. Examinemos si el Evangelio de Marcos destaca, en este relato, cómo lo *cósmico* se relaciona con lo *humano*.

> "Y respondiendo Jesús, les dijo: como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a tomarme. Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me tomasteis; pero *es así*, para

que se cumplan las Escrituras. Entonces dejándole todos *sus discípulos*, huyeron."

El se queda solo. ¿Y el nuevo elemento cósmico? Imaginémonos la soledad del hombre que hasta entonces estaba compenetrado del Cristo cósmico, y que ahora, como si fuera asesino se halla frente a los esbirros. Y los que debieran haberle comprendido, huyeron. El versículo 50 dice: "Entonces dejándole todos sus discípulos, huyeron". Siguen, los versículos 51-52:

> "Empero un mancebillo le seguía cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo; y los mancebos le prendieron; mas él, dejando la sábana, se huyó de ellos desnudo."

¿Quién es el "mancebillo" que aparece al lado de Cristo Jesús, casi sin vestir y que luego se escapa desnudo? Es el impulso cósmico que desaparece y que ahora sólo por un lazo muy débil queda unido con el Hijo del Hombre. Estos dos versículos tienen un amplio contenido. El nuevo impulso no conserva nada de lo que en los tiempos antiguos envolvía al hombre. Es el *nuevo impulso cósmico*, totalmente desnudo, de la evolución terrestre. Queda vinculado a Jesús de Nazareth y volvemos a encontrarlo. Pues el decimosexto capítulo comienza así:

> "Y como pasó el sábado, María Magdalena, y María madre de Jacobo y Salomé, compraron drogas aromáticas, para venir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la

> semana, vienen al sepulcro, ya salido el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos revolverá la piedra de la puerta del sepulcro? Y como miraron, ven la piedra revuelta; que era muy grande. Y entradas en el sepulcro, vieron un mancebo sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dice: no os asustéis: buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; resucitado ha."

¡Es el mismo mancebo! En ninguna otra parte de la composición artística de los Evangelios aparece este mancebo quien se escapa en el instante en que los hombres sentencian al Hijo del Hombre y que vuelve a la escena después de los tres días. Y que desde entonces obra como el principio cósmico de la Tierra. En ningún otro Evangelio, sino en estos dos pasajes, aparece este mancebo, y de una manera tan grandiosa. Esto nos permite comprender en qué sentido más profundo, precisamente el Evangelio de Marcos se refiere a que se trata de un acontecimiento cósmico y del Cristo cósmico. Además, se comprenderá que con ello concuerda la composición artística de todo este Evangelio.

También es notable que, después de la doble aparición del mancebo, el Evangelio de Marcos, muy pronto llega a su fin, sin otras expresiones de relieve. Esto también es comprensible si se considera que difícilmente se hubiera alcanzado un acrecentamiento. Quizás, un aumento en lo sublime y lo soberbio, pero no en cuanto a lo conmovedor y lo importante para la evolución terrestre — después del monólogo del Dios; el diálogo en lo supraterrestre, en el "monte", diálogo que

los tres discípulos no comprenden; luego Gethsemaní, la escena en el monte de los olivos, donde el Cristo tiene que decirse que los escogidos no llegan a la comprensión de los sucesos inminentes; el encontrarse solo, la pasión y la crucifixión del Hijo del Hombre; finalmente la soledad histórico- universal al ser abandonado por los que El había seleccionado; y abandonado paulatinamente por el principio cósmico. Habiendo comprendido la misión y el significado del "mancebillo" que se escapa a la vista y las manos de los hombres, comprenderemos en toda su profundidad, las palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Después, con la reaparición del mancebo, se alude brevemente a que este "mancebillo" es un fenómeno espiritual, suprasensible, pero físicamente perceptible en virtud de las condiciones especiales de aquel tiempo; primero, para María Magdalena; "después apareció *en otra forma* a das de ellos que iban caminando, yendo al campo". Naturalmente, lo físico no hubiera podido aparecer "en otra forma".

Con ello el Evangelio ya se acerca a su fin, hablando del porvenir, con relación a lo que entonces no se comprendía porque, para la humanidad que había descendido hasta el punto más bajo de su evolución, había que señalar la futura evolución; y esta referencia al porvenir también se prepara a través de la composición artística. ¿Qué es lo que como una *referencia al porvenir* emana de Aquel que vio la triple falta de comprensión al realizarse el Misterio de Gólgota? Podemos pensar que El hará referencia a que los hombres, *cuanto más la evolución vaya hacia el futuro*, *tanto más deberán alcanzar la comprensión de lo acontecido en aquel*

*tiempo*. Llegaremos a la justa comprensión si dirigimos la mirada hacia lo que nos revela, tan decididamente, el Evangelio de Marcos; y si nos decimos: *Cada época* deberá llegar a mayor comprensión del Misterio de Gólgota. Y por ello creemos que a través del movimiento antroposófico efectivamente *cumplimos* con algo a que el Evangelio se refiere: *adquirir una nueva comprensión de lo que el Cristo quiso traer al mundo*. Pero El mismo aludió a lo difícil de adquirir esta nueva comprensión y a la posibilidad de un malentendido con respecto a la naturaleza del Cristo:

> "Y entonces si alguno os dijere: he aquí, aquí está el Cristo; he aquí, allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán señales y prodigios, para engañar, si se pudiese hacer, aun a los escogidos. Mas vosotros mirad; os lo he dicho antes todo." (Marcos 13, 21-23.)

En todos los tiempos, en los siglos transcurridos desde el acontecimiento de Gólgota, hubo casos para acordarse de esta advertencia. El que tiene oídos para oír, oirá también hoy las palabras que nos llegan de Gólgota: "Si alguien os dijera: he aquí, aquí está el Cristo, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán señales y milagros, para engañar, si fuera posible, aun a los escogidos".

¿Cómo hemos de considerar el Misterio de Gólgota?

Entre las pocas expresiones de relieve al final del Evangelio de Marcos, después de los relatos tan

conmovedores, también se encuentran las únicas palabras de los discípulos, después de haber recibido un nuevo impulso por aquel mancebo, el Cristo cósmico; en contraste a la poca comprensión de antes:

> "Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, obrando con ellos el Señor, y confirmando la palabra con las señales que se seguían."

¡El Señor obró con ellos! Así se confiesa en el sentido del Misterio de Gólgota. No, por cierto, el Señor incorporado en el cuerpo físico, sino que El obra, donde se le *comprende*, desde los mundos suprasensibles, cuando —no con la vanidad de presentarlo físicamente— se esté obrando en su nombre y El esté presente espiritualmente entre quienes en verdad comprenden su nombre. Bien comprendido, el Evangelio de Marcos habla del Misterio de Gólgota, de manera tal que, comprendiéndolo correctamente, también nos será posible cumplir con lo concerniente a este Misterio. Justamente este singular relato con respecto al "mancebillo" que en el momento decisivo se desprende del Cristo, nos enseña cómo debemos comprender el Evangelio. Puesto que los escogidos *huyeron*, no tomaron parte en lo que entonces sucedió. El Evangelio lo describe y, en composición artística, se inserta el relato de algo que los discípulos no presenciaron; ninguno de ellos fue testigo ocular. No obstante, ¡todo se describe! Esto se nos presenta como una pregunta. Trataremos de profundizarla y, además, de arrojar luz sobre lo ulterior.

¿De dónde proviene el relato de lo ulterior, lo que los discípulos no vieron? Las tradiciones judías lo

describen de un modo bien distinto de lo que dicen los Evangelios. Como los que lo describen no lo vieron, hemos de preguntar, por razones de la verdad del Misterio de Gólgota: ¿de dónde proviene el conocimiento de lo que ninguno de los que estuvieron del lado del desarrollo del cristianismo puede haber visto?

Esta pregunta nos conducirá a contemplarlo todo aún más profundamente.

# X

## EL VERBO DEL PRINCIPIO - ESENCIA DE LA TIERRA

En la conferencia anterior hemos visto que, según el relato en el Evangelio de Marcos, hubo una interrupción de la convivencia de los discípulos escogidos con el Cristo Jesús, un hecho a que también en los otros Evangelios se alude claramente. Justamente los más cercanos en torno de El no participaron de lo acontecido a partir de la entrega del Cristo Jesús, o sea, del juicio, de la condena y de la crucifixión. Este hecho se destaca deliberadamente, lo que es otra particularidad del Evangelio. Con ello se quiere dar a entender cuál debe ser la característica del *camino* que conduce a la comprensión del Misterio de Gólgota y cómo, en los tiempos posteriores al Misterio de Gólgota, los hombres podrán llegar a esa comprensión. Al respecto, hay que tener presente que tal comprensión deberá alcanzas-se de un modo totalmente distinto a como se llega a comprender cualquier otro hecho histórico de la evolución de la humanidad. Justamente lo sucedido en nuestra época nos enseña de qué se trata.

Desde el siglo XVIII, partiendo de los más diversos puntos de vista, el pensar moderno está buscando una especie de apoyo para la fe en el Misterio de Gólgota; y esta búsqueda ha pasado por múltiples aspectos. Anteriormente al siglo XVIII no interesaba, en el fondo, la característica de los documentos históricos —en el sentido en que se suele considerarlos como "documentos históricos"_ los que puedan servir para corroborar la

existencia de Cristo Jesús. Mucho más vivía en las almas humanas el *efecto* visible del Misterio de Gólgota, de modo que no se consideraba necesario preguntar si algún documento atestiguaba que Cristo había vivido. Para los que profesaban el cristianismo era lo más natural creer en la existencia de Cristo Jesús como asimismo —y esto mucho más de lo que hoy día se piensa— basarse en el convencimiento de su naturaleza espiritual-divina; humana y sobrehumana, al mismo tiempo. Pero cada vez más se aproximaban los tiempos del materialismo; y paralelamente sobrevenía lo que necesariamente se relaciono con la concepción materialista: ella no tolera tomar en consideración que en el ser humano haya algo de una individualidad superior, ni tampoco tolera que aparte del aspecto exterior de la personalidad se considere la existencia de un elemento espiritual del hombre. Para la observación material (que es la acostumbrada en nuestra época) todos los hombres se parecen entre sí: todos tienen dos piernas, una cabeza con su cabello y dos ojos, la nariz en el centro del rostro. Como todos son "iguales", no hay motivo para buscar algo más detrás del hombre exterior; y el materialismo no admite que detrás de una persona haya algo distinto de todos los demás. De esta manera se perdió la posibilidad de comprender que en el hombre "Jesús de Nazareth" pudiese haber existido el "Cristo". Finalmente, al entrar en el siglo XIX, se perdió la idea del "Cristo". Cada vez más, sólo se tomó en consideración al "Jesús de Nazareth" quien habría nacido en Nazareth; vivió como hombre, pero difundiendo los mejores principios, y que de alguna manera habría sufrido el martirio. En lugar del

Cristo Jesús se llegó a hablar del *hombre* Jesús. Para la concepción materialista esto fue lo más natural.

Como consecuencia natural surgió en el siglo XIX, la así llamada "investigación acerca de la vida de Jesús"; e incluso la teología racionalista se contentó con esta investigación de la vida de Jesús, compilando los datos correspondientes de la misma manera como esto se practica, por ejemplo, en lo referente a Carlomagno u otras personalidades históricas. Pero reunir datos sobre Jesús de Nazareth es tarea bastante difícil. Como documentos principales existen, ante todo, los Evangelios y las Epístolas de San Pablo. Se entiende, sin embargo, que los Evangelios como tales no pueden considerarse como "documentos históricos". Son cuatro libros que para la consideración exterior materialista resultan contradictorios entre sí… pero en el curso de la investigación se trató de hallar toda clase de solución. En esta solución hubo un período, dentro del tiempo materialista en que, por no creer en "milagros", se los interpretaba de la más curiosa manera. Así por ejemplo: en cuanto a la aparición del Cristo Jesús junto a la mar, se decía que El no caminaba físicamente sobre el agua; pero que los discípulos desconocían las condiciones del mundo físico y, en determinado momento de la investigación, se dio la explicación de que los apóstoles estaban en el barco, y en la orilla del otro lado andaba el Cristo Jesús; de esta manera ellos creían que El anduviese sobre el agua. Pero hubo también aberraciones racionalistas todavía más absurdas; por ejemplo que para transformar el agua en vino, se la habría mezclado con algo así como una esencia de vino. A otro se le ocurrió explicar bautismo en el Jordán presumiendo que

justamente en ese instante una paloma habría volado sobre el lugar. ¡Todas estas cosas existen en el campo de la ciencia que se jacta de rigurosamente objetiva! Empero, dejando a un lado semejantes aberraciones, podemos considerar la investigación que, desechando lo suprasensible, trató de clasificarlo como añadidura materialista, diciendo: si no es posible creer realmente en Cristo Jesús, si se pone en duda que el hijo de un carpintero de Nazareth, a los doce años de edad pudiese haber estado en el templo, etc. — si se excluye todo lo metafísico y si se combina lo que en los distintos Evangelios concuerda y lo que no concuerda, se llegaría tal caso a una especie de biografía de Jesús de Nazareth. Esto se trató de hacer de la más variada manera, con el resultado, por supuesto, que cada una de esas biografías fue distinta de las demás. Además, hubo un tiempo de la investigación de la vida de Jesús, en que se veía en Jesús de Nazareth a un hombre superior, de una manera similar a como se caracteriza a Sócrates, según una Concepción superior.

Empero, la referida investigación que ante todo quiso llegar a una biografía de Jesús de Nazareth, debía encontrar Oposición con respecto a dos puntos de vista: primero, frente a los documentos mismos; puesto que en el sentido en que los historiadores avaloran los "documentos históricos", los Evangelios no lo son. Esto se debe en primer lugar a las muchísimas contradicciones y a toda su tradición. Por otra parte, a la investigación de la vida de Jesús, últimamente se agregó algo como resultado de quienes tomaron en consideración ciertos pasajes en los Evangelios: términos que se repiten y de los cuales sabemos que se refieren a hechos

suprasensibles. Pero estas otras personas, prisioneros de su fe materialista, si bien *encontraron* esas cosas, no pudieron simplemente escamotearlas de investigación, tal como se había procedido hasta entonces. Esto condujo en los últimos años a la investigación *acerca del Cristo*, mientras que la investigación de la vida de Jesús culminó en lo que un erudito contemporáneo llegó a llamar el "hombre sencillo de Nazareth". Y muchos lo encontraron más agradable y más conveniente hablar del "hombre sencillo de Nazareth" en vez de reconocer algo superior o de elevarse al Hombre-Dios. No obstante, otros si encontraron al Hombre-Dios, y así resultó la investigación acerca del Cristo.

Esta es una cosa bastante curiosa, que en forma grotesca aparece en el libro "Ecce Deus" de Benjamín Smith y en otros de sus escritos. Allí se dice que en realidad un "Jesús de Nazareth" jamás existió; se trata simplemente de un mito. ¿Y qué es el Cristo del cual hablan los Evangelios? Pues bien, es un dios *imaginario*, un ideal. Desde tal punto de vista, esa gente tiene motivos suficientes para negar la existencia de "Jesús de Nazareth"; puesto que los Evangelios hablan del "Cristo" y le atribuyen cualidades que según la concepción materialista no existen. De ahí resulta con evidencia que históricamente el Cristo no puede haber existido y que se trata de una figura imaginaria, creada como obra de arte en la época en que se sitúa al Misterio de Gólgota. De esta manera se dejó de hablar, últimamente, del "Jesús", pasando al "Cristo", pero éste no es ninguna entidad "real", sino que meramente vive en los pensamientos humanos. Hoy en día, todo en este campo es sin fundamento. Naturalmente, el público en general, apenas

tiene conocimiento de lo que allí ocurre. En el fondo, todo cuanto en la ciencia se refiere al Misterio de Gólgota, está socavado, sin ningún fundamento firme. La investigación de la vida de Jesús se ha desprestigiado, porque nada puede comprobar; y la investigación acerca del Cristo está fuera de una seria discusión. Empero, lo principal es el profundo *efecto* del obrar de la entidad relacionada con el Misterio de Gólgota. Si todo fuera "imaginario", nuestro tiempo materialista debería llegar a la conclusión de que es inútil ocuparse de ello, pues un tiempo materialista no puede creer en una "imaginación" que habría cumplido con la más importante misión de todos los tiempos. Nuestro tiempo racionalista ha llegado a un extremo en cuanto a la acumulación de contradicciones, y no se da cuenta que justamente en el campo científico merece que referente a lo expuesto se apliquen las palabras: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Esto realmente corresponde a toda la investigación actual acerca de Jesús y del Cristo, la que se niega a apoyarse seria y dignamente en la base espiritual.

El Evangelio mismo alude claramente a lo que de la manera expuesta surgió en nuestro tiempo. Los materialistas que sólo quieren creer lo que la existencia sensorial ofrece a la conciencia materialista, no pueden encontrar el camino al Cristo Jesús, pues este camino ha quedado cerrado debido a que los más cercanos al Cristo le abandonaron precisamente al realizarse el Misterio de Gólgota, y sólo más tarde volvieron a encontrarle; por lo cual no participaron de lo que entonces en el plano físico tuvo lugar. Y todo el mundo sabe que, del otro lado, no se dio ningún documento fehaciente. No obstante, hállase

precisamente el Misterio de Gólgota tanto en el Evangelio de Mareos como asimismo en los relatos de los otros Evangelios.

¿Cómo se logró hacer esos relatos?

Es sumamente importante contemplarlo. Considerémoslo únicamente con respecto al Evangelio de Marcos. En él se explica suficientemente, si bien en forma breve y concisa, después de la escena de la resurrección, que el mancebo de la vestimenta blanca-talar, es decir el *Cristo cósmico*, volvió a aparecer para los discípulos, dándoles impulsos, después de haberse realizado el Misterio de Gólgota. Compenetrados del impulso recibido, a los apóstoles tales como por ejemplo Pedro, se les encendió la visión clarividente, de modo que les fue posible ver más tarde, por clarividencia, lo que no habían percibido físicamente, porque habían huido. A Pedro y los que después de la resurrección del Cristo, también fueron dotados del discipulado, se les *abrió* la vista clarividente, de modo que pudieron ver el Misterio de Gólgota. ¡Únicamente el camino *clarividente* conduce al Misterio de Gólgota, aunque se había realizado en el plano físico! Esto hay que tenerlo presente. El Evangelio lo da a entender, cuando relata que en el momento decisivo los más llamados habían huido. Pero después de haber recibido el impulso del Cristo resucitado, en un alma como la de Pedro se despertó el recuerdo de lo sucedido después de la huida. Comúnmente, el hombre sólo recuerda lo vivenciado dentro de la existencia sensoria. En cambio, mediante una clarividencia como la que se suscitó en los discípulos —en contraste al recuerdo común— se perciben, como por memoria, acontecimientos físico-sensibles que no

habían sido presenciados. En un alma como la de Pedro, se trata pues de un surgimiento del recuerdo de lo acontecido sin haberlo presenciado. Y a los que estaban dispuestos a oírle, Pedro enseñó entonces, en base a la memoria, lo concerniente al Misterio de Gólgota, quiere decir que enseñó lo que él recordaba sin haberlo presenciado.

De esta manera, el Misterio de Gólgota apareció como enseñanza, como revelación. Pero el impulso del Cristo, dado a semejantes discípulos como lo fue Pedro, también se transmitió a los discípulos de estos apóstoles; y uno de ellos, discípulo de Pedro, fue quien originariamente compuso —si bien verbalmente, no más — el así llamado Evangelio de Marcos. El impulso recibido por Pedro se transmitió al alma de Marcos, de modo que en su alma propia, se suscitó la visión de lo acontecido en Jerusalén, como el Misterio de Gólgota. Durante algún tiempo, Marcos había sido discípulo de Pedro. Después se trasladó a un lugar que le sirvió verdaderamente de ambiente apropiado para darle a su Evangelio justamente el matiz que a este libro se le debía conferir.

En toda nuestra exposición hemos visto que el Evangelio de Marcos nos permite sentir lo más claramente la grandeza cósmica y la importancia del Cristo. Y fue precisamente el lugar al cual había sido trasladado que influyó sobre el primitivo autor del Evangelio de Marcos para crear ese relato de la grandeza cósmica del Cristo. En efecto, fue trasladado a Alexandría en Egipto, donde vivió en una época en que la sabiduría judía de carácter teosófico- filosófico había alcanzado cierta altura; y allí pudo acoger lo mejor del

gnosticismo pagano. También pudo acoger ideas concernientes al descender del ser humano desde lo espiritual; pensamientos sobre la relación del hombre con Lucifer y Arimán; sobre el penetrar en el alma humana de las fuerzas luciféricas y arimánicas; todo esto lo acogió del gnosticismo pagano, para la comprensión del origen cósmico del hombre en relación a la reconstitución de nuestro planeta. Pero también pudo percatarse, precisamente allí en Egipto, de cuán grande fue el contraste entre la primitiva predestinación del hombre y lo que había llegado a ser. Esto se evidencia ante todo en la cultura egipcia que había tenido su origen en las más sublimes revelaciones, las que encontraron su manifestación en la arquitectura egipcia, principalmente en las pirámides y en los palacios, en la cultura de las esfinges; pero esta cultura egipcia llegaba, cada vez más, a la decadencia y a la corrupción, de modo que justamente sus obras más grandes caían, más y más, durante el tercer período cultural, en las peores aberraciones espirituales y de la magia negra. No obstante, quien supo verlo espiritualmente, todavía llegaba a descubrir en la civilización egipcia los más profundos misterios, porque todo tenía su origen en la sabiduría pura de Hermes; pero sólo lo veía el alma apropiada, capaz de percibir el fondo y no la corrupción existente. Ya en la época de Moisés, la corrupción se había extendido mucho; y lo bueno que por un lado existió, apenas perceptible para un alma tan noble, Moisés debió extraerlo de la cultura egipcia con el fin de transmitirlo a la posteridad. Pero después, la corrupción en sentido espiritual siguió extendiéndose.

Con el alma viviente, Marcos percibió la decadencia de la humanidad, vio principalmente que las ideas se trastrocaban en materialistas. Ante todo se percató de un hecho que en nuestro tiempo, si bien en otra forma, puede percibir el hombre cuyo sentimiento es susceptible de ello. En cierto modo presenciamos en nuestra época el resurgimiento de la cultura egipcia. Muchas veces me he referido a los curiosos concatenamientos que se producen en la cultura de la humanidad: dentro de los siete períodos sucesivos de una era extensa, el cuarto período cultural, con el helenismo y el Misterio de Gólgota, existe por sí solo; pero el tercer período, el de la cultura egipcio-caldea, se reproduce —de una manera que carece de espiritualidad— en la ciencia actual, dentro de nuestra propia cultura. En nuestra cultura materialista e incluso en la civilización exterior tenemos, en la 4uinta cultura, cierto resurgimiento de la tercera. De un modo similar reaparecerá la segunda cultura en la sexta y la primera en la séptima. Así se concadenan entre sí los distintos períodos culturales. En nuestros días experimentamos lo que un genio como Marcos había vivenciado intensamente. Si dirigimos la mirada sobre nuestra cultura, sin tomar en cuenta la opinión corriente que se niega a verlo, y dejando a un lado los fenómenos más corruptos, podemos decir que todo está mecanizado y que dentro de nuestra cultura materialista verdaderamente se *idolatra* al mecanismo. Ciertamente la gente no lo llama veneración o devoción, pero las fuerzas del alma que otrora se dirigían hacia las entidades espirituales, se las dirige ahora hacia las máquinas, a los mecanismos. A ellos se dedica toda la atención, como en otros tiempos se

la dedicaba a los dioses. Es que principalmente la ciencia ni se da cuenta cuán poco ella realmente tiene que ver con la verdad y con la lógica genuina. Considerado desde un punto de vista superior, existe, ciertamente, un profundo afán y una intensa inquietud, pero no en la ciencia de carácter oficial. En ella rige un contentarse con lo irreal y lo ilógico, sin darse cuenta de estar sumergida en lo contrario de la lógica. Al percibirlo y al vivenciarlo, deberá encenderse un polo por contacto con el otro, dentro de la evolución de la humanidad. Precisamente lo irreal y lo ilógico de la ciencia exterior, este envanecerse sin darse cuenta de la verdadera posición en que ella se halla; todo esto deberá conducir y conducirá, paso a paso, a la más noble reacción del alma humana, a la búsqueda de lo espiritual. Durante mucho tiempo más los hombres que están sumergidos en lo desnatural y en la falta de lógica probablemente continuarán burlándose de la ciencia espiritual, o a calificarla como un peligro. No obstante, por sí solo se encenderá el otro polo por la fuerza interior de los hechos. Para abreviar el camino, debemos verdaderamente optar —sin compromiso— por la vida espiritual y dejar que sus impulsos produzcan efecto en nosotros. Cuanto más tengamos presente que hay que encender la interioridad de la vida espiritual y que lo justificado del pensar materialista de nuestro tiempo sólo debe verse en sus resultados prácticos, tanto mejor será. En sus progresos reales, la ciencia corriente hállase en armonía con la investigación espiritual. Por otra parte, pueden comprobarse múltiples errores de pensamiento en todo lo que hoy día se considera como firme resultado científico. Pero cuanto más errores se

cometen, tanto más esa ciencia se jacta de sus resultados — y declama contra la ciencia espiritual.

Todo esto producirá la más noble reacción y, cada vez más, suscitará el anhelo de la ciencia espiritual. Semejante reacción es la que en nuestro tiempo corresponde a lo que Marcos debió viven- ciar al evidenciarse en su época que la humanidad había descendido de su anterior altura espiritual a lo meramente material; y de este vivenciar le resultó la profunda comprensión de que el impulso más importante es de naturaleza *suprasensible*; y en ello también recibió el apoyo de su maestro. Lo que Pedro le había dado, no provenía de un recuerdo *sensorial* del Misterio de Gólgota, como de alguien que con sus ojos hubiera visto lo acontecido en Jerusalén, sino que todo fue investigado después, por medio de la *clarividencia*. De esta manera se obtuvieron todas las noticias sobre el Cristo Jesús y el Misterio de Gólgota; éste se llevó a cabo en el plano físico, pero sólo pudo conocerse por la posterior visión clarividente. Esto es algo que hay que tener bien presente: que el Misterio de Gólgota es un acontecimiento cuya comprensión, a pesar de los documentos que nos han quedado, debe buscarse por el camino metafísico. Quien no lo comprende, podrá discutir acerca del valor de uno u otro Evangelio. Para el conocedor de los hechos, no existe ninguna de esas cuestiones, porque él sabe que, fuera del contenido de los Evangelios, debemos fijarnos en lo que, incluso en nuestros días, puede revelarnos la investigación clarividente. Examinando la verdad de lo acontecido, la reconstrucción en base a los datos de la Crónica del Akasha nos enseña cómo hemos de concebir los

Evangelios y qué nos dicen los distintos pasajes acerca de lo que en la época en que el hombre desde la altura de antaño había descendido al nivel más bajo, se presentó a la humanidad como la verdadera dignidad y la verdadera naturaleza del ser humano.

Las entidades divino-espirituales dieron al hombre su imagen exterior, su forma exterior; pero lo que desde el antiguo período de la Lemuria vivió en esta forma exterior, siempre se hallaba bajo la influencia de las fuerzas luciféricas y, en la evolución ulterior, también bajo la influencia de las fuerzas arimánicas. Bajo estas influencias finalmente se desarrolló lo que la gente llama ciencia, conocimiento, comprensión. No hemos de extrañarnos, pues, que, precisamente en aquel tiempo, si a la humanidad se le hubiera mostrado la verdadera naturaleza suprasensible del ser humano, los hombres la hubieran reconocido en el menor grado, porque no sabían en qué consiste ese verdadero ser. El saber y la cognición del hombre se enredaron, cada vez más, en la existencia sensorial, de modo que cada vez menos pudieron abarcar la verdadera naturaleza humana.

Estos son los hechos que debemos tener presente si consideramos, nuevamente, lo característico del Hijo del Hombre, la figura que se halla ante nosotros en el instante en que, según el Evangelio de Marcos, se había aflojado el contacto del Cristo cósmico con el Hijo del Hombre. Allí se encontró ante la humanidad la figura del hombre tal como la dieron las potencias divino-espirituales. Así estuvo, pero ennoblecida, espiritualizada por la morada, durante tres años, del Cristo en Jesús de Nazareth. La humanidad sólo había adquirido la comprensión en base a la comprensividad alcanzada

según los milenarios influjos luciférico y arimánico. Pero allí estuvo, reconstituido, ante los hombres lo que el ser humano había sido antes de la venida de Lucifer y de Arimán. Únicamente por el impulso del Cristo cósmico, el hombre volvió a ser lo que había sido al descender del mundo espiritual al mundo físico. Allí estuvo, el *Espíritu de la Humanidad*, el Hijo del Hombre ante aquellos que fueron los jueces, los verdugos; pero estuvo allí tal como había llegado a ser al haberse desprendido de la naturaleza humana todo lo que con El había descendido a la Tierra. Allí estuvo, al realizarse el Misterio de Gólgota, la imagen del hombre ante la cual los demás, en veneración, deberían haber dicho: "Allí estoy, como sublime ideal de mi propia forma, la que debo llegar a ser a través del más ferviente aspirar que de mi alma puede surgir; estoy delante del único ser digno de veneración y de adoración: ante lo divino en mí mismo". Si los apóstoles hubiesen sido capaces del auto- conocimiento, hubieran llegado a decirse: dentro de la vastedad en torno nuestro nada existe cuyo ser y grandeza pueda compararse con lo que se halla ante nosotros como ¡Hijo del Hombre!

La humanidad de entonces carecía del autoconocimiento. ¿Y qué hacía? Escupía en El, el Hijo del Hombre, y le flagelaba. Después le llevó al lugar de la crucifixión. Esta es la peripecia dramática, el contraste entre lo que debería haberse producido: el reconocimiento de lo que allí estuvo, la figura con que nada en el mundo puede compararse, — y lo que se nos relata. Se describe al hombre que en vez del autoconocimiento se envilece, se mata a sí mismo porque no es capaz de conocerse a sí mismo y que sólo a través de esta lección cósmica puede

recibir el impulso de *conquistar*, paso a paso, en la ulterior evolución terrestre, su verdadera naturaleza.

He allí el *momento histórico universal*, y así hemos de caracterizarlo de acuerdo con el relato grandioso y trascendental del Evangelio de Marcos. No basta con comprenderlo, sino que esto debe tomarse con el calor del sentimiento. Considerándolo así, se percibirá la gran diferencia entre lo que el Evangelio quiere decir y lo que hoy en día se suele presentarnos. En quien lo comprende de manera tal que llega a sentir la conformación artística y el profundo contenido del Evangelio de Marcos, este sentimiento se transformará en un hecho interior, aquel hecho real que hace falta para ganar la relación adecuada con el Cristo Jesús. El alma debe entregarse al sentimiento contemplativo que podríamos caracterizar de esta manera: mis semejantes que se hallaban en torno del Hijo del Hombre y que deberían haber reconocido el sublime ideal de sí mismo ¡cuán grande ha sido su error!

El hombre representativo de nuestra época materialista, el racionalista, no vacila en expresarse como sigue: “Hasta ahora, nadie ha contestado esta pregunta: ¿por qué la existencia es *así*; por qué padecemos el sufrimiento? Buda, Cristo, Sócrates, Giordano Bruno, ninguno de ellos fue capaz de correr este velo, ni en lo más mínimo”. Esto se repite en innumerables variantes; y quienes lo dicen no se dan cuenta de que se tienen a sí mismos por superiores a Buda, Cristo, Sócrates, etc. Esto es así en la época en que cada privatdocent cree comprender mejor los hechos históricos y escribe sus libros porque debe escribirlos.

No por criticismo se exponen estas cosas, sino porque únicamente si las contemplamos debidamente, ganaremos el justo distanciamiento a lo sobremanera grandioso, como lo son los Evangelios, como lo es el Evangelio de Marcos. Pero como los hombres sólo se elevan lentamente a tal altura, resulta que siempre de nuevo se entregan a malentendidos y nos presentan las más extremas desfiguraciones. En todos sus pormenores, los Evangelios son grandiosos, y cada detalle puede enseñarnos algo extraordinario. Tendría que extenderme mucho para exponer todos los grandes pensamientos del Evangelio de Marcos, pero justamente el principio del decimosexto capítulo nos hace ver cuán profundo su autor penetró en los misterios de la existencia. El sabía que la humanidad, desde las alturas espirituales había caído en el materialismo y cuán poco, en la época del Misterio de Gólgota, la comprensividad humana estaba a la altura de comprenderlo

Ahora bien, muchas veces me he referido a lo característico de lo que en el ser humano son los elementos "femenino" y "masculino", y que en cierto modo, no como individuo, sino como "feminidad" el elemento mujer no descendió enteramente al plano físico, mientras que el hombre, tampoco como individuo, sino como "masculinidad" traspasó el punto bajo; de modo que en realidad lo verdadero humane se halla entre varón y mujer. Es también por esta razón que en las distintas encarnaciones la individualidad cambia de sexo. Pero igualmente es así que, debido a la distinta conformación del cerebro y al distinto uso que de él sabe hacer, la mujer precisamente como mujer, es capaz de concebir más fácilmente las ideas espirituales. El hombre, en

cambio, por la corporalidad física exterior, posee más bien la organización para pensar las ideas materialistas; puesto que, usando un término grosero, su cerebro es más duro. El cerebro de la mujer es más blando, no tan egocéntrico, tan endurecido; pero todo esto no dice nada sobre el individuo como tal. ¡Que nadie le atribuya lo bueno o lo malo individual! En no pocos cuerpos de mujer se halla una cabeza bastante obstinada; en cuanto al contrario — ni hablar. Por lo general es así que, cuando se trata de comprender algo peculiar, el cerebro de mujer resulta más apropiado, siempre que para ello exista buena voluntad. Es por esta razón que el autor del Evangelio, después de haberse realizado el Misterio de Gólgota, primero hace acercarse *mujeres*.

> "Y como pasó el sábado, María Magdalena, y María madre de Jacobo, y Salomé, compraron drogas aromáticas, para venir a ungirle"

Es a ellas que primero les aparece el mancebo, el Cristo cósmico; sólo después a los hombres. Hasta en semejantes pormenores de la composición se evidencia en los Evangelios y principalmente en el Evangelio de Marcos, el verdadero ocultismo, la genuina ciencia espiritual.

Únicamente si así *sentimos* y si nos hacemos *inspirar* por el contenido de los Evangelios, encontraremos el camino al Misterio de Gólgota, y entonces ya no existe la pregunta si en sentido histórico exterior se trata o no de documentos auténticos. Los que nada comprenden del asunto, que sigan investigando;

para los que por la ciencia espiritual van elevándose a la comprensión de los Evangelios, resulta evidente que éstos, en primer lugar, no quieren ser considerados como documentos "históricos", sino como testimonios que penetran en el alma. Los impulsos que de ellos emanan, compenetrarán entonces nuestra alma para sentir y vivenciar —sin documentos— que la comprensión, el saber y el conocimiento humanos, frente a la naturaleza humana, se tornaron bajos; le escupieron y la crucificaron, esa naturaleza humana a la cual, en sabio autoconocimiento, tendrían que haber venerado, como sublime ideal. Este sentimiento suscitará el máximo poder para elevarse a lo que a través de ese ideal irradia desde el calvario, para los que quieren sentir y percibirlo. El que la tierra se halla en relación con los mundos espirituales, los hombres sólo lo comprenderán realmente, si llegan a comprender que el Cristo, como realidad espiritual, como entidad cósmica, vivió en el cuerpo de Jesús de Nazareth y que todos los conductores de la humanidad, como precursores de El primero fueron enviados por el Cristo, para allanarle el camino, y para que El sea reconocido y comprendido. Ciertamente, al realizarse el Misterio de Gólgota, toda preparación resultó inútil, ya que en el momento decisivo, todo resultó insuficiente. Pero llegará el tiempo en que los hombres comprenderán no solamente el Misterio de Gólgota, sino todo lo acontecido que conducirá a su mejor comprensión.

En el campo teosófico se suele hablar de la igualdad y del reconocimiento de todas las religiones, aunque en verdad sólo se desea hacer prevalecer la propia como la religión de sabiduría. Pero el europeo no puede

hacerlo puesto que ningún pueblo europeo tiene ahora un dios nacional, una divinidad surgida de su propio territorio, como la tienen los pueblos asiáticos. El Cristo Jesús pertenece al Asia, pero influyó sobre los pueblos europeos que le adoptaron. En ello no hay egoísmo alguno, y significaría tergiversar los hechos, si el hablar del europeo sobre el Cristo Jesús se comparara con la manera como otros pueblos hablan de sus divinidades nacionales: el chino sobre Confucio, o el indio sobre Krishna y Buda. Sobre el Cristo Jesús puede hablarse puramente desde el punto de vista de la *historia objetiva*. Pero esta historia objetiva tiene que ver con el requerimiento del *autoconocimiento del hombre*, tan desfigurado, hasta a lo opuesto, al realizarse el Misterio de Gólgota. A través de éste, la humanidad puede recibir el impulso para conocerse a sí misma, de modo que, a su debido tiempo, todas las religiones del mundo, comprendiéndose mutuamente, llegarán a cooperar unas con otras, para comprender lo que significa él Misterio de Gólgota y para hacer su impulso accesible a los hombres.

Cuando se llegue a comprender que, hablando del Cristo Jesús, no se trata de una religión egoísta, sino de algo que como un hecho histórico de la evolución de la humanidad, puede ser reconocido por *todas* las confesiones, entonces se comprenderá la esencia de sabiduría y de verdad en todas las religiones. De esta manera, el cristiano, basándose en la ciencia espiritual, puede entenderse con los hombres de todo el orbe. Y si los representantes de otros sistemas religiosos nos dicen: "Vosotros, como cristianos, tenéis la encarnación única del Dios; nosotros, en cambio podemos hablar de varias; de modo que a este respecto superamos a vosotros", el

cristiano, al contestar con respecto al Cristo, no debería tratar de igualarles, porque en tal caso le faltaría la comprensión del Misterio de Gólgota, sino que habría de responder: "Pues bien, todos aquellos que tienen muchas encarnaciones, no pudieron realizar el Misterio de Gólgota; y *esto* es lo que en cualquiera de las otras religiones no existe".

Dirigir la mirada sobre el Misterio de Gólgota nos da la fuerza necesaria para hacer desaparecer el error, siempre que realmente nos acerquemos a él en espíritu; y así comprenderemos que, en el fondo, sólo la falta de voluntad para llegar a la verdad acerca del ser humano, no nos deja encontrar el recto camino de lo terrestre a lo cósmico, cuando en Jesús de Nazareth buscamos al Cristo cósmico; El se nos revela si en verdad comprendemos un documento como lo es el Evangelio de Marcos. La comprensión de semejantes documentos a través de la contemplación científica espiritual conducirá a que, paso a paso, esa comprensión se transmita a la humanidad en general; y cada vez más se reconocerán las palabras que en los Evangelios tuvimos que encontrar, incluso sin valernos de la percepción física, sino por la posterior visión clarividente del Misterio de Gólgota. Los autores de los Evangelios, basándose en la contemplación clarividente, describieron después los acontecimientos físicos. Teniéndolo presente, también hay que comprender la necesidad de lo siguiente: puesto que los hombres, como contemporáneos *no pudieron* comprender el acontecimiento de Palestina, este acontecimiento *mismo debió dar el impulso para su comprensión*. Antes de haberse realizado, no pudo haber nadie capaz de comprenderlo. Primero debió *ejercer su efecto*; y por ello

sólo *después fue posible comprenderlo*. ¡Pues el Misterio de Gólgota mismo es la llave para su comprensión! Todo lo que el Cristo debió realizar, lo debió llevar a cabo, incluso el Misterio de Gólgota mismo; únicamente por lo que El mismo llevó a cabo, pudo emanar la comprensión. Entonces, por lo que El fue, pudo *encenderse el Verbo* que es, a la vez, expresión de su verdadera naturaleza.

Así se enciende, por lo que el Cristo fue, el *Verbo del Principio*, el verbo que se nos comunica y que a la contemplación clarividente vuelve a ser conocido y que también nos hace ver la verdadera naturaleza del Misterio de Gólgota. Este Verbo también debemos tenerlo en mente si nos referimos a las palabras que el Cristo mismo no solamente las pronunció, sino que también las encendió en el alma de los que le comprendieron, de modo que les fue dado describir lo que fue su naturaleza. Los hombres acogerán los impulsos del Misterio de Gólgota todo el tiempo que existirá la Tierra. Después habrá un intervalo entre la existencia de la "Tierra" y la de "Júpiter". Semejante intervalo siempre se relaciona con que, no solamente el planeta como tal, sino todo lo que le circunda, cambia, entra en el caos y pasa por un pralaya. No sólo la tierra misma sino también el cielo que le pertenece cambia durante el pralaya. Pero lo que a la Tierra fue dado por el *Verbo* que el Cristo pronunció y que El encendió en los que le reconocieron, y que perdura en los que le reconocerán, este Verbo es la *verdadera Esencia de la Tierra*. La justa comprensión nos la da la verdad de las palabras que aluden a la evolución cósmica: que la Tierra y su aspecto, como asimismo el aspecto del cielo observado desde la Tierra, *cambian* al haber llegado la Tierra a la meta final; y que

el Cielo y la Tierra pasarán, pero que la palabra del Cristo sobre el Cielo y la Tierra que El pronunció, perdurará. Esto nos dicen los Evangelios, si los comprendemos bien. Los impulsos más profundos de los Evangelios nos hacen sentir no solamente la *verdad* sino también la *fuerza* de la palabra, la que a nosotros mismos transmite su fuerza y nos mantiene firmes en suelo terrestre, dirigiendo la mirada a la vastedad del universo y acogiendo, con plena comprensión, la palabra: "*El Cielo y la Tierra pasarán*, *mas mis palabras no pasarán*". Si bien es cierto que Cielo y Tierra pasarán, las palabras del Cristo jamás pasarán. Así podemos expresarlo, según el conocimiento oculto, pues las verdades que sobre el Misterio de Gólgota fueron pronunciadas, quedarán para siempre.

El Evangelio de Marcos enciende en nuestra alma el conocimiento de que el Cielo y la Tierra pasarán, pero que aquello que sobre el Misterio de Gólgota podemos saber, irá con nosotros, en tiempos venideros, después de que el Cielo y la Tierra ya habrán pasado.